El Cristianismo Desvelado

Paul Henry Dietrich (Thiry) barón d'Holbach

1723 -1789

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

©Traducción de Eliseo R. Pérez

Esta traducción queda expresamente liberada de cualquier tipo de derechos, a efectos no comerciales, pudiendo ser citada, en todo o en parte, por cualquier medio de reproducción por personas o entidades sin ánimo de lucro.

El Cristianismo Desvelado 1
A manera de prólogo 4
PREFACIO 6
1.- De la necesidad de examinar la religión y de los obstáculos que se encuentra en este exa men 15
2.- Historia abreviada del pueblo judío 20
3.- Historia abreviada del cristianismo 23
4.-De la mitología cristiana, o sobre las ideas que los cristianos tienen acerca de Dios y de su conducta... 28
5.- Sobre la revelación 33
6.- Sobre las pruebas de la religión cristiana, de los milagros, de las profecías y de los martirios 37
7.- Sobre los misterios de la religión cristiana 47
8.- Otros misterios y dogmas del cristianismo 52
9.- Sobre los rituales o ceremonias misteriosas o sobre la teúrgia de los cristianos 57
10.- Sobre los libros sagrados de los cristianos 60
11.- Sobre la moral cristiana 65
12.- Sobre las virtudes cristianas 72
13.- Sobre las prácticas y deberes de la religión cristiana 87
14.- Sobre los efectos políticos de la religión cristiana . 94
15.- Sobre la Iglesia, o sobre el sacerdocio de los cristianos 102
16.- Conclusión 114

A manera de prólogo

Los escritos del barón d'Holbach son prácticamente inencontrables en España, de ahí que surgiera en los foros en que participo la necesidad de conseguir alguno de los escritos de este escritor famoso pero prácticamente desconocido. Para mis amigos de Cyberateos, los de la Federación Internacional de Ateos (FIDA) etc. he traducido el capítulo I de la II parte de "Sistema de la naturaleza –su obra cumbre- y esta breve obra. Yo aconsejo para aquellos que sepan y puedan leer el valenciano la magnífica introducción de Josep Lluis Teodoro a la edición de *El cristianismo sense vels* editado por la Universidad de Valencia.
Como brevísimo resumen de la biografía del barón, baste decir que poseedor de cuantiosos bienes fue mecenas de otros escritores a los que ayudó a publicar sus obras, Helvetius, Bufón, Rouseau, etc. fueron habituales de su casa.

Sus obras: *Theologie portative* (Londres, 1768), *La contagion sacrée* (Londres, 1768), *L'esprit du judaïsme* (Londres, 1770), *Essai sur les préjugés* (Londres, 1770), *Histoire critique de Jesus Christ* (sin fecha). Un dato interesante es que en 1768 edita *"De rerum natura"* de Lucrecio en traducción francesa de La Grange..

Durante los años setenta escribe el *Système de la Nature* (Londres 1770, bajo el seudónimo de M. Mirabaud). Durante la década se publicarán sus grandes obras: *Le Bon Sens* (1772), *Politique Naturelle* (1773), *Système Social* (1773), *Ethocracie* (1776), *La moral universelle* (1776).

Hombre de poderoso intelecto su pensamiento era mejor que su pluma, su estilo resulta reiterativo pero eso no le resta méritos

Espero sinceramente haber contribuido un poco a la difusión de su obra. Y como escribían nuestra viejos sainetistas

Perdonad sus muchas faltas

Eliseo R. Pérez

EL CRISTIANISMO DESVELADO

O EXAMEN DE LOS PRINCIPIOS Y DE LOS EFECTOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Por el difunto Sr. Boulanger

La superstición es un error de locos: tiene miedo de quienes debería estimar, ofende a quienes honra; ¿Qué diferencia hay, pues, entre negar los dioses o deshonrarlos?
Sen. Ep. 125, 16

PREFACIO

Carta del autor

Acepto, señor, con reconocimiento, las observaciones que me envía sobre mi obra. Si bien soy sensible a los elogios que se digna hacerme, estimo demasiado la verdad para sorprenderme de la franqueza con que me expone sus objeciones; las encuentro muy graves para merecer toda vuestra atención. Sería mostrarse mal filósofo no tener el valor de ver que contradicen mis opiniones. No somos teólogos, nuestras peleas son del estilo de las que acaban amigablemente, no debemos parecernos a los apóstoles de la superstición, que solo buscan sorprenderse mutuamente con argumentos capciosos y que, a expensas de la buena fe, no luchan sino para defender la causa de la vanidad y de su terquedad. Deseamos los dos el bien del género humano, busquemos la verdad, no podemos, una vez admitido eso estar faltos de acuerdo.

Comencemos por admitir la necesidad de examinar la religión y de someter sus opiniones al tribunal de la razón; estaréis de acuerdo en el hecho del que el cristianismo puede soportar este examen, y que a los ojos del sentido común no parece sino un conglomerado de absurdos, de fábulas alocadas, de dogmas insensatos, de ceremonias pueriles, de dogmas usurpados a los caldeos, a los egipcios, a los fenicios, a los griegos y a los romanos. En una palabra, confesad que este sistema religioso no es mas que el producto informe de casi todas las antiguas supersticiones engendradas por el fanatismo oriental y, debidamente modificadas por las circunstancias, el tiempo, los intereses, los caprichos o los prejuicios de aquellos que mas tarde han presumido de inspirados, de enviados de Dios o de intérpretes de sus nuevas voluntades.

Temblad por los horrores que el espíritu intolerante de los cristianos les ha hecho cometer cada vez que han tenido el poder, ved que una religión fundada sobre un Dios sanguinario no puede ser sino una religión de sangre, gemid por este delirio que se apodera desde la niñez del espíritu de los príncipes y de los pueblos y los vuelve igualmente esclavos de la superstición y de sus sacerdotes, les impide conocer sus verdaderos intereses, los torna sordos a la razón y los separa de los grandes objetivos que les habrían de ocupar.

Reconoced que una religión basada en el capricho o en la impostura no puede tener principios seguros, ha de ser una fuente constante de disturbios, persecuciones, devastaciones, sobre todo cuando el poder político se crea indispensablemente obligado a entrar en sus querellas.

En definitiva estaréis de acuerdo que un buen cristiano que sigue literalmente la doctrina que le prescribe el evangelio como la mas perfecta, no conoce en este mundo nada de las relaciones sobre las que se fundamenta la verdadera moral y solamente puede ser un misántropo inútil, si está falto de energía, o no es sino un fanático turbulento si tiene el ánimo inflamado.

Después de esta confesión ¿Cómo podría se que juzgaseis mi obra peligrosa? Me he dicho que el sabio debe pensar por el mismo, que es necesaria una religión, buena o dolorosa, para el pueblo, que ésta es un freno necesario para los espíritus simples y groseros que sin ella no tendrían motivo para abstenerse del crimen y del vicio. Considerad la reforma de los prejuicios religiosos como cosa imposible, juzgad a los príncipes que son los únicos que la podrían realizar; están demasiado interesados en mantener a sus súbditos en la ceguera de la cual se aprovechan. Estos son –si no me equivoco- las objeciones más fuertes que me he hecho, voy a tratar de contestarlas.

En primer lugar, yo no creo que un libro pueda ser peligroso para el pueblo. El pueblo no lee más que razona, no tiene el hábito ni la capacidad; por otro lado no es la religión sino la ley la que contiene a la gente del pueblo, y si un insensato les dijera de robar o de asesinar el cadalso les advertiría de no hacerlo. Además, si por casualidad hubiese entre el pueblo un hombre con capacidad para leer una obra filosófica, es seguro que este hombre no sería –por regla general- un criminal temible.

Los libros solo están hechos para aquella parte de una nación en que las circunstancias, la educación y los sentimientos la ponen por encima del crimen. Esta porción ilustrada de la sociedad, que gobierna a la otra, lee y juzga las obras: si contienen máximas falsas o perjudiciales son prontamente condenados al olvido o libradas a la execración pública; si contienen verdades no han de correr ese peligro. Son los fanáticos, los sacerdotes y los ignorantes los que hacen las revueltas, las personas ilustradas son siempre amigas del reposo.

Vos no giráis, señor, entre aquellos pensadores pusilánimes que creen que la verdad sea capaz de perjudicar: ésta no perjudica sino a quienes engañan a los hombres y será siempre útil al resto de la humanidad. Todo os habrá llevado, desde hace largo tiempo, a la convicción de que todos los males con que nuestra especie es afligida solo provienen de nuestros errores, de nuestros intereses mal

entendidos, de nuestros prejuicios, de las ideas falsas que aplicamos a los objetos.

En efecto, por poco tiempo que perdamos es fácil ver que son los prejuicios religiosos los que han corrompido la política y la moral. ¿No son las ideas religiosas y sobrenaturales las que hicieron que nuestros reyes y gobernantes fueran contemplados como dioses?. Es la religión la culpable de que brotaran déspotas y tiranos, estos hicieron leyes dolorosas[1], su ejemplo corrompió a la nobleza, los nobles corrompieron a los pueblos, los pueblos viciados resultaron esclavos infortunados, ocupados en perjudicarse por complacer a la nobleza y por salir de la miseria. Los reyes fueron tenidos por imágenes de Dios y fueron absolutistas como él, determinaron lo que era justo e injusto, sus voluntades santificaron seguidamente la opresión, la violencia, la rapiña; y fue por la bajeza, por vicio y por crímenes como se obtuvo el favor. Es así como las naciones se han llenado de ciudadanos perversos que bajo unos dirigentes corrompidos por las nociones religiosas se han hecho continuamente una guerra abierta o clandestina y no han tenido motivos para practicar la virtud.. En sociedades así constituidas ¿qué puede hacer la religión? Sus terrores lejanos, sus promesas inefables ¿han impedido nunca a los hombres librarse a sus pasiones o buscar la felicidad por vías mas fáciles? ¿Esta religión ha influido sobre las costumbres de los reyes que le debe su poder divino? ¿No vemos a los príncipes, llenos de fe, emprender a cada momento las más injustas guerras, prodigar inútilmente la sangre y los bienes de sus súbditos, arrancar el pan de la mano del pobre para aumentar los tesoros del rico insaciable, permitir, cuando no ordenar, el robo o las injusticias?

Esta religión, que tantos soberanos consideran el soporte de su trono, ¿les hace más humanos mas regulados, mas temperados, más castos, mas fieles a sus juramentos? ¡Ah! Por poco que se consulte la historia veremos soberanos ortodoxos, llenos de celo y religiosos casi hasta el escrúpulo que son a la vez perjuros, ladrones, usurpadores, adúlteros, asesinos, hombres que actúan como si no tuviesen ningún temor del Dios que honran solo con la boca. Entre losa cortesanos que los rodean veremos una alianza continua entre el cristianismo y el crimen, entre devoción e iniquidad, entre fe y vejaciones, entre religión y traición.

Entre los sacerdotes de un Dios pobre y crucificado que fundamentan su creencia en la religión, que pretenden que sin ella no puede haber nada moral, no vemos reinar el orgullo, la avaricia, la

[1] He expuesto esta verdad con toda claridad en mis *Investigaciones sobre el origen del despotismo Oriental*

lubricidad, el espíritu de la dominación y la venganza?[2] Sus continuas predicaciones, reiteradas después de tantos siglos ¿Son verdaderamente útiles? ¿Cambian el corazón de los pueblos que las escuchan? Según lo que admiten estos mismos doctores, estas conversiones son muy raras, viven siempre del depósito de siglos, la perversidad humana aumenta cada día y cada día declaman contra los vicios y crímenes que la costumbre autoriza, que el gobierno encarece, que la opinión favorece, que el poder recompensa y que cada uno está interesado en cometer so pena de ser aislado.

Así, según lo que confiesan los mismos ministros de la religión, cuyos preceptos han inculcado desde la niñez y repiten sin pausa, no pueden nada contra la depravación de las costumbres. Los hombres dejan siempre a un lado a la religión desde el momento en que se opone a sus deseos, no la escuchan sino cuando favorece sus pasiones, cuando concuerda con su temperamento y con las ideas que se hacen de la felicidad. El libertino se burla cuando ésta condena sus excesos, la ambición la menosprecia cuando pone límite a sus deseos, el tacaño no la escucha cuando le habla de repartir sus favores, el cortesano ríe de su simplicidad cuando le ordena ser franco y sincero. De otra parte, el soberano es dócil a sus alianzas cuando dice que el es la imagen de la divinidad, que ha de ser absoluto como ella, que es el propietario de la vida y los bienes de cada uno de sus súbditos, que ha de exterminarlos cuando no piensen como él.

El bilioso escucha ávidamente a su capellán cuando éste le ordena odiar, el vengativo lo obedece cuando le permite vengarse, so pretexto de vengar a su Dios. La religión no cambia las pasiones de los hombres que solo la escuchan cuando habla al unísono de sus deseos; solo los cambia en el lecho de muerte, entonces el cambio es inútil para la sociedad, y el perdón del cielo, que se promete al arrepentimiento infructuoso de los moribundos, encoraja a los vivos a persistir en el desorden hasta el último momento.

A veces la religión predica la virtud, cuando esta virtud resulta contraria a los intereses de los hombres o no conduce a ninguna parte. No se pueden dar leyes a unas nación cuando su propio soberano no sigue las leyes ni la virtud, donde los nobles consideran esta virtud como una debilidad, donde los sacerdotes la degradan con su conducta, donde el hombre del pueblo, a pesar de las arengas de los

[2] Cuando nos quejamos de los desordenes del clero nos cierran la boca diciéndonos *"No hay que hacer caso a lo que hacen sino a lo que dicen"* ¿Que confianza podemos tener en unos médicos que cuando padecen los mismos males que nosotros, no se quieren tomar las medicinas que ellos mismos nos aconsejan?

predicadores piensa que para salir de la pobreza debe prestarse a los vicios de los poderosos.

En las sociedades constituidas así la moral no es más que una preocupación estéril, adecuada a ejercitar el espíritu pero sin influir en la conducta de nadie, salvo un pequeño número de hombres cuyo temperamento los ha hecho moderados y contentos de su suerte.

Todos los que quieren hacer fortuna o tornar más dulce su destino, se dejarán arrastrar por la corriente general que les obligará a salvar los obstáculos que oponga su conciencia. No es, pues, el sacerdote, es el soberano quien puede establecer las costumbres de un Estado. Ha de predicar con el ejemplo, ha de espantar el crimen con castigos, ha de invitar a la virtud con recompensas, ha de velar sobre todo por la educación pública, para que solo se siembren en el corazón de sus súbditos las pasiones útiles para la sociedad. Entre nosotros, la educación no preocupa a la política que muestra la mayor indiferencia sobre el objeto más esencial para la felicidad de sus estados. En casi todos los pueblos modernos la educación pública se limita a enseñar lenguas inútiles para la mayor parte de quienes aprenden; en lugar de moral, se inculca a los cristianos fábulas maravillosas y dogmas inconcebibles de una religión opuesta a la recta razón; desde el primer paso del niño en los estudios se le enseña que debe renunciar al testimonio de sus sentidos, someter su razón –que se le describe como una guía infiel- y remitirse ciegamente a la autoridad de sus maestros. ¿Pero, quienes son sus maestros? Son sacerdotes interesados en mantener el universo en unas opiniones cuyos frutos solo ellos pueden recoger. Estos pedagogos mercenarios, llenos de ignorancia y de prejuicios, están raramente a nivel de la sociedad. Sus almas abyectas y encogidas ¿son capaces de instruir a sus alumnos de aquello que ignoran? Unos pedantes, envilecidos a los mismos ojos de quienes les confían sus hijos ¿están en situación de inspirar a sus alumnos el deseo de gloria, de la noble emulación, los sentimientos generosos que son la fuente de todas las cualidades útiles a la república? ¿Les enseñaran a estimar el bien público, a servir a la patria, a conocer los deberes del hombre y del ciudadano, del padre de familia y de los infantes, de los errores y de los servidores? No, sin duda, de las manos de estos guías ineptos y despreciables solo vemos salir ignorantes supersticiosos, los cuales si han aprovechado las lecciones que han recibido, no saben nada de las cosas necesarias para la sociedad de la cual se convertirán en miembros inútiles. A cualquier lugar que dirijamos nuestras miradas veremos el estudio de las cuestiones más importantes para el hombre totalmente abandonado.

La moral, bajo la cual incluyo también la política, no cuenta para nada en la educación europea: la única moral que se enseña a los cristianos es esta moral exaltada, impracticable, contradictoria, incierta, que vemos contenida en el evangelio, que solo sirve –creo que ya lo he dicho- para degradar el espíritu, para volver a la virtud odiosa, para formar esclavos abyectos, para destruir la energía del alma: o bien si se siembra en espíritus ardientes, solo engendra fanáticos turbulentos capaces de destruir los fundamentos de la sociedad. A pesar de la inutilidad y de la perversidad de la moral que el cristianismo enseña a los hombres, sus partidarios se atreven a decir que sin religión no podemos tener buenas costumbres. Pero ¿qué es tener buenas costumbres en el lenguaje de los cristianos? Es rezar sin fin, es frecuentar los templos, es hacer penitencia, es abstenerse de los placeres, es vivir recogido y retirado. ¿Qué bien resulta para la sociedad de estas prácticas que se pueden observar sin tener una sombra de virtud? Si costumbres de este estilo conducen al cielo, son bien inútiles en la tierra. Si eso son virtudes, hay que reconocer que sin religión no hay virtudes. Pero, por otro lado se puede observar fielmente todo lo que recomienda el cristianismo sin tener en cuenta las virtudes que la razón nos muestra como necesarias para el sostenimiento de las sociedades políticas. Hay pues que distinguir la moral religiosa de la moral política: la primera hace santos, la otra ciudadanos; la una hace hombres inútiles o hasta perjudiciales para todo el mundo, la otra ha de tener por objeto formar miembros útiles para la sociedad, activos, capaces de servirla, que cumplan los deberes de esposos, de padres, de amigos, de asociados, independientemente de cuales sean sus opiniones metafísicas, las cuales –por mas que diga la teología- son mucho menos seguras que las reglas invariables del buen sentido.

De hecho es cierto que el hombre es un ser social, que en todas las cosas busca la felicidad, que hace el bien cuando lo encuentra de su interés, que solo es malo cuando de no serlo se vería obligado a renunciar a su bienestar. Admitido eso, que la educación enseña a los hombres a conocer las relaciones que existen entre ellos y los deberes que derivan de estas relaciones; que el gobierno; que el gobierno con ayuda de las leyes, de las recompensas y de las penas, confirma las lecciones dadas por la educación; que la felicidad acompaña las acciones útiles y virtuosas; que la vergüenza, el menosprecio y las penas castigan el vicio y el crimen: entonces los hombres tendrían una moral humana, fundamentada en su propia naturaleza, en las necesidades de las naciones, el interés de los pueblos y de aquellos que gobiernan. Esta moral, independiente de las nociones sublimes de la teología, puede que no tenga nada en común con la moral

religiosa, pero la sociedad no perderá nada olvidando esta última moral, que como se ha probado, se opone a cada momento a la felicidad de los estados, al reposo de las familias y a la unión de los ciudadanos.

Un soberano, a quien la sociedad ha confiado la autoridad suprema, tiene en sus manos los grandes móviles que actúan sobre los hombres; tiene mas poder que los dioses para establecer y reformar las costumbres. Su sola presencia, sus recompensas, sus amenazas…¿que digo? Una solo mirada suya es mucho mas poderosa que todo los sermones de los capellanes. Los honores de este mundo, las dignidades, las riquezas, actúan mucho más fuertemente sobre los mas religiosos de los hombres que todas las esperanzas pomposas de la religión. El ciudadano mas devoto teme mas a su rey que a su Dios, es pues el soberano quien ha de predicar, es a él a quien corresponde reformar las costumbres: serán buenas cuando el mismo rey sea bueno y virtuoso, cuando los ciudadanos reciben una educación honesta, que inspirando unos principios virtuosos les habitúe a honrar la virtud, a detestar el crimen, a despreciar el crimen y a temer la infamia. Esta educación no será infructuosa, desde el momento que continuos ejemplos prueben a los ciudadanos que gracias a los talentos y a las virtudes cuando se logran los honores, el bienestar, las distinciones, la consideración, el favor y que el vicio solo conduce al desprecio y a la ignominia. Sólo después de una nación criada en estos principios ilustrados el soberano podrá ser considerado grande, poderoso y respetado. Sus predicaciones serán efectivas y no las de los sacerdotes que, desde hace tantos siglos, declaman inútilmente contra la corrupción pública[3].

Si los sacerdotes han usurpado al poder soberano el derecho de instruir a los pueblos, que éste retome el poder, o al menos que no tolere que gocen de manera exclusiva de la libertad de reglamentar las costumbres nacionales y de hablarles de la moral; que la monarquía reprima a estos mismos sacerdotes que enseñan máximas visiblemente perjudiciales para le bien de la sociedad. Que enseñen, si les agrada, que su Dios se transforma en pan, pero que no enseñen a odiar o destruir a aquellos que rehúsan creer ese misterio inefable. Que en la sociedad ningún inspirado tenga la facultad de alzar a los súbditos contra la autoridad, de sembrar la discordia, de romper los lazos que unen a los ciudadanos, de turbar la paz pública por sus opiniones. El soberano, cuando quiera, podrá contener al sacerdocio.

---

[3] Quintiliano dice : *Quiquid princpes faciunt, praecipere videtur.* Los príncipes parece que ordenan hacer todo aquello que ellos mismos hacen.

El fanatismo es vergonzoso cuando se ve falto de soporte, los mismos sacerdotes esperan que el soberano respalde sus deseos y la mayoría están siempre dispuestos a sacrificarle los pretendidos intereses de la religión y de la conciencia cuando consideran que este sacrificio es conveniente para su fortuna.

Si me dicen que los príncipes se creerán siempre interesados en mantener la religión y controlar a sus ministros aunque solo sea por política, estando interiormente desengañados, les responderé que es fácil convencer al soberano con un montón de ejemplos de que la religión cristiana ha sido cien veces perjudicial a otros semejantes a ellos, que el sacerdocio ha sido y será siempre el rival de la realeza, que los sacerdotes cristianos son en esencia los súbditos menos sumisos; responderé que es fácil hacer notar al príncipe ilustrado su verdadero interés en mandar sobre un pueblo feliz., que del bienestar que él les procura es de donde dependerá su seguridad y su grandeza; que su felicidad está ligada a la de su pueblo y que el futuro de una nación compuesta de ciudadanos honestos y virtuosos será mucho mejor que el futuro de una cuadrilla de esclavos ignorantes y corrompidos a los cuales es obligado engañar para poderlos contener, y a los que hay que llenar de mentiras para llegar donde se pretende.

Así pues, no perdamos la esperanza de que algún día la verdad se abrirá paso hasta el trono. Si las luces de la razón y de la ciencia encuentran tantas dificultades para llegar a los príncipes es porque los sacerdotes interesados y los cortesanos famélicos intentan retenerlos en una permanente niñez, les muestran en poder y la grandeza en quimeras y los desvían de los objetivos necesarios para su verdadera felicidad. Todo soberano que tenga el valor por pensar por si mismo, verá que su poder será siempre inestable y precario mientras únicamente encuentre soporte entre los fantasmas de la religión, los errores de los pueblos y los caprichos del sacerdocio. Verá los inconvenientes de una administración fanática que hasta aquí sólo ha formado ignorantes presuntuosos, cristianos obstinados y también turbulentos, ciudadanos incapaces de servir al estado, pueblos imbéciles, dispuestos a recibir los estímulos de unos guías que los pierden; verá los recursos inmensos que pondrían en sus manos los bienes largamente usurpados por hombres inútiles, que, bajo el pretexto de instruirla, la engañan y la devoran[4].

[4] Algunas personas han creído que el clero podía a veces servir de freno al despotismo, pero la experiencia nos prueba que este cuerpo ha velado siempre si mismo. Los intereses de las naciones y de los soberanos encuentran que este cuerpo no es bueno realmente para nada.

En cuenta de estas instituciones religiosas de las cuales el sentido común se avergüenza, que solo han servido para recompensar la pereza, para mantener la insolencia y el lujo, para favorecer el orgullo sacerdotal, un príncipe firme y sabio establecerá unas instituciones útiles al Estado, adecuadas para hacer brotar los talentos, para formar la juventud, recompensar los servicios y las virtudes, para consolar a los pueblos y para crear ciudadanos.

Presumo, señor, que estas reflexiones me disculparán a vuestros ojos. Únicamente pretendo la atención de aquellos que se creen interesados en los males de sus conciudadanos, no es a aquellos a los que busco convencer, no es posible probar nada a unos hombres viciosos y sin razón. Tengo la osadía de esperar que dejéis de considerar peligroso mi libro y quiméricas mis esperanzas. Muchos hombres sin moral han atacado la religión porque contrariaba sus inclinaciones, muchos sabios la han despreciado porque les parecía ridícula, muchas personas la han contemplado con indiferencia porque no han advertido sus verdaderos inconvenientes: como ciudadano yo la ataco porque me parece perjudicial para la felicidad del Estado, enemiga de los progresos del espíritu humano, opuesta a la sana moral, de la que los intereses de la política no pueden separarse. Solo me queda deciros con un poeta enemigo, como yo, de la superstición:

> Si tibi vera videntur,
> Dede manus, et si falsa est, accingere contra
>
> Lucrecio *(De rerum naturaII*)

Soy, señor.....etc

París 4 de mayo de 1758

1.- De la necesidad de examinar la religión y de los obstáculos que se encuentra en este examen

Un ser razonable debería proponerse en todas sus acciones la propia felicidad y la de sus semejantes.

La religión, que todo concurre a mostrarnos como el objeto más importante para nuestra felicidad temporal y eterna, solo presenta ventajas para nosotros en la medida en que hace nuestra existencia feliz en este mundo y que nos asegura que cumplirá las promesas engañosas que nos hace para la otra vida. Nuestros deberes hacia el Dios que consideramos señor de nuestros destinos solo pueden fundamentarse sobre los bienes que esperamos o sobre los males que tememos de su parte; es necesario pues que le hombre examine los motivos de sus esperanzas y se sus temores; ha de consultar a dicho efecto la experiencia y la razón, las únicas que pueden guiarlo aquí abajo; para las ventajas que la religión en el mundo visible que habita podrá juzgar sobre la realidad de aquellos que le hace esperar en el mundo invisible, hacia la que le obliga a dirigir la mirada.

Los hombres, la gran mayoría, solo mantienen la religión por la costumbre, nunca han examinado seriamente las razones que le ligan, los motivos de su conducta, los fundamentos de sus opiniones: así, lo que todos consideran como lo más importante, ha sido siempre lo que mas han temido profundizar; siguen así los pasos que sus padres les han trazado, creen porque ellos les han dicho en su niñez que debían creer; esperan, porque les han dicho que debían esperar; tiemblan, porque sus antepasados han temblado; casi nunca se han molestado en pensar en los motivos de su creencia.

Poquísimos hombres tienen la oportunidad de examinar o la capacidad de considerar los objetos de su veneración habitual, de su afección poco razonada, de sus miedos tradicionales; las naciones siempre se ven por el torrente de la costumbre, del ejemplo, del prejuicio: la educación habitúa al espíritu a las opiniones mas monstruosas, como el cuerpo a las actitudes mas incómodas; todo lo que ha durado mucho tiempo parece sagrado a los hombres, se creerían culpables si levantasen sus miradas temerarias a cosas revestidas por el sello de la antigüedad; prevenidos a favor de la sabiduría de sus padres no tienen la presunción de examinar después de ellos; no ven

que el hombre ha estado siempre engañado por sus prejuicios, por sus esperanzas y por sus temores, y que las mismas razones le han hecho siempre imposible su examen.

El hombre corriente, ocupado en trabajos necesarios para su subsistencia, otorga una confianza ciega a aquellos que pretenden guiarlo, deja descansar sobre estos la preocupación de pensar por él, suscribe sin dificultades todo aquello que le mandan; creería ofender a Dios si dudase un solo instante de la buena fe de los que le hablan en su nombre. Los grandes, los ricos, la gente de mundo, aunque mas ilustrados que la gente del pueblo, están interesados en conformarse a los prejuicios recibidos, y hasta en mantenerlos; o bien, librados a la molicie, a la disipación y a los placeres, son totalmente incapaces de ocuparse de una religión a la que hacen ceder delante de sus pasiones, de sus inclinaciones y al deseo de divertirse. Durante la niñez recibimos todas las impresiones que quieren darnos, no tenemos ni capacidad ni experiencia, ni el valor necesario para dudar de lo que nos enseñan aquellos bajo la dependencia de los cuales nos pone nuestra debilidad. Durante la adolescencia, las pasiones fogosas, la embriaguez continua de nuestros sentidos nos impiden pensar en una religión demasiado espinosa o demasiado triste para ocuparnos agradablemente: si por casualidad un hombre joven la examina, es sin continuidad o con parcialidad; una ojeada superficial le quita el gusto por un objeto tan poco placentero. En la edad madura, preocupaciones diferentes, nuevas pasiones, ideas de ambición, de grandeza, de poder, deseo de riquezas, de ocupaciones continuadas, acaparan toda la atención del hombre hecho o no le dejan sino breves momentos para pensar en esa religión en la cual no tiene nunca el deseo de profundizar. En la vejez, las facultades entumecidas, las costumbres identificadas con el pensamiento, los órganos debilitados por la edad o por la enfermedad ya no nos permiten remontarnos a las fuentes de nuestras viejas opiniones; el miedo a la muerte que tenemos delante de los ojos tornaría por otra parte sospechoso el examen normalmente presidido por el terror.

Así es como las opiniones religiosas, una vez admitidas, se mantienen durante una larga serie de siglos; es así cómo de una época a otra las naciones se transmiten ideas que no han examinado; creen que su felicidad está ligada a instituciones en las cuales un examen mas maduro mostraría la fuente de la mayor parte de sus males. La autoridad todavía da soporte a los prejuicios de los hombres, les prohíbe el análisis, les fuerza a la ignorancia, está siempre dispuesta a castigar a todo aquel que intente sacarles de su error.

Que no nos sorprenda, pues, si veíamos siempre el error identificado con la raza humana; todo parece concurrir para eternizar su

ceguera, todas las fuerzas se reunían para esconderle la verdad, los tiranos la detestan y le oprimen porque osa discutir sus derechos injustos y quiméricos, el sacerdote la prohíbe porque reduce a nada sus pretensiones fastuosas; la ignorancia, la inercia y las pasiones de los pueblos los tornan cómplices de quienes están interesados en tenerlos bajo el yugo y en sacar partido de sus desgracias: por eso las naciones gimen bajo males hereditarios a los cuales no piensan poner remedio, sea por que no conocen su origen, sea porque la costumbre les habitúa a la desgracia y les quita todo deseo de alejarla.

Si la religión es el objeto mas importante para nosotros, si influye necesariamente en toda la conducta de una vida, si sus influencias se extienden no solamente a nuestra existencia en este mundo, sino también a aquella que se promete el hombre a continuación, no hay sin duda nada que demande un examen mas serio de nuestra parte, asimismo, de todas las cosas, ésta es en la que los hombres muestran mas credulidad; el mismo hombre que podría aportar el examen mas serio en la cosa que menos toca a su bienestar, no se toma ninguna molestia para asegurarse de los motivos que le determinan a creer o a hacer una de las cosas de las cuales – según su propia confesión- depende su felicidad temporal y eterna; se remite ciegamente a aquellos que la casualidad le ha dado como guías, descarga sobre ellos la preocupación de pensar por si mismo, y llega a considerar un mérito su propia pereza y su propia credulidad: en materia de religión, los hombres presumen de mantenerse siempre en la infancia y en la barbarie.

Asimismo ha habido en todos los siglos hombres que, habiéndose librado de los prejuicios de sus conciudadanos osaron mostrarles la verdad. Pero ¿qué podía hacer su débil voz contra los errores mamados con la leche, confirmados por la costumbre, autorizados por el ejemplo, reforzados por una política siempre cómplice de su ruina?

Los gritos imponentes de la impostura redujeron pronto al silencio a aquellos que querían reclamar a favor de la razón. Hubo veces que mientras el filósofo intentaba inspirar valor, sus sacerdotes y sus reyes le obligaban a temblar.

El medio mas seguro de engañar a los hombres y de perpetuar sus prejuicios es engañarlos desde la infancia, entre casi todos los pueblos modernos la educación parece tener como único objetivo formar fanáticos, devotos, monjes, es decir hombres perjudiciales o inútiles para la sociedad; los príncipes mismos, comúnmente víctimas de la educación supersticiosa que se les da, se mantienen toda la vida en la ignorancia mas grande de sus deberes y de los verdaderos intereses de sus estados., imaginan que lo han hecho todo por sus

súbditos si les han llenado su espíritu de ideas religiosas, que hacen el papel de buenas leyes y dispensan a sus señores de la molesta preocupación de gobernarlos bien. La religión parece imaginada solamente para hacer a los soberanos y al pueblo igualmente esclavos del sacerdocio; este nada mas se ocupa en poner obstáculos continuados a la felicidad de las naciones allá donde reina, el soberano solo tiene un poder precario y los súbditos están desprovistos de actividad, de ciencia, de grandeza de alma, de laboriosidad, en una palabra de las cualidades indispensables para el sostenimiento de una sociedad.

Si en un estado cristiano se ve una poca actividad, si se encuentra alguna ciencia, si se pueden encontrar costumbres sociales, es porque, a despecho de sus opiniones religiosas, la naturaleza, siempre que puede, reconduce a los hombres a la razón y les obliga a trabajar para su propia felicidad.

Todas las naciones cristianas, si fueran consecuentes con sus principios, deberían estar sumergidas en la más profunda inercia, nuestros alrededores estarían habitados por un puñado de piadosos salvajes que solo se encontrarían para perjudicarse. En efecto, ¿Por qué hay que preocuparse de un mundo que la religión nos muestra como un simple lugar de paso? ¿Cuál puede ser la laboriosidad de un pueblo al que se repite cada día que su Dios quiere que ruegue, que se aflija, que viva en el temor, que gima sin parar? ¿Cómo podría subsistir una sociedad compuesta de hombres a los que se ha persuadido que hay que tener fervor por la religión y que hay que odiar y destruir a sus semejantes por sus opiniones? En definitiva ¿Cómo se puede esperar humanidad, justicia o virtud de una cuadrilla de fanáticos a los que el hombre propone como modelo a un Dios cruel, disimulado, malvado, que se complace en ver como brotan las lágrimas de sus desafortunadas criaturas, que les pone trampas y que les castiga por caer en ellas, que ordena el robo, el crimen y la carnicería? Estos son simplemente los trazos con los que el cristianismo nos pinta al Dios heredado de los judíos. Este Dios ha sido un Soldán, un déspota, un tirano al que todo le había estado permitido; con todo, el hombre ha hecho de este Dios un modelo de perfección, se han perpetrado en su nombre los crímenes mas horribles y los mas grandes desafueros han estado siempre justificados, desde el momento que se han cometido para sostener su causa o para merecer su favor.

Así, la religión cristiana, que presume de prestar un soporte infrangible a la moral y de presentar a los hombres los mas poderosos motivos para excitarlos a la virtud, ha sido para ellos una fuente de divisiones, de peleas y de crímenes; bajo el pretexto de buscar la paz solo les ha traído furor, odio, discordia y guerra; les ha proporciona-

do mil medios engañosos para atormentarse, he derramado sobre ellos plagas desconocidas para sus padres, y el cristiano –si hubiese tenido un poco de entendimiento- habría añorado mil veces la pacífica ignorancia de sus antecesores idólatras.

Si las costumbres de los pueblos no han tenido ninguna ganancia con la religión cristiana, el poder de los reyes, de los cuales ésta se pretende el soporte, no ha tenido mayores ventajas; se establecieron en cada Estado dos poderes distintos, el de la religión, fundamentado sobre el mismo Dios, superó casi siempre al del soberano; este se veía forzado a convertirse en servidor de los sacerdotes, y cada vez que rehusaba doblegar la rodilla delante de ellos era proscrito, despojado de sus derechos, exterminado por unos súbditos excitados a la revuelta por la religión o por fanáticos en las manos de los cuales ésta ponía la daga.

Antes del cristianismo, el estado era generalmente soberano del sacerdote, desde que el mundo es cristiano, el soberano no es mas que el primer esclavo del sacerdocio, el ejecutor de sus venganzas y de sus decretos.

Concluimos, pues, que la religión cristiana no tiene ningún título para presumir de las ventajas que procura a la moral o a la política. Arranquémosle el velo que la cubre, remontémonos a sus fuentes, analicemos sus principios, sigámosla en su camino y encontraremos que, fundamentada en la impostura, la ignorancia y la credulidad, no ha sido ni será jamás útil sino a los hombres que se creen interesados en engañar al género humano, que no parará jamás de causar los mayores males a las naciones, y que, en cuenta de facilitar la felicidad que les había prometido, solo sirve para embriagarles de furor, para sumirlos en el delirio y el crimen, para hacerles ignorar sus verdaderos intereses y sus deseos mas santos.

2.- Historia abreviada del pueblo judío

En una pequeña comarca, casi ignorada de los otros pueblos, vivía una nación los fundadores de la cual, durante mucho tiempo esclavos de los egipcios, fueron librados de su servidumbre por un sacerdote de Heliópolis, que por su ingenio y sus conocimientos superiores logró tener un gran ascendiente sobre ellos[5].

Este hombre, conocido bajo el nombre de Moisés, alimentado por la ciencia de esta región fértil en prodigios y madre de las supersticiones, se puso a la cabeza de un tropel de fugitivos a los que persuadió de que él era el intérprete de la voluntad de Dios, que conversaba con él y que recibía directamente sus órdenes. Apuntaló su misión, dicen, con obras que parecieron sobrenaturales a unos hombres ignorantes de las vías de la naturaleza y de los recursos del arte. La primera orden que les dio de parte de su Dios fue la de robar a sus señores, a los cuales estaban a punto de abandonar. Cuando ellos se enriquecieron de esta manera con los despojos de Egipto y se aseguró su confianza, los condujo a un desierto donde durante cuarenta años les avezó a la mas ciega obediencia; les dio a conocer la voluntad del cielo, la fábula maravillosa de sus antecesores, las extrañas ceremonias de las cuales el Altísimo hacía depender sus favores; les inspiró, sobretodo, el odio mas venenoso contra los dioses de las otras naciones y la crueldad mas estudiada contra aquellos los adoraban: a fuerza de mortandades y de severidad hizo de

[5] Maneton y Queremó, historiadores egipcios de los cuales el judío Josefa nos ha trasmitido su testimonio, nos comunican que una multitud de leprosos fueron antiguamente expulsados por el faraón Amenofis, y que estos exiliados eligieron como jefe a un sacerdote de Heliópolis de nombre Moisés, que les compuso una religión y les dio leyes. Véase Josefa, *Contra Apión* 1, 9-11, 12. Diodoro nos reporta la historia de Moisés tomo 7 de la traducción del abate Tessaron. De cualquier manera, según el testimonio de la Biblia, Moisés comenzó por asesinar a un egipcio que se había peleado con un hebreo, después de eso, se refugió en Arabia, donde se casó con la hija de un sacerdote idólatra que le recriminó su crueldad De ahí, este santo hombre volvió a Egipto para sublevar su nación descontenta contra el rey. Reinó muy tiránicamente: el ejemplo de Coré, de Datan o de Abiron prueban que los espíritus fuertes no tenían nada que hacer con él. Desapareció, como Rómulo, sin que su cuerpo pudiera ser encontrado, ni le lugar de su sepultura.

ellos unos esclavos dóciles a su voluntad, dispuestos a secundar sus pasiones, dispuestos a sacrificarse para satisfacer sus proyectos ambiciosos; es decir, creó los hebreos, unos monstruos de exaltación y ferocidad. Después de haberlos animado con este espíritu destructor, les mostró las tierras y las posesiones de sus vecinos como la herencia que Dios mismo les había asignado. Envanecidos de la protección de Jehová,[6] los hebreos marcharon a la victoria; el cielo autorizó para ellos la trapacería y la crueldad; la religión, unida a la avidez ahogó en ellos los gritos de la naturaleza, y bajo la guía de sus jefes inhumanos, destruyeron las naciones cananeas con una barbarie que repudiaría cualquier hombre al que la superstición no haya anulado totalmente la razón. Su furor, dictado por el mismo cielo, no salvó ni a las criaturas de pecho, ni a los viejos débiles, ni a las mujeres encintas, en los poblados en que estos monstruos pasearon sus armas victoriosas. Por orden de Dios o de sus profetas, la buena fe fue violada, la justicia ultrajada y la crueldad ejercida.[7] Bandoleros, usurpadores y asesinos, los hebreos consiguieron finalmente establecerse en un lugar poco fértil pero que encontraron delicioso a la salida del desierto. Allí, bajo la autoridad de sus sacerdotes, representantes visibles del Dios oculto, fundaron un estado despreciado por sus vecinos y que fue constantemente objeto de su odio. El sacerdocio, bajo el nombre de "teocracia" gobernó durante mucho tiempo este pueblo ofuscado y feroz, lograron convencerles de que obedeciendo a sus sacerdotes obedecían a su Dios.

A pesar de la superstición, forzado por las circunstancias, el pueblo hebreo quiso finalmente tener sus reyes según el ejemplo de otras naciones, pero en la elección de un monarca se creyó obligado a dirigirse a un profeta. Así comenzó la monarquía de los hebreos, los principios de ella fueron continuamente mediatizados en sus empresas por sacerdotes, inspirados y profetas ambiciosos que crea-

[6] Este era el nombre inefable del Dios de los judíos, que no osaban pronunciar. Su nombre vulgar era Adonai, que se asemeja curiosamente al Adonis fenicio. Véanse mis investigaciones acerca del despotismo oriental

[7] Para hacernos una idea de la ferocidad judaica, leed la conducta de Moisés y las órdenes que el Dios de los ejércitos da a Samuel en el primer libro de los Reyes 15, 23-24, donde este Dios da orden de exterminar todas las personas, sin exceptuar ni mujeres ni niños. Saúl fue removido por haber ahorrado la sangre del rey de los amalecitas. David secundó las iras de su Dios y mantuvo hacia los amonitas una conducta que repugna a la naturaleza. Véase el libro de los Reyes 12, 31. Es este David el que se propones como modelo de reyes. A pesar de la revuelta contra Saúl, los bandidajes, los adulterios, la cruel perfidia contra Urías, es calificado como "el hombre según el corazón de Dios". Véase el *Diccionario* de Bayle, artículo "David".

ron obstáculos sin fin a unos soberanos que no consideraban bastante sometidos a sus voluntades. La historia de los judíos no nos muestra, en todos sus periodos, sino reyes ciegamente sometidos al sacerdocio o perpetuamente en guerra contra él y forzados a morir por sus golpes.

La superstición feroz –o ridícula- del pueblo judío lo volvió enemigo del género humano y lo hizo objeto de indignación y menosprecio: fue siempre rebelde, y siempre fue maltratado por los conquistadores de su mezquino país. Esclavos sucesivamente de los egipcios, de los babilonios, de los griegos, experimentó sin descanso los mas duros tratos y los mas merecidos; siempre infiel a su Dios, por la crueldad del cual, juntamente con la tiranía de sus sacerdotes lo aborrecieron frecuentemente, nunca estuvo sometido a sus príncipes; estos lo aplastaron inútilmente bajo un cetro de hierro, jamás consiguieron hacerle un súbdito leal, el judío fue siempre la víctima y el sujeto del engaño de los inspirados y en sus mayores desgracias su fanatismo tozudo, sus esperanzas insensatas y su credulidad infatigable lo sostuvieron contra los golpes de la fortuna. Finalmente conquistada como el resto del mundo, Judea soportó el yugo de los romanos.

Objeto del menosprecio de los nuevos dominadores, el judío fue tratado duramente y con altivez por unos hombres que su ley les hacía detestar de todo corazón, agraviado por la fortuna solo se hizo más sedicioso, más fanático, más ofuscado.

Orgullosa de las promesas de su Dios, plena de confianza por los oráculos que en todo momento le anunciaban un bienestar que jamás tuvo, encorajinada por los exaltados o los impostores, que sucesivamente se burlaron de su credulidad, la nación judía esperó siempre un *Mesías*, un monarca, un libertador que la librara del yugo bajo el cual gemía, y que la hiciera reinar sobre todas las otras naciones del universo.

3.- Historia abreviada del cristianismo

Fue en medio de esta nación dispuesta a hacerse alimentar con esperanzas y quimeras donde se mostró un nuevo inspirado, los seguidores del cual han llegado a cambiar la faz de la tierra. Un pobre judío que pretendía haber salido de la sangre de David[8], ignorado durante mucho tiempo en su país, salió de súbito de la oscuridad para hacer prosélitos. Los encuentra entre los plebeyos mas ignorantes, ahí predicó su doctrina y los convenció de que era hijo de Dios, el liberador de su nación oprimida, el *Mesías* anunciado por los profetas. Sus discípulos, impostores o seducidos, dieron un testimonio brillante de su poder, pretendieron que su misión había sido provocada por milagros sin número. El único prodigio del cual no fue capaz, fue el de convencer a los judíos, los cuales lejos de verse afectados por sus obras benefactoras y maravillosas, lo hicieron morir con un suplicio infamante.

Así, el hijo de Dios murió a la vista de todo Jerusalén, pero sus seguidores aseguraron que había resucitado secretamente tres días después de morir. Visible solo para ellos, invisible para la nación a la que había venido a iluminar y a conducir a su doctrina, Jesús resucitado conversó –dicen- algún tiempo con sus discípulos y después se volvió a subir al cielo donde, convertido en Dios como su padre, comparte con él la adoración y los homenajes de los seguidores de su ley. Estos, a fuerza de acumular supersticiones y de imaginar imposturas, de forjar dogmas y de amontonar misterios, han formado poco a poco un sistema religioso, informe y desmadejado, que se llama cristianismo a partir del nombre de Cristo, su fundador.

Las diferentes naciones a las cuales los judíos estuvieron sometidos, les habían transmitido una serie de dogmas del paganismo: así la religión judía, egipcia en su origen, se adaptó a los ritos, las no-

[8] Los judíos dicen que Jesús era hijo soldado llamado Pandora o Pantera, que sedujo a María que era una peinadora casada con un tal Jochanan, según otros Pandora gozó varias veces de María cuando esta pensaba que mantenía relaciones con su esposo. Por ese medio quedó encinta y su marido, disgustado, se retiró a Babilonia. Otros pretenden que Jesús aprendió la magia en Egipto desee donde se trasladó para ejercer su arte a Galilea, donde murió. Véase Pfeiffer, *Theol Judaicae et Mahomedicae et. principia* . Leipzig 1687. Otros aseguran que Jesús era un bandolero que terminó encabezando una banda de ladrones. Véase la *Gemara* .

ciones y una serie de ideas de los pueblos con los que los judíos estuvieron en contacto.

No hemos de sorprendernos si vemos a los judíos, y a sus sucesores cristianos, imbuidos de nociones tomadas de los fenicios, de los caldeos o persas, de los griegos y de los romanos. Los errores de los hombres en materia de religión tiene muchas semejanzas, solo parecen diferentes por sus combinaciones. El trato de los cristianos y judíos con los griegos les dio a conocer la filosofía de Platón, tan análoga al espíritu novelesco de los orientales y tan conforme al espíritu de una religión que se tomó como un deber el hacerse inaccesible a la razón[9].

Pablo, el mas ambicioso y el mas exaltado de los discípulos de Jesús llevó su doctrina, sazonada de lo sublime y maravilloso, a los pueblos de Grecia, de Asia y hasta a los habitantes de Roma; tuvo seguidores porque todo hombre que habla a la imaginación de unos hombres toscos, les hace compartir sus intereses, y este apóstol activo puede pasar , con toda justicia, por el fundador de una religión que sin él no habría podido extenderse por la falta conocimientos de sus ignorantes colegas, de los que no se separó para acabar siendo el jefe de la secta.[10].

De cualquier manera que fuera el cristianismo, desde su nacimiento, se vio obligado a limitarse al común de los pueblos, solo fue abrazado por hombres de baja condición entre los judíos y entre los paganos, gente capaz de aceptar con facilidad las maravillas contadas[11] Un dios infortunado, víctima inocente de la maldad, enemigo

[9] Orígenes afirma que Celso acusaba a Cristo de haber robado muchas de sus máximas a Platón. Véase Orígenes, *Contra Celso* 1, 6. San Agustín confiesa que ha encontrado en Platón el comienzo del Evangelio de San Juan. Véase San Agustín, *Confesiones*, libro 8 cap. 9, 10,20. Las nociones del Verbo son claramente platónicas; la Iglesia ha sabido sacar gran partido de éste filósofo, como se probará a continuación.

[10] Los ebionitas o primeros cristianos consideraban a Pablo un apóstata o un hereje, porque se separaba completamente de la ley de Moisés que los otros apóstoles solo querían transformar

[11] Los primeros cristianos fueron llamados despectivamente *ebionitas*, palabra que significa *miserables*. Véase Orígenes, *Contra Celso* , I, II y Eusebio, *Historia Eclesiástica*, III, 37. Después se ha querido dignificar la palabra *ebion* y se le ha dado el significado de *hereje*. De cualquier manera, la religión cristiana debía agradar a los esclavos, excluidos de las cosas sagradas u que a duras penas eran considerados personas; la religión los persuadió que llegaría algún día su turno y que en la otra vida serían mas felices que sus señores

de los ricos y de los grandes debía ser motivo de consuelo para los desgraciados. Las costumbres austeras, el menosprecio de las riquezas, la solicitud desinteresada en apariencia de los primeros predicadores del evangelio cuya ambición se limitaba a gobernar las almas, la igualdad que la religión establecía entre los hombres, la comunidad de bienes y las ayudas mutuas que se prestaban los miembros de esta secta, fueron cosas muy a propósito para excitar el deseo de los pobres y para multiplicar los cristianos.

La unión, la concordia, el afecto recíproco recomendados continuamente a los primeros cristianos, debían seducir a las almas honestas; la sumisión al poder, la paciencia ante los padecimientos, la indigencia y la rudeza hicieron que esta secta naciente no fuera considerada peligrosa por los gobernantes acostumbrados a una política de tolerancia religiosa..

Así, los fundadores del cristianismo tuvieron muchos adeptos entre el pueblo y no tuvieron por rivales, contrarios o enemigos sino algunos sacerdotes idólatras o judíos interesados en mantener las religiones establecidas. Poco a poco, el nuevo culto, cubierto por la tosquedad de sus adherentes y por las sombras del misterio arraigó profundamente y resultó demasiado fuerte para ser suprimido. El gobierno romano se dio cuenta demasiado tarde de los progresos de una organización menospreciada; los cristianos, ya numerosos osaron desafiar los dioses del paganismo hasta en sus propios templos. Los emperadores y magistrados, inquietos, quisieron acabar con una secta que les hacía sombra; hicieron perseguir a unos hombres a los que no pudieron reconducir con dulzura y a los que el fanatismo daba tenacidad; los suplicios crearon interés a su favor, la persecución sirvió para ampliar su número, en definitiva, su constancia ante los tormentos pareció sobrenatural y divina a aquellos que fueron sus testigos. El entusiasmo les dio alas, y la tiranía solo sirvió para proporcionar nuevos defensores a la secta que se pretendía ahogar.

Así pues que no nos alaben los maravillosos progresos del cristianismo; fue la religión del los pobre, anunciada por un dios pobre, fue predicada por pobres a otros pobres ignorantes, los consoló de su situación, sus lúgubres ideas fueron análogas al estado de ánimo de unos hombres desgraciados e indigentes. La unión y la concordia, que tanto se admira entre los primeros cristianos no es menos maravillosa, una secta naciente y oprimida permanece unida. Y teme separar sus intereses ¿De que manera en estos primeros tiempos, estando sus mismos sacerdotes perseguidos y tratados como perturbadores, hubieran osado predicar la intolerancia y la persecución?. Los rigores ejercidos contra los primeros cristianos, no pudieron hacerlos cambiar los sentimientos porque la tiranía irrita y el espíritu

del hombre es indomable cuando se trata de opiniones ligadas a lo que cree su salvación. Este es el efecto indiscutible de la persecución, Pero los cristianos a los que el ejemplo de su propia secta habría podido desengañar, al fin no han podido, hasta el momento presente, escapar a la locura de perseguir.

Los emperadores romanos, hechos cristianos ellos mismos, es decir, arrastrados por una corriente hecha general que les obligó a servirse de una secta pujante, hicieron subir la religión al trono, protegieron a la Iglesia y a sus ministros, quisieron que sus cortesanos adaptasen sus ideas, y miraron con malos ojos a los que permanecieron fieles a la antigua religión; poco a poco llegaron a prohibir su ejercicio que acabó por estar vedado bajo pena de muerte. Se persiguió sin consideraciones a los que mantuvieron el culto de sus padres, los cristianos devolvieron con usura a los paganos los males que de ellos habían recibido. El Imperio Romano se llenó de sediciones causadas por el celo desmedido de los soberanos y de aquellos sacerdotes *pacíficos* que poco antes solo hablaban de dulzura e indulgencia. Los emperadores, políticos o supersticiosos, cubrieron al sacerdocio de liberalidades y beneficios que muy pronto esa institución no agradeció; estableció su autoridad, seguidamente respetaron como divino el poder que ellos mismos habían creado. Los sacerdotes fueron descargados de otras funciones civiles para que estas no les distrajeran de su ministerio[12].

Así, los pontífices de una secta antaño humillada y oprimida se hicieron independientes; al final acabaron siendo mas poderosos que los reyes, se arrogaron incluso el derecho de mandarlos. Estos sacerdotes de un Dios de paz, casi siempre en discordia entre ellos, transmitieron sus rencores y sus pasiones a sus pueblos, el universo vio sorprendido como, bajo la ley de la gracia, nacían las querellas y los discordias que no habían experimentado bajo las divinidades pacíficas que antaño se habían repartido, sin disputa, el homenaje de los mortales. Tal fue el camino de una superstición, inocente en sus orígenes, pero que mas tarde, lejos de procurar la felicidad a los hombres, fue para ellos manzana de discordia y germen fecundo de calamidades "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad", es así como se anuncia este evangelio, que ha costado al género humano mas sangre que las otras religiones del mundo tomadas colectivamente. "Ama a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como ti mismo", he aquí según el legislador el resumen de sus deberes y a continuación vemos a los cristianos en la imposibilidad de amar a

[12] Véase Tillemont, la vida de Constantino, *Historia de emperadores y otros príncipes*, tomo IV, art, 32, pág 148

este Dios feroz, severo y caprichoso al que rinden culto, y de otro lado los vemos atormentar, perseguir y destruir a su prójimo y a sus hermanos. ¿Por que manera de retroversión una religión que solo respira dulzura, concordia, perdón de las injurias y sumisión a los soberanos, se ha convertido en una y mil veces en motivo de discordia, de furor, de revuelta, de guerra y de los crímenes mas negros? ¿Cómo los sacerdotes del Dios de la paz han podido hacer servir su nombre de pretexto para perturbar la sociedad, a para separar la sociedad, para autorizar los desafueros mas inauditos, para enfrentar a los ciudadanos o para asesinar a los soberanos?

Para explicar todas estas contradicciones es suficiente echar una mirada al dios que los cristianos han heredado de los judíos. No contentos con los colores horrorosos con que lo pintó Moisés, los cristianos todavía han desfigurado el cuadro. Los castigos pasajeros de esta vida son los únicos de los que nos habla el legislador hebreo; el cristiano ve a su dios vengándose con rabia y sin mesura toda la eternidad. En una palabra, el fanatismo de los cristianos se nutre de la fastidiosa idea de un infierno, donde su dios, transformado en verdugo tan justo como implacable saciará su sed con las lágrimas de sus criaturas desafortunadas y perpetuará su existencia para continuar haciéndola eternamente desgraciada. Allá ocupado en su venganza gozará con los tormentos del pecador, escuchará con placer los gritos inútiles con los que hará resonar su mazmorra llena de brasas. La esperanza de ver acabar las penas no permitirá ningún descanso en los suplicios,

En una palabra, al adoptar el dios terrible de los judíos, el cristianismo ha dado mas valor a su crueldad, lo representa como al tirano mas insensato, el mas falso, el mas cruel que el espíritu humano pueda concebir; supone que trata a sus súbditos con una injusticia, con una barbarie verdaderamente dignas de un demonio. Por tal de convencer de esta verdad, exponen el cuadro de la mitología judía, adoptada y convertida por los cristianos en algo mas extravagante

4.-De la mitología cristiana, o sobre las ideas que los cristianos tienen acerca de Dios y de su conducta

Dios, por un acto ininteligible de su poder total, hizo surgir el universo de la nada[13]; crea el mundo para servir de morada al hombre; apenas este hombre que ha hecho a su propia imagen único objeto de los trabajos de su Dios ha visto la luz, el creador lo pone en una trampa a la cual sabía que había de sucumbir sin remedio. Una serpiente -que habla- seduce a la mujer que no se sorprende de este fenómeno: la mujer persuadida por la serpiente convence a su marido para comer un fruto prohibido por el mismo Dios. Adán, padre del género humano, por esta falta leve hace recaer sobre él y sobre toda su posteridad inocente una multitud de males, a los que sigue la muerte, sin que empero, esta sea el final de ellos. Por la ofensa de uno solo hombre la raza humana entera se convierte en objeto de la ira celestial; es castigada por su ceguera involuntaria con el Diluvio Universal. Dios se arrepiente de haber creado este mundo y encuentra mas fácil ahogar y destruir la especie humana que cambiar sus sentimientos. Un pequeño numero de justos, a pesar de todo, se libra de esta calamidad, pero la tierra sumergida y el género humano destruido no son suficientes para su venganza implacable Una raza nueva aparece, y , aunque salida de los amigos de Dios, que él ha salvado del naufragio del mundo, esta raza comienza a irritarlo nuevamente con otros desaguisados, jamás el Todopoderoso consigue que su criatura se vuelva tal como él desea. Una nueva corrupción se adueña de las naciones, nueva cólera por parte Jehová. Finalmente, parcial en su ternura y en su preferencia pone sus ojos en un asirio idólatra, hace una alianza con él, le promete que su descendencia, multiplicada como las estrellas del cielo o las arenas del mar, gozará siempre del favor de su Dios. A esta raza escogida le revela sus voluntades, para ella se rompe cien veces el orden que

[13] Los antiguos científicos consideraban como un axioma que *de la nada no sale nada*. La creación, tal como los cristianos la admiten hoy, es decir, salida de la nada, es una invención teológica bastante moderna. La palabra *barah* que utiliza el Génesis significa "hacer, ordenar, disponer una materia preexistente"

había establecido para la Naturaleza; es por ella que es injusto, que destruye naciones enteras. Aun así esta raza favorita no es mas feliz ni mas ligada a su Dios, acude constantemente a Dioses extranjeros, de los cuales espera unos socorros que el suyo le rehúsa; ofende a este Dios que la puede exterminar.

Tan pronto este Dios la castiga como la consuela, tan pronto la detesta sin motivos como la ama sin mas razón. En definitiva, viéndose incapaz de reconducir hacia él a este pueblo perverso, al que quiere obstinadamente, le envía a su propio hijo. Este hijo no es escuchado en absoluto. ¿Qué digo? Este hijo estimado, igual a Dios, su padre, es conducido a la muerte por un pueblo objeto de la ternura obstinada de su padre que se ve incapaz de salvar al género humano sin sacrificar su hijo.

Así, un Dios inocente se convierte en la víctima inocente de un Dios justo al que ama, los dos consienten es extraño sacrificio, juzgado necesario por un Dios que sabe que será inútil para una nación endurecida que no cambiará. ¿La muerte de un Dios, inútil para Israel servirá al menos para expiar los pecados del género humano?

A pesar de la eternidad de la alianza, jurada solemnemente por el Altísimo, y tantas veces renovada con sus descendientes, la nación predilecta se encuentra finalmente abandonada por su Dios que no ha podido reconducirla hacia él. Los méritos de los padecimientos y de la muerte de su hijo se aplican a unas naciones que antes estaban excluidas de sus favores; estas se reconcilian con el cielo que se vuelve de ahora en adelante mas justo con ellas, el género humano se encuentra nuevamente en estado de gracia. También y a pesar de los esfuerzos de la divinidad sus favores son inútiles y los hombres continúan pecando, no cesan de encender la cólera divina y de hacerse acreedores de los castigos eternos destinados al mayor número de ellos.

Esta es la historia fiel sobre la cual descansa el cristianismo. Después de una conducta tan extraña, tan cruel, tan contraria a toda razón, ¿es por ventura sorprendente ver que los adoradores de este Dios no tienen ni idea de sus deberes, que desconocen la justicia, que pasan por encima de los sentimientos de humanidad, que se esfuerzan en su entusiasmo por asimilarse a la divinidad bárbara que adoran y que toman por modelo? ¿Qué indulgencia tiene derecho a esperar el hombre de un Dios que no ha ahorrado dolores a su hijo? ¿Qué indulgencia tendrá el hombre cristiano, persuadido de esta

fábula, para su semejante? ¿Quizás no pueda imaginar que la manera mas segura de complacerle es siendo tan feroz como él?[14]

Al menos es evidente que los seguidores de un Dios semejante han de tener una moral incierta, con unos principios sin firmeza. En efecto, este Dios no es siempre injusto o cruel, su conducta varía, tan pronto crea la naturaleza entera para el hombre, como parece que ha creado a este mismo hombre solo para ejercer sus furores; tan pronto la ama a pesar de de sus faltas como condena a la especie humana a la desgracia por una manzana. En definitiva, este Dios inmutable se ve alternativamente agitado por el amor y por la cólera, por la venganza y por la piedad, por la benevolencia y por el rencor; jamás vemos en su conducta la uniformidad que caracteriza la sabiduría. Parcial n su afecto por una nación menospreciable y cruel sin razón para el resto del género humano, ordena el engaño, el robo, el asesinato y hace y hace que su pueblo querido considere un deber cometer, sin vacilar, los mas horripilantes crímenes, violar la buena fe y menospreciar el derecho de gentes

Le vemos, en otras ocasiones, prohibir estos mismos crímenes, ordenar la justicia y prescribiera a los hombres que se abstengan de lo que perturba el orden de la sociedad. Este Dios, que se dice a veces Dios de la *venganza*, Dios de la *misericordia*, Dios de los *ejércitos* y Dios de la *paz*, tan pronto tiene frío como calor; en consecuencia hace a cada uno de sus adoradores señor de la conducta que ha de tener y por eso su moral deviene arbitraria. ¿Es sorprendente, después de eso, que los cristianos no hayan podido ponerse de acuerdo entre ellos sobre si era mas conforme a los ojos de Dios mostrar indulgencia a los hombres o exterminarlos por su opinión? En una palabra, para ellos es un problema saber si es mas conveniente degollar o asesinar a los que no piensan como ellos o bien dejarlos en paz y mostrarles su humanidad. Los cristianos no cesan de justificar a su Dios de la extraña conducta y tantas veces injusta, que vemos escrita en sus libros sagrados. Esto Dios, nos dicen, señor absoluto de sus criaturas, puede disponer a su antojo sin que el hombre pueda, por eso, acusarlo de injusticia ni pedirle cuenta de sus acciones: su justicia no es la del hombre, este no tiene el derecho de criticar. Es fácil ver la insuficiencia de ésta respuesta. En efecto, los hombres, atribuyendo la justicia a su Dios no pueden hacerse la idea de esta virtud sino suponiéndole semejanza por sus efectos, a la

[14] Nos ponen la muerte del hijo de Dios como prueba indudable de su bondad, pero ¿no es una prueba de su ferocidad, de su venganza implacable, de su crueldad? Un buen cristiana, a la hora de morir decía "que el no había podido concebir nunca que un Dios bueno hubiera hecho morir a un Dios inocente para aplacar a un Dios justo"

justicia de sus congéneres. Si Dios no es justo como los hombres ya no podemos saber de que manera lo puede ser, y le atribuimos una cualidad de la que no tenemos la menor idea. Si se nos dice que Dios no debe nada a sus criaturas, lo suponemos un tirano que no tiene mas regla que sus caprichos. Que no puede ser desde ese momento el modelo de nuestra justicia, que no tiene más relación con nosotros, visto que todas las relaciones deben ser recíprocas. Si Dios no debe nada a sus criaturas ¿cómo le podemos nosotros deber cualquier cosa? Si como nos repiten sin descanso los hombres no son sino "*arcilla en las manos del alfarero*" no puede haber relación moral entre los unos y el otro. Ahora bien, sobre estas relaciones se fundamenta cualquier religión que suponga que Dios ha de recompensar a los hombres por el bien y castigarlos por el mal que hagan. No paran de decirnos que es en la otra vida donde se mostrará la justicia de Dios; admitido eso no podemos decirle justo en esta vida, donde vemos tan continuamente la virtud oprimida y el vicio recompensado. Mientras este estado de cosas no cambie, no estaremos en disposición de atribuir justicia a un Dios que se permite, al menos durante esta vida – la única sobre la que podemos juzgar- injusticias pasajeras que supuestamente reparará algún día. Pero ¿Esta suposición no es, por fuerza, gratuita por si misma? Y si este Dios ha podido consentir así una injusticia en una ocasión ¿por qué habríamos de suponer que no lo hará también mas tarde?

¿Como –por otro lado- se puede conciliar una justicia tan propensa a desmentirse con la inmutabilidad de este Dios? Lo que se acaba de decir sobre la justicia de Dios también se puede aplicar a la bondad que le atribuyen y sobre la que los hombres fundamentan los deberes que tienen en relación con él. En efecto, si este Dios es todopoderoso, si es el autor de todas las cosas, si no se hace nada sin su permiso ¿Cómo podemos atribuirle bondad en un mundo en el que sus criaturas están expuestas a males continuados, a enfermedades crueles, a revoluciones físicas y morales y en definitiva a la muerte? Los hombres solo pueden atribuir bondad a Dios sobre los bienes que reciben, desde el momento que padecen el mal, este Dios no puede ser bueno para ellos. Los teólogos ponen a cubierto la bondad de Dios, negando que él sea el autor de los males, que atribuyen a un genio maléfico, copiado del zoroastrismo, que está continuamente ocupado en perjudicar al género humano y a frustrar las intenciones favorables de la providencia sobre él.

Dios, nos dicen estos autores, no es el autor del mal, solo lo permite.¿No ven que para nosotros es lo mismo cometer el mal que tolerarlo un Dios que podría evitarlo? De otro lado, si la bondad de Dios ha podido contradecirse un instante, no se volverá a contradecir

siempre?. Para acabar, en el sistema cristiano ¿Cómo se puede conciliar con la bondad de Dios o con su sabiduría, la conducta muchas veces bárbara o las órdenes sanguinarias que los libros santos le atribuyen? ¿Cómo puede un cristiano atribuir la bondad a un Dios que ha creado a la mayoría de los hombres para la condenación eterna? Se nos dirá sin duda, que la conducta de Dios es para nosotros un misterio impenetrable, que no tenemos derecho a examinarla, que nuestra débil razón se perdería cada vez que quisiésemos sondear las razones de la sabiduría divina, que hay que adorarlo en silencio sometiéndonos temblando a los oráculos de un Dios que no da a conocer sus voluntades sino a si mismo: nos cierran la boca diciendo que la divinidad se ha revelado a los hombres

5.- Sobre la revelación

¿Como sin el recurso de la razón, podemos saber si es verdad que la divinidad ha hablado? Pero, por otro lado ¿No ha proscrito la religión cristiana la razón? ¿No nos prohíbe su uso en el examen de los maravillosos dogmas que nos presenta? ¿No clama continuamente contra una razón profana, a la que acusa de insuficiencia, y que siempre contempla como unja forma de revuelta contra el cielo? Antes de poder juzgar sobre la revelación divina, sería necesario tener una idea justa de la divinidad. Pero ¿de donde sacar una idea si no es de la misma Revelación, teniendo en cuenta que nuestra razón es demasiado débil para elevarse al conocimiento del Ser Supremo? Así, la revelación misma nos probará la autoridad de la revelación. A pesar de este círculo vicioso, abrimos los libros que han de iluminarnos y a los cuales debemos someter nuestra razón. ¿Allí encontramos ideas precisas sobre este Dios que nos anuncian los oráculos? Sabremos a que atenernos respecto de sus atributos? ¿Este Dios no es un manojo de cualidades contradictorias que forman un enigma inexplicable? Si como se supone ésta revelación proviene de Dios mismo, ¿cómo confiarse alo dios de los cristianos, al que se pinta como injusto, falso, disimulado, que pone trampas a los humanos, que se complace en seducirlos, en cegarlos, en volverlos insensibles, que da señales engañosas, que extiende sobre ellos un espíritu de vértigos y de error?[15] Así, desde los primeros pasos, el hombre que quiere asegurarse sobre la revelación divina, cae en la desconfianza y en la perplejidad; no sabe si el Dios que le ha hablado tiene la intención de engañarlo, como ha hecho con tantos otros según su propia confesión; por otro lado ¿No le es obligado pensarlo cuando ve las disputas interminables de sus guías sagrados, que nunca han podido ponerse de acuerdo sobre la manera de entender los precisos oráculos con los que la divinidad se ha explicado?

Las incertidumbres y los temores de la persona que examina de buena fe la revelación adoptada por los cristianos ¿No se redoblarán cuando vea que su Dios solo ha pretendido darse a conocer a algunos

[15] En la Escritura y en los Padres de la Iglesia, Dios está siempre representado como un seductor. Permite que Eva sea seducida por una serpiente, endurece el corazón del Faraón, Jesús es un "problema". Estos son los puntos de vista bajo los que se muestra la divinidad

seres predilectos, mientras que ha querido continuar oculto para el resto de los mortales, para los cuales esa revelación era asimismo necesaria? ¿Cómo sabrá si no está él también entre los cuales, el Dios parcial, no ha querido darse a conocer? ¿Su corazón no se turbará a la vista de un Dios que solo consiente en mostrarse y anunciar sus decretos a un número de personas muy reducido si lo comparamos con toda la especie humana? ¿No tendrá la tentación de acusar a este Dios de una negra malicia, viendo que el hecho de no haberse manifestado a tantas naciones ha causado, necesariamente, su pérdida durante un largo número de siglos? ¿Qué idea puede formarse de un Dios que ha castigado a millares de hombres por haber ignorado unas leyes secretas, que él mismo solo ha publicado a escondidas, en un rincón oscuro e ignorado de Asia?

Así, cuando el cristiano consulta al final los libros sagrados, todo debe conspirar para ponerlo en guardia contra el Dios que le habla, todo le inspira desconfianza contra su carácter moral, todo se vuelve inseguridad acerca de él; su Dios, de acuerdo con los intérpretes de su pretendida voluntad, parece que ha concebido el proyecto para aumentar las tinieblas de su ignorancia. En efecto, para eliminar sus dudas se le dice que las voluntades reveladas son misterios, es decir cosas inaccesibles para el espíritu humano. En este caso ¿Qué hay que decir? ¿Se habría manifestado Dios a los hombres para no ser comprendido? ¿No es esta una conducta tan ridícula como insensata? Decir que Dios solo se ha revelado para anunciar misterios, es igual a decir que Dios solo se ha revelado para permanecer desconocido, para ocultarnos sus caminos, para desviar nuestro espíritu, para aumentar nuestra ignorancia y nuestras incertidumbres. Una revelación verdadera, que viniese de un Dios justo y bueno y que fuese necesaria para todos los hombres, debería ser lo bastante clara para ser escuchada por todo el género humano. ¿La revelación sobre la cual se fundamentan el judaísmo y el cristianismo está en ese caso? Los elementos de Euclides son inteligibles para todos aquellos que quieren entenderlo, su obra no provoca disputas entre los geometras. ¿Es tan clara la Biblia y las verdades reveladas no originan disputas entre los teólogos que las anuncian? ¿Porqué fatalidad las Escrituras, reveladas por la divina misma, necesitan todavía comentarios y demandan luces del cielo para ser creídas una vez escuchadas? ¿No es sorprendente que aquello que ha de servir para hacer de guía a los hombres, no sea comprendido por ninguno de ellos? ¿No es una crueldad que aquello que es lo mas importante para ellos, sea lo menos conocido? Todo son misterios, tinieblas, incertidumbres, materia de disputas, en una religión anunciada por el Altísimo para iluminar al género humano. El Antiguo y el Nuevo Testamento

conteniendo verdades esenciales para los hombres no son comprendidos, cada uno los entiende de manera diferente, y los teólogos no están jamás de acuerdo en la manera de interpretarlos. Poco conformes con los misterios contenidos en los libros sagrados, se han inventado de siglo en siglo otros que sus seguidores están obligados a creer, siendo que su fundador y su Dios no han dicho una palabra al respecto. Ningún cristiano puede dudar de los misterios de la Trinidad o de la Encarnación, ni de la eficacia de los sacramentos aunque Jesucristo no dio ninguna explicación sobre estas cosas. En la religión cristiana todo parece abandonado a la imaginación, a los caprichos, a las decisiones arbitrarias de sus ministros, que se arrogan el derecho de forjar misterios y artículos de fe, según sus intereses lo demanden.

Es así como esta revelación se perpetúa por medio de la Iglesia, que se pretende inspirada por la divinidad y que, bien lejos de iluminar el espíritu de sus hijos, no hace mas que confundirlos y sumergirlos en un mar de incertidumbres. Estos son los efectos de la revelación que sirve de base al cristianismo y sobre cuya realidad no se permite dudar. Dios –nos dicen- ha hablado a los hombres; pero ¿Cuándo ha hablado? Ha hablado hace millares de años, a unos hombres escogidos que ha transformado en sus portavoces: pero ¿Cómo podemos asegurarnos de que es verdad que este Dios ha hablado, si no es acudiendo al testimonio de los mismos que afirman haber recibido sus órdenes? Estos intérpretes de las voluntades divinas son, pues, hombres; pero los hombres ¿No están sujetos a engañarse ellos mismos y a engañar a otros? ¿Cómo, pues, sabremos si podemos confiar en los testimonios que estos portavoces del cielo dan de ellos mismos? ¿Cómo podremos saber si no han sido víctimas de una imaginación demasiado viva o de alguna ilusión? ¿Cómo podemos descubrir hoy si es verdad que aquel Moisés habló con su Dios y recibió de él la Ley del pueblo judía hace millares de años? ¿Cuál era el temperamento de aquel Moisés? ¿Era flemático o entusiasta, sincero o falso, ambicioso o desinteresado, verídico o embustero? ¿Podemos fiarnos del testimonio de un hombre que, después de haber hecho tantos milagros, no pudo nunca desengañar a su pueblo de la idolatría, y que después de haber hecho pasar cuarenta y siete mil israelitas por el filo de la espada, tiene la osadía de decir que es "el más dulce de los hombres"? Los libros atribuidos a Moisés, que dan cuenta de tantos hechos que pasaron en su entorno ¿Son realmente auténticos? En definitiva ¿Qué prueba tenemos de su misión, fuera del testimonio de unos miles de israelitas, groseros y supersticiosos, ignorantes y crédulos, que posiblemente fueron las víctimas de un legislador feroz, siempre dispuesto a exterminarlos, o que no

tuvo conocimiento de lo que había de escribirse mas tarde a cuenta de aquel famoso legislador? ¿Qué prueba nos da la religión cristiana de la misión de Jesucristo? ¿Conocemos su carácter y su temperamento? ¿Qué grado de confianza podemos otorgar al testimonio de sus discípulos, que, según su propia confesión, fueron unos hombres groseros y faltos de conocimientos, y por lo tanto susceptibles de dejarse ilusionar por los artificios de un hábil impostor? El testimonio de las personas más instruidas de Jerusalén ¿No habría de ser más valorado para nosotros que el de algunos ignorantes que son generalmente víctimas de quien les quiere engañar?

Eso nos conduce ahora a examinar las pruebas sobre las que se fundamenta el cristianismo.

6.- Sobre las pruebas de la religión cristiana, de los milagros, de las profecías y de los martirios

Hemos visto en los capítulos precedentes los motivos legítimos que tenemos para dudar de la revelación hecha a los judíos y a los cristianos; por otro lado, en este punto del cristianismo no tiene ninguna ventaja sobre las otras religiones del mundo, todas las cuales, a pesar de sus desacuerdos, se dicen emanadas de la divinidad y pretenden tener el derecho exclusivo de sus favores. El hindú asegura que el mismo Brahma es el autor de su culto. El escandinavo recibía el suyo del temible Odin. Si el judío y el cristiano ha recibido el suyo de Yaveh por el ministerio de Moisés y de Jesús, el mahometano asegura haberlo recibido de su profeta inspirado por el mismísimo Dios, así todas las religiones se dicen emanadas del cielo, todas prohíben la utilización de la razón para examinar sus derechos sagrados, todas se pretenden verdaderas excluyendo a las otras, todas amenazan con la ira de los cielos a aquellos que rehúsen someterse a su autoridad; en fin, todas tienen un aire de falsedad por las contradicciones palpables de que están llenas, por las ideas informes, oscuras y siempre odiosas que dan de la divinidad., por las leyes extrañas que le atribuyen, por las disputas que provocan entre sus seguidores; en definitiva, todas las religiones que vemos sobre la tierra no nos muestran sino una madeja de imposturas y de sueños que revuelven por igual la razón.. Así, del lado de sus pretensiones, la religión cristiana no tiene ninguna ventaja sobre las otras supersticiones de que el universo está infestado y su origen celestial se ve contestado por todas las otras con tanta razón como ella contesta el de aquellas.

¿Cómo se puede decidir entonces en su favor? ¿Por donde se puede probar el valor de sus derechos? ¿Tiene algunos caracteres distintivos que la hagan merecedora de la preferencia y cuales son? ¿Nos hace conocer mejor que las otras la esencia y la naturaleza de la divinidad?¡Helo aquí! No hace sino volverla mas inconcebible, solo nos muestra un tirano caprichoso, las fantasías del cual son a veces favorables pero casi siempre desfavorables para los humanos ¿Vuelve mejores a los hombres? ¡Ah! Vemos que andan por todos los lados divididos, los enfrenta, los hace intolerantes, les obliga a

ser verdugos de sus hermanos. ¿Hace más poderosos y pujantes a los imperios? ¿Donde reina no vemos como los pueblos, sojuzgados, faltos de vigor, de energía, de actividad, se estancan en un vergonzoso letargo y no tienen idea verdadera de la moral? ¿Cuales son entonces los signos por los cuales se ve la superioridad del cristianismo sobre otras religiones? Son -nos dicen- los milagros, las profecías y los mártires. ¡Pero yo veo milagros profecías y mártires en todas las religiones del mundo! Veo que hay por todo el mundo hombres mas instruidos y mas astutos que el pueblo común que lo engañan con su ascendiente y lo encandilan con unas obras que cree sobrenaturales porque ignora los secretos de la Naturaleza y los recursos del arte.

Si el judío me cita los milagros de Moisés yo veo estas pretendidas maravillas operadas a los ojos del pueblo mas ignorante, mas estúpido, mas abyecto y mas crédulo, el testimonio del cual no tiene ningún peso par mi. Por otro lado puedo sospechar que los milagros han sido insertados en el texto sagrado de los hebreos mucho tiempo después de la muerte de aquellos que los hubiesen podido desmentir.

Si el cristiano me cita Jerusalén y el testimonio de todo Galilea para probarme los milagros de Jesucristo, todavía no veo mas que una plebe ignorante para darme testimonio, o bien pregunto como fue posible que un pueblo entero, testigo de los milagros del su Mesías consintiera su muerte e incluso la demandara con urgencia.. ¿El pueblo de Londres, de París, toleraría que se llevase a la muerte delante de sus ojos, un hombre que hubiese resucitado a muertos, devuelto la vista a ciegos, curado a los cojos, o sanado a los paralíticos? Si los judíos pidieron la muerte de Jesús todos esos milagros quedan anulados para todos los hombres no predispuestos a desdeñar la razón.

Por otro lado, ¿no es posible oponer a los milagros de Moisés, de la misma manera que a los de Jesús, los que Mahoma realizó a los ojos de los pueblos de la Meca y de Arabia reunidos? El efecto de los milagros de Mahoma tuvo la virtud de convencer a los árabes de su divinidad. Los milagros de Jesús no convencieron a nadie de su misión: San Pablo mismo, que resultó el más ardiente de sus discípulos, no resultó convencido por unos milagros que en su tiempo tenían tantos testigos y necesitó un milagro especial para convencer su espíritu. ¿Con que derecho queremos, pues, hacer creer hoy en unas maravillas que no eran creídas en el mismo tiempo de los Apóstoles, es decir, poco tiempo después de su realización?.

Que no se nos diga que los milagros de Jesús están tan bien testificados como algunos hechos de la vida profana y que dudar de ellos es tan ridículo como dudar de la existencia de Escisión o de Cesar, en las cuales solo creemos por el testimonio de los historiadores. La

existencia de un hombre, de un general del ejército, de un héroe, no es increíble, no pasa lo mismo con los milagros[16] Damos crédito a los hechos verosímiles relatados por Tito Livio mientras que rechazamos, con menosprecio, los milagros que nos cuenta. Un hombre reúne siempre la mas estúpida credulidad con los talentos mas distinguidos, el cristianismo mismo nos facilita innumerables ejemplos. En materia de religión todos los testimonios son sospechosos. El hombre con mas luces ve malamente cuando es transportado por el entusiasmo, cegado por el fanatismo o seducido por su imaginación. Un milagro es una cosa imposible. Dios no sería inmutable si cambiase el orden de la naturaleza. Se nos dirá –puede ser- que sin cambiar el orden de las cosas, Dios, o sus favoritos pueden encontrar en la naturaleza recursos desconocidos para los otros hombres, pero entonces sus obras no serían sobrenaturales y no tendrían nada de maravillosas. Un milagro es un efecto contrario a las leyes constantes de la naturaleza, por consiguiente Dios mismo, sin perjudicar su sabiduría, no puede hacer milagros. Un hombre sabio que viese un milagro tendría el derecho de dudar si había visto bien, debería examinar si el efecto extraordinario que no comprende no se debe a alguna causa natural de la cual ignorase la manera de actuar. Pero concedamos por un instante que los milagros sean posibles y que los de Jesús sean verdaderos o que, al menos, no han sido insertados en los evangelios demasiado tiempo después del momento que se realizaron. ¿Los testimonios que nos han transmitido los apóstoles que los han visto son bien dignos de fe y su testimonio no es recusable? ¿Los testigos estaban suficientemente preparados? Según los mismos cristianos eran hombres de escasas luces, extraídos de los mas bajo del pueblo y en consecuencia crédulos e incapaces de examinar las cosas. ¿Estos testimonios eran desinteresados? No, tenían el interés más grande en sostener los hechos maravillosos que probaban la divinidad de su maestro y la verdad de la religión que deseaban establecer. ¿Estos mismos hechos fueron confirmados por los historiadores contemporáneos? Ninguno de ellos ha hablado ni siquiera en una ciudad tan supersticiosa como Jerusalén, no se ha encontrado un solo judío ni un solo pagano que hayan oído hablar de los hechos mas extraordinarios y mas divulgados de la historia. Solo son los cristianos los que atestiguan los milagros de Cristo. Quieren que creamos que a la muerte del hijo de Dios la Tierra tembló, que el Sol

[16] Un hecho sobrenatural demanda, para ser creído testimonios mas fuertes que un hecho que no sea contrario a lo verosímil. Es fácil creer que haya existido Apolunio de Tiana; mas arriba me he referido a Filostrato, quien decía que Apolonio hacía milagros. Creo sin dificultad que Jesucristo haya muerto, pero no puedo creer que haya resucitado.

se eclipsó, que los muertos salieron de la tumba. ¿Cómo puede ser que unos sucesos tan extraordinarios solo fueran por remarcados por algunos cristianos? ¿Fueron ellos los únicos que se dieron cuenta? Quieren que creamos que Cristo resucitó; se nos cita como testigos a unos apóstoles, unas mujeres, unos discípulos. Una aparición solemne, hecha en una plaza pública ¿no habría sido más decisiva que todas esas apariciones clandestinas hechas a hombres interesados en formar una nueva secta? La fe cristiana está fundamentada, según san Pablo, en la resurrección de Jesús, era necesario, pues, que este hecho fuera probado a las naciones de la manera más clara e indudable[17]. ¿No se puede acusar a de malicia al salvador del mundo por no mostrarse mas que a sus discípulos y favoritos? ¿Es que no quería que todo el mundo creyese en él? ¿Los judíos –nos preguntamos- por llevar a Jesús a la muerte, merecieron ser privados? Pero entonces ¿Por qué los apóstoles les predicaron el evangelio? ¿Podían esperar mas credibilidad a sus relatos que a sus propios ojos?.

Para el resto los milagros solo parecen inventados para suplir los buenos razonamientos; la verdad, la evidencia, no tienen necesidad de milagros para hacerse adoptar ¿No es muy sorprendente que la divinidad encuentre mas sencillo alterar el orden de la naturaleza que enseñar a los hombres verdades claras, adecuadas para convencer, capaces de arrancarles su asentimiento? Los milagros solo se han inventado para probar a los hombres cosas imposibles de creer; no serían necesarios milagros si se les hablase razonablemente. Así, son cosas increíbles las que sirven para probar otras cosas increíbles. Casi todos los impostores que han traído religiones al pueblo le han anunciado cosas improbables, seguidamente han hecho milagros para obligarles a creer las cosas que anunciaban. "No podéis –les han dicho- comprender lo que os digo, pero os pruebo que lo que digo es cierto haciendo delante de vuestros ojos cosas que no podéis comprender". Los pueblos se han conformado con estas razones; La pasión por lo maravilloso les ha impedido siempre razonar, no vieron que los milagros no podían probar las cosas imposibles ni cambiar la esencia de la verdad. Cualquiera de las maravillas que pueda hacer el hombre, o si se quiere el mismo Dios, jamás probarán que dos y dos no son cuatro y que tres solo hacen uno; o que un ser inmaterial y desprovisto de órganos haya hablado a los hombres, que

[17] Los basilianos y los cerintianos, movimientos heréticos de los primeros tiempos del cristianismo, sostenían que Jesús no había muerto y que Simón de Cirene fue crucificado en su nombre. Véase *Epiphan, haer,*. Cáp 28. He aquí que desde el mismo nacimiento de la Iglesia unos hombres pusieron en duda la muerte y en consecuencia la resurrección de Jesús ¿Y nosotros vamos a creerlo ahora?

un ser justo, bueno y sabio hay podido ordenar locuras, injusticias, crueldades etc. Podemos ver así que los milagros no prueban sino la destreza y la impostura de quienes desean engañar a los hombres para confirmar sus mentiras anunciadas. Y la credulidad estúpida de los seducidos por estos impostores. Estos últimos han comenzado por mentir, por dar falsas ideas de la divinidad y por pretender que han tenido comercio íntimo con ella, y con tal de probar estas maravillas increíbles hacían obras increíbles que atribuyen a la omnipotencia del ser que los enviaba. El hombre que hace milagros no tiene verdades que probar sino mentiras que apoyar. La verdad es simple y clara, la maravilla anuncia siempre la falsedad. La naturaleza es siempre es verdadera, actúa por leyes que no se desmienten jamás., Decir que Dios hace milagros es decir que él mismo se contradice, que desmiente que el mismo ha dado a la naturaleza, que vuelve inútil la razón humana de la que él es su autor. Solo los impostores nos pueden pedir que renunciemos a la experiencia y renunciemos a la razón..

Así, los pretendidos milagros que el cristianismo nos cuenta solo tienen por base –como todas las otras religiones- la credulidad de los pueblos, su entusiasmo, su ignorancia y la destreza de los impostores.

Lo mismo podemos decir de las profecías. Los hombres han deseado siempre conocer el porvenir; en consecuencia, encontraron hombres dispuestos a servirlos. Vemos adivinadores, encantadores, profetas en todos los pueblos de la Tierra. Los judíos no fueron, en este punto, más favorecidos que los tártaros, los negros, los salvajes y todos los otros pueblos de la tierra, todos los cuales han poseído sus impostores preparados para engañarlos a cambios de regalos. Estos hombres maravillosos debieron de comprender bien pronto que sus oráculos debían de ser vagos y ambiguos para no ser desmentidos por los efectos. No nos sorprendamos si las profecías judías son oscuras y de naturaleza tal que permitan encontrar todo lo que se busque. Las que los cristianos atribuyen a Jesucristo no son vistas de la misma manera por los judíos, que todavía esperan al *mesías* que los cristianos creen llegado hace dieciocho[18] siglos. Los profetas del judaísmo han anunciado siempre a ésta nación inquieta y descontenta un liberador que era igualmente esperado por los romanos y por todas las naciones del mundo. Todos los hombres, por una inclinación natural esperan el fin de sus infortunios y creen que la providencia no puede dejar de hacerlos mas afortunados. Los judíos, más

[18] Recordemos que Holbach escribía esto en el siglo XVIII (N. del T.)

supersticiosos que los otros pueblos, basándose en la promesa de su Dios, han debido esperar siempre un conquistador o un monarca que cambiara la suerte de su pueblo y los sacara del oprobio.

¿Como puede verse este libertador en la persona de Jesús, el destructor y no el restaurador de la nación hebrea, la cual, después de él, no gozó mas del favor de Dios? No faltará quien diga que la destrucción del pueblo judío y su dispersión habían sido predichas y que aportan una prueba convincente de las profecías cristianas. Contesto que era fácil predecir la dispersión y la destrucción de un pueblo siempre inquieto, turbulento y rebelde a sus dominadores, siempre dividido por las disputas internas; por otro lado este pueblo fue siempre conquistado y dispersado; el templo destruido por Tito lo había sido antes por Nabucodonosor, que condujo a las tribus cautivas a Asiria y las repartió por sus estados. Nos fijamos en la dispersión de los judíos y no en la de los otros pueblos conquistados porque estos, al cabo de algún tiempo, se han confundido siempre con la nación conquistadora, mientras que los judíos no se mezclan con las naciones entre las que habitan y permanecen siempre distintos. ¿No sucede eso con los parsis de Persia y del Indostaní, así como los armenios que viven en países mahometanos? Los judíos permanecen dispersos porque son insociables, intolerantes y ciegamente ligados a sus supersticiones.[19]

Los cristianos no tienen razón para presumir del cumplimiento de las profecía contenidas en los mismos libros de los judíos, ni para considerarse superiores a aquellos a los que ven como conservadores de los derechos de una religión a la que aborrecen. Judea estuvo siempre sometida a los sacerdotes que tuvieron una influencia muy grande sobre los asuntos del Estado, se mezclaron en la política y predijeron los acontecimientos favorables o desfavorables que les tocaba esperar.. Ningún país contuvo u número tan grande de *inspirados*, vemos que los profetas tenían escuelas públicas donde iniciaban en los misterios de sus artes a quienes encontraban dignos o que querían engañar un pueblo crédulo, atraerse su respeto y procurarse los medios de subsistencia a su cargo.[20] El arte de profetizar era pues

---

[19] Las Actas de los Apóstoles prueban evidentemente que ya antes de Jesucristo los judíos estaban dispersos en otras naciones; acudían de Persia, Grecia, Arabia, etc. A Jerusalén para la fiesta de Pentecostés. Véase *Actas* 2, 8. Así después de Jesús solo los habitantes de Judea fueron dispersados por los romanos.

[20] San Jerónimo pretende que los saduceos no admitían a los profetas y se limitaban a aceptar los cinco libros del Pentateuco. Dodwell, *De iure laicarum*, dice que era bebiendo vino como los profetas se disponían a profetizar.

un verdadero oficio, o si se prefiere, una rama del comercio muy útil y lucrativa en una nación miserable y persuadida que su Dios estaba dedicado continuamente a ella. Los grandes beneficios que resultaban de este tráfico de imposturas debieron de introducir las diferencias entre los profetas hebreos, así vemos como se desprestigiaban entre ellos, cada uno trataba a su rival de *falso profeta* y pretendía que estaba inspirado por un espíritu maligno. Hubo siempre querellas entre los impostores para saber a quien le correspondería el privilegio de engañar a sus conciudadanos. En efecto, si examinamos la conducta de estos profetas tan elogiados del Antiguo Testamento no encontraremos nada mas alejado de unos personajes virtuosos. Vemos sacerdotes arrogantes, continuamente ocupados es cuestiones de Estado, que siempre supieron ligarlas a los asuntos de religión, vemos sujetos sediciosos, haciendo continuas cábalas contra los soberanos que no estaban sometidos a ellos, poniendo trabas a sus proyectos, sublevando los pueblos contra ellos e incluso destruyéndolos para hacer que así se cumpliesen las funestas predicciones que habían hecho. En definitiva, en la mayoría de los profetas que tuvieron un papel en la historia de los judíos, vemos rebeldes ocupados sin descanso en la preocupación de trastocar el Estado, de suscitar desavenencias y combatir la autoridad civil, de la cual los sacerdotes siempre fueron enemigos cuando no la encontraron suficientemente complaciente y bastante sometida a sus intereses[21].

De cualquier manera que sea, la estudiada oscuridad de las profecías permite aplicar las que tenían por objeto el *mesías* o libertador de Israel a todo hombre singular, a todo exaltado o profeta aparecido en Jerusalén o en Judea. Los cristianos, que tienen el ánimo excitado por la idea de su Cristo, han creído verlo por todo y lo han encontrado claramente en los pasajes mas oscuros del Antiguo Tes-

---

Véase la página 259. Parece que eran malabaristas, bailadores, poetas y músicos que aprendían así la forma de ejercer este oficio.

[21] El profeta Samuel, descontento con Saúl porque rehusó prestarse a sus crueldades lo desposeyó de la corona y le suscitó un rival en la persona de David. Eliseo parece ser solamente un sedicioso que tuvo éxito en las querellas con sus soberanos y que se vio obligado a escapar huyendo de un castigo merecido. Jeremías nos deja entender el mismo que fue un traidor que se entendía con los asirios contra su patria afligida, solo parece ocupado en eliminar de sus conciudadanos la voluntad de defenderse; compra un campo de sus padre en el momento mismo en que anunciaba a sus compatriotas que están a punto de ser dispersados y llevados en cautividad. El rey de Asiria recomienda este profeta a su general Nebuzarandan y le recomienda que le tenga a su cuidado. Véase Jeremías

tamento. A partir de alegorías, de sutilidades, de interpretaciones forzadas, han llegado a crearse una ilusión y encontrar predicciones formales en unos sueños descabellados, en unos oráculos inconcretos, en el desorden extraño de los profetas[22]. Los hombres no encuentran dificultades en lo que concuerda con sus deseos. Cuando queremos considerar sin prevenciones las profecías de los hebreos solo vemos unos relatos informes que solo son obras del fanatismo y del delirio; encontraremos estas profecías oscuras y enigmáticas, como los oráculos de los paganos, todo nos probará que en definitiva estos pretendidos oráculos divinos nada mas son delirios e imposturas de unos hombres avezados en sacar provecho de la credulidad de un pueblo supersticioso, que concede crédito a los sueños, a las visiones, a las apariciones, a los sortilegios y que recibía ávidamente las alucinaciones que se les quería hacer tragar por poco que estuviesen adornadas de lo maravilloso. Allá donde los hombres sean ignorantes habrá profetas, inspirados, personas que harán milagros, estas ramas del comercio disminuirán siempre en la misma proporción que las naciones se ilustren.

Para acabar, el cristianismo cuenta entre el número de pruebas de la verdad de sus dogmas una gran cantidad de mártires que han sellado con su sangre la verdad de las opiniones religiosas que abrazaron. No hay religión sobre la tierra que no tenga sus defensores exaltados, dispuestos a sacrificar su vida por las ideas que están persuadidos van ligadas a su felicidad eterna. El hombre supersticio-

---

[22] Es fácil encontrar en la Biblia cualquier cosa haciendo como San Agustín que encontró todo el Nuevo Testamento en el Antiguo. Según dice, el sacrificio de Abel es la imagen del se Jesucristo, las dos mujeres de Abraham son la sinagoga y la iglesia; un trozo de trapo rojo que mostró la prostituta que traicionó a Jericó significaba la sangre de Jesús, el cordero, el chivo y el león son representaciones de Jesús, la serpiente de Aram representa el sacrificio de la cruz, los misterios del cristianismo se anuncian en el Antiguo Testamento, el maná anuncia la eucaristía, etc. Véase *Serm* .7 y *Ep.*157.
¿Cómo puede un hombre sensato ver en el Emmanuel anunciado por Isaías, el mesías que tiene por nombre Jesús? Véase *Isaías* c.7 v,14 ¿Cómo puede verse un rey libertador de los judíos en un hombre que bien lejos de liberar a sus ciudadanos llegó para destruir la ley de los judíos y después de su llegada su territorio fue despoblado por los romanos? Es necesaria un ceguera total para ver el Mesías en estas condiciones. El mismo Jesús no parece haber sido mas afortunado en sus profecías. En el evangelio de San Lucas,. Cap. 21, anuncia claramente el juicio final, habla de los ángeles encargados de reunir a los hombres a toque de trompeta para que comparezcan delante de él. Y agrega "En verdad os digo que esta generación no pasará sin que estas predicciones no sean cumplidas". Pero el mundo todavía dura y los cristianos esperan el día del juicio final desde hace mil ochocientos años.

so e ignorante es terco en sus prejuicios; la credulidad le impide sospechar que sus guías espirituales hayan podido engañarlo nunca, la vanidad le hace creer que él mismo no ha podido confundirse si tienen la imaginación bastante robusta para ver los cielos abiertos y la divinidad dispuesta a recompensar su coraje, no hay suplicio que no desafíe y que no soporte.

En su embriagues menospreciaré los tormentos de poca duración, reirá en medio de los verdugos y su espíritu alienado le hará hasta insensible al dolor. La piedad ablandará el corazón de los espectadores que admirarán la firmeza maravillosa del mártir; su entusiasmo les gana, creen justa la causa y su coraje, que les parece sobrenatural y divino, se vuelve una prueba indudable de la verdad de sus opiniones. Es de esta manera, como de una especie de contagio, se comunica el entusiasmo, el hombre se interesa siempre por aquel que muestra firmeza y la tiranía atrae partidarios incluso entre aquellos que persigue. La constancia de los primeros cristianos, por un efecto natural, les debió procurar nuevos prosélitos y los mártires no prueban mas que la fuerza de su entusiasmo, de su ceguera o de la obstinación que la superstición puede producir, y la cruel demencia de todos aquellos que persiguen a sus semejantes por sus opiniones religiosas.

Todas las pasiones fuertes tienen a sus mártires, el orgullo, la vanidad, los prejuicios, el amor, el entusiasmo por el bien público, el crimen mismo hacen mártires todos los días o bien hacen que aquellos que se embriagan con estos asuntos cierren los ojos a los peligros. ¿Es pues, sorprendente, que el entusiasmo y el fanatismo las dos pasiones mas fuertes de los hombres hayan hecho tan continuamente afrontar la muerte a quienes se han embriagado con sus falsas esperanzas? ¿Si el cristianismo tiene sus mártires, de los que se glorifica, el judaísmo no tiene los suyos? Los judíos desgraciados que la Inquisición condena a las llamas ¿nos son mártires de su religión, la constancia en la cual prueba tanto en su favor como puede probar la de los mártires cristianos a favor del cristianismo? Si los mártires probasen la verdad de una religión, no habría religión o secta que no pudiera ser vista como verdadera.

En definitiva, entre el número –quizás exagerado- de mártires con que se honra el cristianismo hay muchos que fueron mas bien víctimas de un celo desconsiderado, de un humor turbulento, de un espíritu sedicioso mas que víctimas por la religión. La Iglesia no osa justificar a aquellos a los cuales una imprudente fogosidad ha impulsado a perturbar el orden público, romper los ídolos o derribar los templos del paganismo. Si los hombres de esta especie fuesen vistos como mártires, todos los sediciosos, todos los perturbadores de la

sociedad tendrían derecho a éste título, mientras que de hecho se les castiga

7.- Sobre los misterios de la religión cristiana

Descubrir cualquier cosa a alguna persona es revelarle secretos que ignoraba antes[23]. Si preguntamos a los cristianos cuales son los secretos mas importantes que exigían que el mismo Dios se tomase la molestia de revelar nos dirán que el mas grande los secretos y el mas necesario para el género humano es el de la unidad de la divinidad, secreto que según ellos los hombres habrían sido incapaces de descubrir por si mismos.

Pero ¿No tenemos el derecho de preguntar si este aserto es verdadero? No podemos dudar que Moisés haya anunciado un Dios único a los hebreos y que hizo todos los esfuerzos para hacerlos enemigos de la idolatría y del politeísmo de las otras naciones, el culto y la creencia de las cuales él presenta como abominables a los ojos del monarca celestial que los había sacado de Egipto. Pero ¿un gran número de sabios del paganismo no ha descubierto, sin ayuda de la revelación judía, un Dios supremo, señor de los otros dioses?. Por otro lado, ¿el destino al cual estaban subordinados todos los grandes dioses del paganismo, no era un Dios único, del cual la naturaleza entera sufría la ley soberana? Por lo que hace a los trazos con los que Moisés pintó su divinidad, ni los judíos ni los cristianos tienen derecho de glorificarse. No lo vemos sino como un extraño déspota, colérico, lleno de crueldad, de injusticia, de parcialidad, de malignidad, la conducta del cual ha de precipitar a cualquier hombre que lo medite a la perplejidad más espantosa. ¿Qué resultará si nos atrevemos a suponerle los atributos inconcebibles que la teología cristiana se esfuerza en adjudicarle? Es conocer la divinidad decir que es un “espíritu”, un ser “inmaterial”, que no se parece a nada de

[23] En las religiones paganas los misterios se revelaban a iniciados; se les enseñaba alguna cosa que desconocían. En la religión cristiana se les revela que han de creer en trinidades, encarnaciones, resurrecciones, etc. Es decir, cosas que comprenden igual que si no se les hubiera revelado, o que los sumergen en una ignorancia mas grande que antes.

lo que los sentidos nos hacen conocer? ¿El espíritu humano no resulta confuso por los atributos negativos se infinidad, de eternidad, de omnipotencia, de omnisciencia, etc. con los cuales han adornado este Dios para hacerlo mas inconcebible? ¿Cómo se puede conciliar la sabiduría, la bondad, la justicia y las otras cualidades morales que se dan a este Dios con la conducta extraña y siempre atroz que los libros de los cristianos y hebreos le atribuyen a cada página? ¿No habría valido mas dejar al hombre en la ignorancia total de la divinidad antes que revelarle un Dios lleno de contradicciones, que se presta continuamente a la disputa y que le sirve de pretexto para turbar su reposo? Revelar un Dios así no es descubrir nada a los hombres sino lanzarlos a la más grande de las angustias y excitarlos a querellarse, a perjudicarse y a hacerse desgraciados. Sea como sea,¿ es cierto realmente que el cristianismo admite solamente un Dios, el mismo que el de Moisés? ¿No vemos a los cristianos adorando una divinidad triple, bajo el nombre de "trinidad"? El Dios supremo genera durante toda la eternidad un hijo igual a él, de uno y otro procede un tercero igual a los dos primeros, estos tres dioses, iguales en divinidad, en perfección y en poder, no forman sino un solo dios ¿No hay bastante con exponer este sistema para mostrar su absurdo? ¿Es, pues, para revelar unos misterios semejantes, para lo que la divinidad se ha tomado la molestia de instruir al género humano? ¿Las naciones más ignorantes y mas salvajes han parido opiniones mas monstruosas para confundir la razón?[24] Pero los escritos de Moisés no contienen nada que haya podido dar lugar a este sistema tan extraño; solo a través de explicaciones forzadas se pretende probar el misterio de la trinidad en la Biblia. Por lo que

[24] El dogma de la Trinidad está sacado de las fantasías de Platón, o quizás de las alegorías bajo las cuales este filósofo novelesco intentaba ocultar su doctrina. Parece que a él debe el cristianismo la mayor parte de sus dogmas. Platón admitía tres "hipóstasis" o maneras de existir la divinidad. La primera constituye el "Dios Supremo", la segunda el "Logos", el Verbo o inteligencia divina engendrada por el primer Dios; la tercera es el "Espíritu" o ánima del mundo. Los primeros doctores del cristianismo parecen haber sido platónicos, su exaltación encontraba en Platón, sin duda, una doctrina análoga a su religión: si hubiesen sido personas agradecidas deberían haberlo convertido en profeta o en Padre de la Iglesia. Los misioneros jesuitas han encontrado en el Tibet una divinidad parecida a la de nuestros países; entre los tártaros Dios se llama *Kon-cio-cik*, "Dios único" y *Kon-cio-sum*, "Dios triple". En sus capillas recitan *om, ha, hum* (inteligencia, bazo poder, o palabra,corazón, amor) estas tres palabras son nombres de la divinidad. Véase *Lettres Edif*.. tomo.15 El número de tres siempre fue reverenciado por los antiguos porque en las lenguas orientales *salom*, que significa trés también quiere decir "salud"

hace a los judíos, contentos con el Dios único que el legislador les había anunciado, nunca han pensado en triplicarlo.

El segundo de estos dioses, o siguiendo el lenguaje de los cristianos, *la segunda persona de la trinidad*, se ha revestido de naturaleza humana, se ha encarnado en el seno de una virgen y renunciando a su propia divinidad, se ha sometido a las debilidades ligadas a nuestra especie e incluso a sufrido una muerte ignominiosa para expiar los pecados de la Tierra, He aquí lo que el cristianismo llama *misterio de la encarnación*. ¿No ven que estas nociones absurdas están sacadas de de los egipcios, indios y griegos, cuyas ridículas mitologías suponían dioses revestidos de forma humana y sujetos como los hombres a debilidades?[25]

Así, el cristianismo nos ordena creer que un Dios hecho hombre, sin perjudicar su divinidad, ha podido padecer, morir, ha podido él mismo ofrecerse en sacrificio, no ha podido ahorrarse mantener una conducta tan extraña para apaciguar su propia cólera. Es eso lo que los cristianos llaman el *misterio de la redención* del género humano.

Es cierto que este Dios muerto ha resucitado como el Adonis fenicio, el Osiris egipcio el Atis frigio, que fueron otrora los emblemas de la naturaleza que periódicamente muere y renace, el Dios de los cristianos renace de sus propias cenizas y sale triunfante de su tumba. Estos son los misterios sublimes que la religión cristiana descubre a sus seguidores, estas son las ideas a veces grandes, a veces abyectas, pero siempre inconcebibles que se nos da de la divinidad; ¡He aquí las brillantes ideas que la revelación da a nuestro espíritu! Parece que la que adoptan los cristianos no se hay propuesto sino redoblar las nubes que velan la esencia de la divinidad a los hombres, Dios –se nos ha dicho- ha querido volverse ridículo para confundir la curiosidad de aquellos de los cuales se asegura por otra parte quería iluminar por una gracia especial. ¿Qué idea podemos formarnos de una revelación que, lejos de enseñar, se complace en confundir las nociones mas claras?

Así, a pesar de la revelación tan elogiada por los cristianos el espíritu de estos no tiene idea sobre el ser que sirve de base a toda la religión; al contrario, esta famosa revelación no sirve sino para oscurecer todas las ideas que el hombre podría hacerse. La escritura

---

[25] Los egipcios parecen ser los primeros que han pretendido que sus dioses estaban dotados de cuerpos. *Hoang-Ty* , el dios del pueblo chino, nació de la virgen *Ching-Mu* fecundada por un rayo de sol. Nadie duda en Indostán de las encarnaciones de *Visnú*, Parece que los teólogos de todos los pueblos, desesperados de no poder elevarse hasta Dios, lo han obligado a bajarse hasta ellos.

santa lo llama un "Dios oculto". David nos dice que "pone su abrigo en las tinieblas, que las aguas turbias forman el pabellón que lo cubre". En definitiva, los cristianos, iluminados por Dios mismo, solo tienen ideas contradictorias, nociones incompatibles que hacen dudosa su existencia e incluso imposible a los ojos de cualquier persona que consulte su propia razón.[26].

En efecto, ¿Cómo se puede concebir un Dios que habiendo creado el mundo solo para la felicidad del hombre, permite que la mayor parte de la raza humana sea desgraciada en este mundo y en el otro? ¿Cómo un Dios que goza de la suprema felicidad podría ofenderse de las acciones de sus criaturas? Este Dios es pues, sensible al dolor, su ser puede entonces perturbarse, mantiene por lo tanto dependencia hacia el hombre que puede a voluntad alegrarlo o afligirlo. ¿Cómo un Dios poderoso cede a sus criaturas una libertad funesta de la cual puede abusar para ofenderlo y perderse ellas mismas? ¿Cómo un Dios se puede hacer hombre y, siendo autor de la vida y de la naturaleza, morir él mismo? ¿Cómo un Dios único puede convertirse en triple sin perjudicar su misma unidad? Se nos contesta que todas esas cosas son misterios, pero esos misterios destruyen la esencia misma de Dios. ¿No sería mas razonable admitir en la naturaleza, como Zoroastro o Manes, dos principios o dos potencias opuestas, antes que admitir que con el cristianismo, un Dios omnipotente que no tiene poder para impedir el mal, un Dios justo pero parcial, un Dios clemente pero implacable que castigará durante la eternidad los crímenes de un momento; un Dios simple que se triplica; un Dios principio de todos los seres, que puede consentir morir, incapaz de satisfacer de otra forma su justicia divina?

Si en un mismo sujeto los contrarios no pueden subsistir, la existencia del Dios de los judíos y cristianos es imposible, cosa a partir de la cual nos veremos forzados a concluir que los doctores del cristianismo, por los atributos de que se han servido para adornar, o mejor para desfigurar la divinidad en cuenta de darla a conocer no han hecho sino anularla o al menos tronarla irreconocible. Es así como a partir de fábulas y misterios, la revelación no ha hecho sino perturbar la razón de los hombres y volver inciertas las nociones mas simples que pueden hacerse del ser necesario que gobierna la naturaleza mediante leyes inmutables. Si no se puede negarla existencia de un Dios, al menos es cierto que no se puede admitir el que los cristianos adoran y del cual su religión pretende revelarnos la conducta,

---

[26] Un padre de la Iglesia ha dicho: *Tunc Deum maxime cognoscimus, cum ignorare eum cognoscimos*"

las órdenes y las cualidades. Si es propio de ser *ateo* el hecho de no tener ninguna idea de la divinidad, la teología cristiana solo puede ser contemplada como un proyecto para anular la existencia del ser supremo[27]

[27] Los teólogos cristianos nunca han estado de acuerdo entre ellos sobre las pruebas de la existencia de Dios. Se tratan entre ellos de ateos, porque sus demostraciones jamás son las mismas. Muy pocas personas hay entre los cristianos que han escrito sobre la existencia de Dios que no hayan sido atacadas de ateismo. Descartés, Clarke, Pascal, Arnauld o Nicole han sido tenidos por ateos; la razón es simple: es totalmente imposible probar la existencia de un ser tan extraño como es el Dios de los cristianos.

8.- Otros misterios y dogmas del cristianismo

Pocos contentos con las nubes de misterio que el cristianismo he extendido sobre la divinidad, y las fábulas judías que había adoptado por su cuenta, parece que los doctores cristianos parece que los doctores cristianos no se hayan ocupadote otra cosa que de multiplicar los misterios y confundir cada vez más la razón de sus seguidores. La religión, destinada a iluminar a las naciones, es solamente una telaraña de enigmas, un laberinto de donde el sentido común no puede salir. Todo lo que las supersticiones antiguas consideraban mas inconcebible ha tenido que encontrar necesariamente su lugar en un sistema religioso que tenía como principio imponer un silencio eterno a la razón. El fatalismo de los griegos, en las manos de los sacerdotes cristianos se ha convertido en *predestinación*. Siguiendo este dogma tiránico, el Dios de la misericordia destina el mayor número de infortunados cristianos a los tormentos eternos; solamente los pone durante un tiempo en este mundo para que abusen de sus facultades, de su libertad, y se hagan dignos de la cólera implacable de su creador. Un Dios lleno de providencia y de bondad da al hombre un libre arbitrio del cual éste Dios sabe bien que hará un uso perverso para merecer la condenación eterna. Así la divinidad solo da el día al mayor número de hombres, solo les da las inclinaciones necesarias para su felicidad, solo les permite actuar para tener el poder de despeñarlos en el infierno.

Nada hay más horroroso que las imágenes que el cristianismo nos ha ofrecido de este lugar destinado a la mayor parte de la raza humana. Un Dios misericordioso beberá durante toda la eternidad las lágrimas de los infortunados que ha hecho nacer solamente para ser desgraciados; el pecador encerrado en tenebrosas mazmorras será librado para siempre a las llamas devoradoras, los alrededores de esta prisión atronarán con crujir de dientes, con lamentos; los tormentos que padecerán, al cabo de millones de siglos no habrán hecho sino comenzar y les faltará la esperanza consoladora de ver cada día acabar estas penas, la misma esperanza será destruida.; Dios, por un acto de omnipotencia hará al hombre susceptible de padecer sin interrupción y sin límite, su justicia le permitirá castigar crímenes cuyos efectos son limitados en el tiempo, mediante suplicios infinitos en de duración eterna.. Esta es la idea que se hace el cristiano del Dios que exigirá su amor. Éste tirano lo crea solamente

para hacerlo desgraciado, le da la razón solamente para engañarlo, las inclinaciones para perderlo, la libertad para determinarlo a hacer aquello que lo condenará para siempre, es decir, solo le da ventajas sobre las bestias para tener ocasión de exponerlo a unos tormentos de los cuales estas bestias, así como las substancias animadas están exentas.

El dogma de la predestinación hace la suerte del hombre más enojosa que la de las piedras y las fieras[28]. Cierto que el cristianismo promete un mañana delicioso a los escogidos por la divinidad para ser objeto de su amor, pero aquel lugar está reservado a un número pequeño de elegidos, que sin ningún mérito por su parte, tendrán asimismo a la bondad de su Dios, parcial para ellos y cruel para el resto de los humanos.

Así es como el Tártaro y el Elíseo de las mitologías paganas, inventados por impostores que querían hacer temblar a los hombres o seducirlos, han encontrado lugar en el sistema religioso de los cristianos, que cambian estos nombres por el de *Infierno* o *Paraíso*. No paran de decirnos que el dogma de las recompensas y de las penas en otra vida es útil y necesario a los hombres, que sin eso se librarían sin temor a los excesos mas grandes. Yo respondo que el legislador de los judíos les había escondido cuidadosamente este pretendido misterio, y que el dogma de la vida futura era parte del secreto que en los misterios de los griegos se revelaba a los iniciados. Este dogma fue ignorado por el pueblo y la sociedad no dejó de existir por ese motivo; por otra parte, no son los terrores lejanos –que las pasiones presentes menosprecian siempre o al menos convierten en problemáticos- los que contienen a los hombres, son las buenas leyes, una educación razonable y unos honestos principios.

---

[28] El dogma de la predestinación gratuita es la base de la religión judía. En los escritos de Moisés se ve a un Dios parcial hacia el pueblo que ha escogido, e injusto para todas las otras naciones. La teología de los griegos nos muestra por todo lugar hombres castigados por los dioses por crímenes necesarios y predichos por los oráculos, Tenemos por ejemplo a Edipo, etc. Los hombres han hecho siempre de Dios el mas injusto de todos los seres. Entre nosotros, según los jansenistas, Dios solo otorga su gracia a quien quiere, sin tener en cuenta el mérito, cosa que es mas conforma al fatalismo judío, cristiano o pagano, que la doctrina de los molinistas, que pretenden que Dios otorga su gracia a todos los que la merecen y la demandan. Es cierto que los cristianos consecuentes son verdaderamente fatalistas. Rehuyen la cuestión diciendo que los caminos de Dios son misteriosos, pero, si son misteriosos, ¿porqué nos hablan de ellos a cada instante?

Si los soberanos gobernasen con sabiduría y equidad no tendrían necesidad del dogma de las recompensas y las penas futuras para contener a sus pueblos. Los hombres quedan siempre mas impresionados por las ventajas presentes y por los castigos visibles que por los placeres y suplicios que se les anuncia para otra vida. El temor al infierno no retendrá a los criminales más que el temor al menosprecio, a la infamia, o al cadalso sea capaz de hacerlo. ¿Las naciones cristianas no están llenas de malhechores que desafían sin parar el infierno de la existencia del cual no han dudado?

Sea como sea, el dogma de la vida futura supone que el hombre sobrevivirá a si mismo, o al menos que después de la muerte será susceptible de recompensas y penas que la religión le hace prever. Siguiendo al cristianismo, los muertos retomarán algún día sus cuerpos por un milagro de la omnipotencia, las moléculas disueltas y dispersas que componían sus cuerpos, se unirán y combinarán nuevamente con sus almas inmortales: estas son las maravillas que nos presenta el dogma de la *resurrección*. Los judíos, cuyo legislador jamás habló de este extraño fenómeno, parece que tomaron esta doctrina de los magos en su cautividad en Babilonia, aunque su creencia no era universalmente aceptada entre ellos. Los fariseos admitían la resurrección de los muertos, los saduceos la rechazaban, hoy es el fundamento de la religión cristiana[29]

Sus seguidores creen firmemente que resucitarán algún día y que su resurrección será seguida del juicio universal y del fin del mundo. Según ellos, Dios que todo la sabe y que conoce hasta los pensamientos mas secretos de los hombres, vendrá sobre nubes para hacerles rendir cuenta exacta de su conducta; los juzgará con el mas grande aparato y, después de este juicio, su suerte será irrevocablemente decidida: los buenos serán admitidos en el futuro delicioso que la divinidad reserva a sus elegidos ya los ángeles; los malvados

[29] El autor del Eclesiastés, 3, 19 compara la muerte del hombre con la de los animales y parece como mínimo, que crea problemas con el dogma de la inmortalidad del alma. No vemos en el evangelio que Jesucristo considere que los saduceos hagan un crimen cuando niegan la resurrección; asimismo esta cuestión merecería algunas consideraciones de parte de un Dios que acaba de enseñar tantas singularidades a los hombres y que además había de resucitar él mismo. Es cierto que Jesucristo dice en el evangelio que Dios no es el Dios de los muertos, pero eso no probaría la resurrección, eso probaría mas bien que Abraham, que Isaac y que Jacob no han muerto, atendiendo a que estos patriarcas no han resucitado todavía o, al menos, las escrituras no lo dicen.

serán precipitados entre las llamas destinadas a los demonios, enemigos de Dios y de los hombres.

En efecto, el cristianismo admite seres invisibles de naturaleza diferenta a la del hombre, de los cuales unos ejecutan la voluntad del Altísimo y los otros están perpetuamente ocupados en poner trabas a sus designios. Los primeros son conocidos con el nombre de *ángeles* o mensajeros subordinados a Dios: se pretende que Dios se hace servir para velar por la administración del universo y sobre todo por la conservación del hombre. Estos seres benefactores son, según los cristianos, *espíritus puros*, pero tienen el poder de hacerse sensibles tomando forma humana. Los libros sagrados están llenos de apariciones de estos seres maravillosos, que la divinidad envía a los hombres que quiere favorecer para ser sus guías, protectores y dioses tutelares. Por eso se ve que los buenos ángeles son en la imaginación de los cristianos lo que las ninfas, los lares y los penates eran para nuestros creadores de historias.

Los seres desconocidos de la segunda especie, se designaron con el nombre de *diablos, demonios o espíritus malignos*, se les consideró como enemigos naturales del género humano, engañadores de hombres, seductores perpetuamente ocupados en hacerlos caer en el pecado. Los cristianos les atribuyen un poder extraordinario, la facultad de hacer milagros parecidos a los del Altísimo y, sobre todo, una capacidad que contrasta la de éste y consigue hacer inútiles todos sus proyectos. En efecto, aunque la religión cristiana no concede al formalmente al demonio el mismo poder que a Dios, supone que éste espíritu maligno impide a los hombres llegar a la felicidad que la divinidad benefactora les destina y conduce al mayor número de ellos a la perdición: según la religión cristiana el imperio del demonio está mas extendido que el del ser supremo, este último apenas consigue salvar unos cuantos elegidos, mientras que el otro lleva a la condenación una multitud inmensa que no ha tenido fuerza para resistirse a sus peligrosas instigaciones. ¿Quién no ve que Satanás, que el demonio, que es objeto de temor para los cristianos, está copiado del dogma de los dos principios, admitido en otro tiempo en Egipto y en todo oriente? Osiris y Tifón de los egipcios, Ormuz y Ahriman de los persas y de los caldeos han hecho sin duda la guerra continua que subsiste entre el Dios de los cristianos y su temible adversario. Es por este sistema como se ha querido explicar el bien y el mal que nos llegan. Un diablo todopoderoso sirve para justificar la divinidad de los infortunios necesarios y poco merecidos que afligen al género humano.

Estos son algunos de los dogmas espantosos y misteriosos sobre los cuales los cristianos están de acuerdo; hay otros muchos que son

propios de sectas particulares. Es así como una secta numerosa del cristianismo admite un sitio intermedio bajo el nombre de purgatorio, donde las almas menos criminales que las merecedoras del infierno son retenidas durante un tiempo a fin de expiar, mediante suplicios rigurosos, las faltas cometidas en ésta vida; seguidamente resultan admitidos a la felicidad eterna. Este dogma, visiblemente copiado de las ensoñaciones de Platón, es en manos de los sacerdotes de la Iglesia Romana una fuente una fuente inacabable de riquezas a tendiendo que se han arrogado el poder de abrir las puertas del purgatorio y que pretenden que sus poderosas plegarias son capaces de moderar el rigor de los decretos divinos y de menguar los tormentos de las almas que un Dios justo ha condenado en este lugar desafortunado..[30]

[30] Es evidente que los católicos romanos deben su purgatorio a Platón, Este filósofo exaltado dividió las almas de los hombres en puras, curables e incurables. Las primeras que pertenecían a los justos, volvían a fundirse con el alma universal del mundo, es decir, con las divinidades de las cuales habían emanado, las segundas iban a los infiernos, donde cada año pasaban revistas delante de los jueces de este imperio tenebroso; éstos jueces dejaban volver a la luz a las almas que habían expiado las faltas suficientemente. Finalmente las almas incurables se quedaban en el Tártaro, donde eran atormentadas durante la eternidad. Platón, de la misma manera que los casuistas cristianos, indica los crímenes o faltas que merecen estos diferentes grados de castigo. Los doctores protestantes, celosos sin duda de las riquezas del clero católico, tuvieron la imprudencia de rechazar el dogma del purgatorio, cosa que ha rebajado su crédito. Pudiera haber sido mas sabio eliminar el dogma del infierno, del cual no se pueden sacar su almas que el purgatorio, que es mucho mas fácil y del cual los sacerdotes tienen la facultad de hacer salir las almas mediante dinero

9.- Sobre los rituales o ceremonias misteriosas o sobre la teúrgia de los cristianos[31]

Si los dogmas enseñados por la religión cristiana son misteriosos e inaccesibles a la razón, si el Dios que anuncia es un Dios inconcebible, no nos hemos de sorprender al ver que, en sus rituales y ceremonias esta religión conserva un carácter ininteligible y misterioso. Bajo un Dios que se ha revelado únicamente para confundir la razón humana todo ha de ser incomprensible, todo ha de llamarnos a la sospecha.

La ceremonia mas importante del cristianismo, y sin la cual nadie se puede salvar, es el bautismo, consistente en echar agua sobre la cabeza del niño o del adulto invocando a la trinidad.

Por la virtud misteriosa de esta agua y de las palabras que la acompañan, el hombre es *regenerado* espiritualmente, queda libre de sus manchas transmitidas de generación en generación desde el primer padre del género humano, es decir, se vuelve hijo de Dios y susceptible de entrar en su gloria cuando muera en este mundo. Ahora bien, según los cristianos el hombre muere a consecuencia del pecado de Adán y si, por el bautismo, este pecado es borrado ¿cómo es que los cristianos están sujetos a la muerte? Se nos dirá, puede ser, que esta muerte de la cual nos ha librado Jesucristo es la muerte espiritual, no lo del cuerpo, pero esta muerte ¿cómo es pues que los cristianos continúan pecando, cómo, si habían sido rescatados y librados del pecado? Por eso vemos que el bautismo es un misterio impenetrable a la razón, del cual la experiencia desmiente la eficacia[32].

[31] La teúrgia es aquella clase de magia que se hacía con la ayuda de espíritus benefactores

[32] La ceremonia del bautismo se practicaba en los misterios de Mitra; los iniciados se regeneraban. Este Mitra era también un mediador. Aunque los doctores cristianos consideran el bautismo necesario a la salvación, vemos

En algunas sectas cristianas, un obispo o un pontífice, pronunciando unas palabras y aplicando un poco de aceite sobre la frente, hace bajar el Espíritu Santo sobre un hombre o una criatura, mediante esta ceremonia, el cristiano resulta confirmado en la fe y recibe invisiblemente una munición de gracias del Altísimo.

Aquellos de entre los cristianos que por la más perfecta renuncia a la razón penetren mas el espíritu de su inconcebible religión, no contentos con los misterios comunes con las otras, admiten uno, sobretodo, capaz de causar la mas grande extrañeza, es el misterio de la transubstanciación. A la orden temible de un sacerdote el Dios del universo está obligado a bajar del lugar de su gloria para convertirse en pan y este pan transformado en Dios, es objeto de la adoración de un pueblo que presume de odiar la idolatría[33].

En las ceremonias pueriles, a las cuales el entusiasmo de los cristianos concede el mayor valor, no es posible dejar de ver los vestigios marcadísimos de los ritos de los pueblos orientales. La divinidad, obligada al poder mágico de algunas palabras acompañadas de ceremonias, obediente a la voz de sus sacerdotes o de aquellos que conocen el secreto de haberla actuar, y bajo sus ordenes, hace maravillas.

Esta manera de magia es continuamente ejercida por los sacerdotes del cristianismo con la que persuaden a sus seguidores que unas fórmulas seguidas por la tradición, que unos actos arbitrarios, que unos movimientos de cuerpo, son capaces de obligar a aquel Dios de la Naturaleza a suspender sus leyes, a rendirse a sus deseos o a repartir sus gracias. Así en esta religión, el sacerdote adquiere el

---

que San Pablo se negó a bautizar a los corintios. También vemos que circuncidó a Timoteo

[33] Los brahmanes del Indostaní distribuyen arroz en las pagodas; esta distribución se llama *prajadam* o eucaristía. Los mexicanos creían en una forma de transubstanciación. El Padre Acosta nos habla en su libro V, cap. 24 de sus viajes. Así los católicos romanos no son los únicos que han caído en esa extravagancia, Cicerón creía que el espíritu humano era incapaz de llevar su delirio hasta el punto de comerse a su Dios. Véase su *De divinatione*, II. Los protestantes tienen bastante coraje para no aceptar ese misterio, aunque sea el mas formalmente impuesto por Jesucristo que dijo claramente "Tomad y bebed, porque este es mi cuerpo". Averroes decía « Anima mea sit cum philosophis, non cum Christianis, gente stolidissima, qui deun faciunt comedunt ». Los peruanos tenían una pascua en la que se inmolaba un cordero, la sangre del cual se mezclaba con harina y se distribuía al pueblo. Véase *Alnetanae Quaest.* I, II cap. 20,5

derecho de mandar en el mismo Dios. Es este poder que ejerce sobre su Dios, es sobre esta teúrgia y sobre este comercio misterioso de la Tierra con el Cielo en el que se fundan las ceremonias pueriles y ridículas que los cristianos llaman "sacramentos". Hemos visto ya esa teúrgia en el bautismo, en la confirmación, en la eucaristía; la encontraremos todavía en la "penitencia", es decir, en el poder que se arrogan los sacerdotes de ciertas sectas para redimir, en nombre del cielo, los pecados que se les han confesado. La misma teúrgia se ve en la ordenación, es decir, en las ceremonias que imprimen a algunos hombres su carácter sagrado que les distinguen de los profanos mortales. La misma teúrgia, en las funciones y en los rituales de fatigan los últimos instantes de un moribundo. La misma teúrgia en el matrimonio, donde el cristiano supone que esta unión natural no sería aprobada en el cielo si las ceremonias de un sacerdote no la hiciesen válida y no le procurasen la sanción del Omnipotente[34].

En una palabra, vemos esta magia blanca o teúrgia en las plegarias, las fórmulas, la liturgia y en todas las ceremonias de los cristianos; La encontramos en la opinión que tienen unas palabras, dispuestas de cierta manera, pueden alterar las voluntades de su Dios y obligarlo a cambiar sus decretos inmutables. Muestra su eficacia en los *exorcismos*, es decir en las ceremonias mediante las cuales, con ayuda de agua mágica y de ciertas palabras, creen haber expulsado los espíritus malignos que infestan el género humano.

El *agua bendita* que entre los cristianos ha ocupado el lugar del *agua lustral* de los romanos, tiene según ellos las virtudes mas sorprendentes, convierte en sagrados los lugares y las cosas que antes eran profanas. Finalmente la teúrgia cristiana, utilizada por el pontífice en la coronación de un rey, ha contribuido a hacer a los soberanos de las naciones más respetables a los ojos de sus pueblos y les imprime un carácter completamente divino.

Así, todo es misterioso, todo es magia, todo es incomprensible tanto en dogmas como en el culto de una religión revelada por la divinidad, que quería arrancar al género humano de su ceguera

[34] Entre los católicos romanos, los sacramentos son siete, número cabalístico, mágico y misterioso

10.- Sobre los libros sagrados de los cristianos

La religión cristiana, para mostrar su origen celestial, fundamenta sus derechos sobre unos libros que considera sagrados e inspirados por Dios mismo. Veamos si sus pretensiones están fundamentadas, examinemos si esas obras llevan realmente la característica de la sabiduría, de la omnisciencia, de la perfección que atribuimos a la divinidad. La Biblia, que es objeto de la veneración de los cristianos, en la que no hay palabra que no sea inspirada, está formada por la reunión poco compatible de los libros sagrados de los hebreos, conocidos con el nombre de "Antiguo Testamento" combinados con obras mas recientes, parcialmente inspiradas en los fundadores del cristianismo, conocidas como "Nuevo Testamento".

Encabezan este conjunto, que sirve de fundamento y de código a la religión cristiana. Los cinco libros atribuidos a Moisés. El cual escribió solamente –se dice- como secretario de la divinidad. Se remonta al origen de las cosas, quiere iniciarnos en el misterio de la creación de mundo mientras que él mismo solo tiene unas ideas vagas y confusas, que denuncian a cada momento su ignorancia profunda de las leyes de la física. Dios crea el Sol – que es para nuestro Sistema Planetario la fuente de la luz- muchos días después de crear la luz Dios, que no puede ser representado por ninguna imagen, crea al hombre a su imagen, lo crea macho y hembra y, olvidando pronto lo que había hecho, crea una mujer de una costilla del hombre; en una palabra, desde el comienzo de la Biblia no se ve mas que ignorancia y contradicciones[35]. Todo nos demuestra que la cosmogonía de los hebreos no es mas que un conglomerado de fábulas y de alegorías incapaz de darnos idea alguna de las cosas, y que solo es buena para contentar a un pueblo salvaje, ignorante y grosero, alejado de las ciencias y del razonamiento.

[35] San Agustín confesó que no había manera de conservar el verdadero sentido de los tres primeros capítulos del Génesis sin vulnerar la piedad o sin atribuir a Dios cosas indignas de él y que es necesario recurrir a la alegoría. Véase S. Agustín *El Génesis contra maniqueos,* l, I cap. 2 Orígenes también es del parecer que si se toma la Biblia al pie de la letra la historia de la Creación es absurda y contradictoria. Véase *Philoc.* P.12

En el resto de las obras de atribuidas a Moisés veremos una colección de historias improbables y maravillosas, un montón de leyes ridículas y arbitrarias; para acabar, el autor concluye relatando su propia muerte. Los libros posteriores a Moisés no están menos llenos de ignorancia: Josué detiene el Sol, que no gira mas, Sansón, el Hércules de los judíos, tiene fuerza para derrumbar un templo…no pararíamos si quisiéramos contar todos los resbalones y fábulas que muestran los pasajes de una obra que tienen la osadía de atribuir al Espíritu Santo.

Toda la historia de los hebreos se nos presenta como una ensalada de cuentos, indignos de la importancia de la historia y de la majestad de la divinidad; ridícula a los ojos de una persona culta, parece inventada solo para despertar la credulidad de un pueblo infantil y estúpido.

Esta compilación informe está mezclada con oráculos oscuros y sin pulir, en los cuales diferentes inspirados o profetas han alimentado sucesivamente la superstición de los judíos. En pocas palabras, en el Antiguo Testamento todo respira entusiasmo, delirio, fanatismo, aunque siempre adornados de u lenguaje pomposo: se encuentra allí cualquier cosa, excepto sentido, buena lógica o razón, que parecen haber sido excluidos obstinadamente del libro que sirve de guía a los hebreos y a los cristianos.

Ya hemos hecho notar las ideas abyectas y repetidamente absurdas que este libro tiene de la divinidad, ésta parece ridícula en toda su conducta, tan pronto dice sí como no, se contradice a cada momento, actúa con imprudencia, se duele de lo que ha hecho, edifica con una mano para destruir con la otra, se retracta en palabras de un profeta de lo que había ordenado decir a otro; si castiga con la muerte toda la raza humana por el pecado de un hombre, anuncia mediante Ezequiel que es justa y que no es responsable el hijo de los pecados del padre.

Ordena a los israelitas, en palabras de Moisés, que roben a los egipcios; prohíbe en el decálogo publicado por la ley de Moisés los robos y el asesinato: en una palabra, siempre en contradicción consigo mismo, Jehová, en el libro inspirado por su espíritu, cambia con las circunstancias, no mantiene nunca una conducta uniforme y se pinta siempre con los trazos de un tirano que haría enrojecer a los malvados mas decididos.

Si ponemos los ojos en el Nuevo Testamento tampoco veremos nada que anuncie este espíritu de verdad que supuestamente ha dictado la obra. Cuatro historiadores -o fabulistas- han escrito la vida maravillosa del *Mesias*: poco de acuerdo sobre las circunstancias de su vida, se contradicen a veces de la manera mas evidente. La genea-

logía de Cristo dada por san Mateo no se parece en nada a la que nos da san Lucas; uno de los evangelistas lo hace viajar hasta Egipto, otro no escribe nada sobre esta huída; uno hace durar su misión tres años, el otro solamente la supone de tres meses. Tampoco los vemos de acuerdo sobre las circunstancias de los hechos que narran. San Marcos dice que Jesús murió a al hora tercera, o sea a las nueve de la mañana; San Juan dice que a la hora sexta o sea a mediodía. Según San Mateo y San Marcos, las mujeres que fueron a su tumba solamente vieron a un ángel, según San Lucas y San Juan vieron dos. Estos ángeles estaban, según unos fuera, según otros dentro de la tumba. Muchos milagros de Jesús también son diferentemente relatados por estos evangelistas testimoniales o ilusionados. Lo mismo pasa con sus apariciones después de la resurrección. Todas estas cosas ¿No parece que han de hacer dudar de la infalibilidad de los evangelistas y de la realidad de sus inspiraciones divinas? ¿Y que podemos decir de las profecías falsas e inexistentes aplicadas en el Evangelio de Juan? San Mateo pretende que Jeremías había previsto que el Cristo *sería traicionado por treinta monedas de plata*, mientras que esta profecía no se encuentra en Jeremías. No hay nada mas extraño que la manera en que los doctores cristianos salvan estas dificultades. Sus soluciones solo están hechas para hombres que consideren un deber permanecer en la ceguera[36]. Todo hombre razonable se dará cuenta de que toda la industria de los sofismas no podrá nunca conciliar unas contradicciones tan evidentes. Y los esfuerzos de los intérpretes solo probarán la debilidad de su causa. ¿Es con estos subterfugios, sutilidades y mentiras como se puede servir a la divinidad? Reencontramos las mismas contradicciones, los mismos errores en el pomposo galimatías atribuido a San Pablo. Este hombre, lleno del espíritu de Dios, solo nos muestra en sus discursos y epístolas el entusiasmo de un delirante. Los comentarios

[36] Teofilacto dice que: "nada prueba con mas seguridad la buena fe de los Evangelios que el hecho de que no estén de acuerdo en todos sus puntos, porque eso, podría hacer sospechar concertaron su escritura". Véase Teofilacto *Prooemium in Matthaeum*. San Jerónimo dice que las citas de San Mateo no están de acuerdo con la versión griega de la Biblia: "Quante sit inter Matthaeum et Septuaginta, verborum ordinisque discordia, sic admiraberis, si Hebraicum videas, sensusque contrarius est" Véase S. Jerónimo *De optimo genere interpretationis*. Erasmo se ve forzado a admitir que el espíritu divino permitiría perder el camino a los apóstoles: "Spíritus ille divinus, mentium apostolicarum moderador, passus est suos ignorare quaedam et labi, etc." *In Matthaeum* 2, cáp 6. En general hay que tener una fe robusta –si la lectura de S. Jerónimo no es suficiente- para no quedar decepcionados de la Santa Escritura

mas estudiados no nos pueden poner en condiciones de entender o de conciliar las contradicciones, los enigmas, las nociones deslavazadas con que todas sus obras están escritas; la incertidumbre de su conducta tan pronto favorable como contraria al judaísmo[37] Imposible sacar más luz de las obras atribuidas a los apóstoles. Parece como si estos personajes, inspirados por la divinidad, hubiesen venido a la Tierra solo para impedir a sus seguidores comprender la doctrina que querían enseñar. Para acabar, la recopilación que comprende el Nuevo Testamento acaba con un libro místico conocido como Apocalipsis de San Juan, obra ininteligible en que el autor a querido insistir en todas las ideas lúgubres y funestas contenidas en la Biblia. Se muestra al afligido género humano las perspectivas próximas de un mundo dispuesto a sucumbir; llena la imaginación de los cristianos de ideas horribles, muy adecuadas para hacerlos temblar, para imbuirles el gusto por la muerte, para hacerlos inútiles o perjudiciales para la sociedad. Es así como el fanatismo pone fin a una recopilación, reverenciada por los cristianos, pero ridícula y menospreciable para el hombre sensato, indigna de un Dios lleno de sabiduría y de bondad, detestable para cualquiera que considere el mal que ha hecho sobre la Tierra. Para acabar, los cristianos, después de haber aceptado como regla de conducta un libro como la Biblia, es decir, una obra de fábulas espantosas, de ideas horribles sobre la divinidad, de contradicciones sorprendentes, no han sabido nunca a que carta quedarse, no han podido nunca ponerse de acuerdo en la manera de entender las voluntades de un Dios cambiante y caprichoso en lo que este Dios quería de ellos: de ésta manera aquel libro oscuro fue

[37] San Pablo mismo nos hace saber que ha sido transportado al tercer cielo. ¿Cómo? ¿Quién lo ha llevado? "Cosas inefables y que el hombre no puede comprender" ¿Para que podía servir entonces este viaje maravilloso? Pero como dirigirse a San Pablo que en las "actas de los apóstoles" se hace culpable de una mentira cuando asegura, delante de del Sumo Sacerdote que le interroga, que le persiguen porque "es fariseo y a causa de la resurrección de los muertos", cosa que contiene dos falsedades: *primo*, porque S. Pablo era entonces el apóstol mas ardiente del cristianismo y, por consiguiente, cristiano; *secundo*, porque no o acusaban por la resurrección. Véase *Actas de* los *Apóstoles*, cap. 23 v.6. Si los mismos apóstoles mentían, ¿cómo se pueden tomar como referencia sus palabras?. Por otra parte vemos que este apóstol cambiaba constantemente de parecer o de conducta. En el concilio de Jerusalén es contrario a la opinión de S. Pedro, que era favorable al judaísmo, mientras que a continuación se mantiene dentro del ritual de los judíos. En definitiva, que se pliega continuamente a las circunstancias y da gusto a todos. Parece que ha dado ejemplo a los jesuitas de la conducta que se les acusa haber tenido en las Indias delante de los idólatras, cuyo culto ligan con Jesucristo.

para ellos la manzana de la discordia, una fuente inexorable de querellas, un arsenal en donde las partes mas opuestas se proveyeron igualmente de armas.

Los geómetras no tienen disputa alguna sobre los principios fundamentales de su ciencia, pero ¿Por qué fatalidad el libro revelado a los cristianos, que contiene los principios de su religión divina, de los cuales depende la felicidad eterna, es incomprensible y sujeto de disputas que tantas veces han ensangrentado la Tierra? ¿ Si juzgamos por los efectos, un libro tal no debería de ser considerado mas bien como la obra de un genio malhechor, de un espíritu de mentiras y tinieblas, más que por la obra de Dios que se interesa por la conservación y la felicidad de los hombres y que quiere iluminarlos?

11.- Sobre la moral cristiana

Si nos remitimos a los doctores cristianos, parecería que antes de la venida del fundador de su secta no había habido verdadera moral sobre la tierra; ellos nos pintan el mundo entero sumergido en las tinieblas y en el crimen; no obstante la moral siempre ha sido necesaria para los hombres, una sociedad no puede subsistir sin moral.

Vemos antes de Jesucristo naciones florecientes, filósofos llenos de luces que han gritado continuamente a los hombres sus deberes, encontramos en Sócrates, en Confucio, en los gimnosofistas indios unas máximas que no desmerecen nada de las del *mesías* de los cristianos. Encontramos en el paganismo ejemplos de equidad, de humanidad, de patriotismo, de temperancia, de desinterés, de paciencia y de dulzura que desmienten profundamente las pretensiones del cristianismo y le prueban que antes de su fundador existían virtudes mucho más reales que las que él vino a enseñarnos.

¿Era necesaria una revelación sobrenatural para enseñar a los hombres que la justicia es necesaria para nuestra sociedad, que la injusticia no haría sino enfrentar unos enemigos dispuestos a perjudicarse entre sí? ¿Era necesario que un Dios dijera a los hombres que los seres que conviven tienen necesidad de amarse y de prestarse ayuda mutua? ¿Eran necesarios los socorros del cielo para descubrir que la venganza es un mal, que es un ultraje a las leyes de un país que, cuando son justas, se encargan de vengar a los ciudadanos? ¿El perdón de las injurias, no es una consecuencia de este principio? Y ¿No se eternizan los odios cuando se quiere ejercer una venganza implacable? ¿Perdonar a los enemigos no es efecto de una grandeza de alma que nos da ventaja sobre aquel que nos ofende? ¿Hacer el bien a nuestros enemigos no nos da superioridad sobre ellos? ¿No es esta la conducta más adecuada para hacernos amigos? Todo hombre que quiere conservarse ¿no ve que los vicios, la intemperancia y la voluptuosidad ponen sus días en peligro? Para acabar, ¿la experiencia no ha probado a todo ser pensante que el crimen es objeto del odio de sus semejantes, que el vicio es perjudicial para aquellos mismos que no están infectados, que la virtud atrae el amor y la estima a aquellos que la practican?

Por poco que los hombres reflexionen sobre lo que son, lo que son sus verdaderos intereses, sobre el propósito de la sociedad, verán que se deben unos a otros. Unas buenas leyes les obligaran a ser buenos y no será necesario bajar del cielo las reglas necesarias para su conservación y felicidad. La razón es suficiente para enseñarnos

los deberes hacia los seres de nuestra especie ¿Qué ayuda puede traer la religión que sin parar la contradice y la degrada? Se nos dirá –sin duda- que la religión lejos de contradecir la moral, le sirve de soporte y vuelve sus obligaciones más sagradas pues les da la sanción de la divinidad. Yo contesto que la religión cristiana lejos de dar soporte a la moral la torna más vacilante e incierta. Es imposible fundamentarla sólidamente sobre las voluntades positivas de un Dios cambiante, parcial, caprichoso, que con la misma boca ordena la justicia y la injusticia, la concordia y el encarnizamiento, la tolerancia y la persecución. Afirmo que es imposible seguir sus preceptos de una moral razonable bajo el imperio de una religión que hace mérito del celo, del entusiasmo y del fanatismo más destructor. Afirmo que una religión que nos ordena imitar a un déspota que se complace en poner trampas a sus súbditos, que es implacable en las venganzas, que quiere que sean exterminados todos aquellos que tienen la desgracia de desagradarle, es incompatible con cualquier moral. Los crímenes con que el cristianismo se ha manchado –mas que todas las otras religiones- han tenido como único pretexto complacer al Dios feroz que ha recibido de los judíos. El carácter moral de este Dios ha de regular por necesidad la conducta de sus adoradores[38]. Si este Dios es cambiante, sus adoradores cambiaran, su moral será flotante su conducta arbitraria seguirá a su temperamento

Eso nos puede mostrar la fuente de la incertidumbre en que se encuentran los cristianos cuando se trata de examinar si es mas conforme al espíritu de la religión tolerar o perseguir aquellos que disienten de sus opiniones. Los dos partidos encuentran igualmente en la Biblia órdenes precisas de la divinidad que autorizan una conducta tan opuesta. Ahora Jehová declara que odia a los pueblos idólatras y que se les ha de exterminar, ahora Moisés prohíbe maldecir al "Dios de las naciones", ahora el hijo de Dios prohíbe la persecución después de haber dicho él mismo que hay que obligar a los hombres a "entrar en su reino", Asimismo, como la idea de un Dios severo y cruel causa impresiones mas hondas y mas fuertes en el espíritu que las de un Dios bondadoso, los verdaderos cristianos se han creído siempre obligados a mostrar su celo contra aquellos que suponen enemigos de su Dios. Han imaginado que no se le podía ofender poniendo demasiado ardor en su causa; además fuesen las que fuesen las órdenes, han encontrado casi siempre mas seguro para

[38] El buen rey San Luis decía a su amigo Joinville que cuando un laico sentía malparada la religión cristiana, era necesario que la defendiese no solamente con palabras, sino "con un tajo de espada" que se había de enterrar en el cuerpo de los difamadores y de los descreídos "tanto como pudiese entrar". Véase *Joinville*, publicado por Ducange, p.2

ellos perseguir, atormentar y exterminar aquellos que consideraban objetos de la ira celestial. La tolerancia solo ha estado admitida entre los cristianos cobardes y poco celosos, con un temperamento poco análogo al Dios que sirven.

¿Un verdadero cristiano, no ha de sentir necesidad de ser feroz y sanguinario, cuado se le proponen ejemplos de los santos y de los héroes del Antiguo Testamento? ¿No encuentra motivos para ser cruel en la conducta de Moisés, aquel legislador que ha derramado tantas veces la sangre de los israelitas y que ha hecho inmolar a su Dios más de cuarenta mil víctimas? ¿No encuentra en la pérfida voluntad de Fineas, de Jael o de Judit, elementos con que justificar la suya? ¿No ven en David, este modelo acabado de reyes, un monstruo de barbarie, de infamias, de adulterios y de revueltas, que no le impiden nada ser un hombre según el corazón de Dios? En una palabra, en la Biblia todo parece mostrar al cristiano que es mediante un entusiasmo furioso como se puede complacer a la divinidad y que este entusiasmo es suficiente para cubrir todos los crímenes a sus ojos. No nos sorprendamos pues si vemos a los cristianos perseguirse los unos a los otros sin descanso; si fueron tolerantes lo fueron cuando ellos mismos eran perseguidos o demasiado débiles para perseguir a otros, desde que tuvieron el poder lo hicieron sentir sobre los que no tenían sus mismas opiniones que ellos sobre los apartados de su religión. Desde la fundación del cristianismo, vemos las diferentes sectas perseguirse, vemos a los cristianos odiarse, dividirse, perjudicarse y tratarse recíprocamente con la crueldad mas rebuscada, vemos como los soberanos, imitadores de David, se prestan al furor de los sacerdotes en discordia y sirven a la divinidad con hierro y fuego, vemos a los mismos reyes convertirse en víctimas de un fanatismo religioso que presumía de llevar la concordia y la paz, y que después de dieciocho siglos ha causado mas estragos y ha hecho verter mas sangre que todas las supersticiones del paganismo. Se elevó un muro de separación entre los ciudadanos de un mismo Estado, la unión y la ternura fueron expulsados de las familias, se creyó un deber ser cruel e inhumano. Bajo un Dios injusto por ofender de los errores de los hombres, todos los hombres se tornaron injustos; bajo un Dios celoso y vengador todos se creyeron obligados a entrar en querellas y a vengar las injurias; bajo un Dios sanguinario, finalmente, todos consideran un mérito verter la sangre humana.

Estos son los importantes servicios que la religión cristiana a prestado a la moral. Que no se nos diga que es por un abuso vergonzoso de esta religión por los que han llegado esos horrores; el espíritu de persecución y de intolerancia están en el espíritu de una reli-

gión que se cree emanada de un Dios celoso de su poder, que ha ordenado formalmente el asesinato, que tiene por amigos unos perseguidores inhumanos, que en el exceso de su cólera no ha ahorrado el dolor a su propio hijo. Cuando se sirve a un Dios con este carácter espantoso se está mas seguro de complacerle exterminando a los enemigos que no dejarlos que ofendan a su creador en paz. Una divinidad semejante debe servir de pretexto a los excesos mas perjudiciales; el entusiasmo de servir a su gloria será un velo que ocultará las pasiones de todos los impostores o fanáticos que pretendan ser intérpretes de la voluntad del cielo, un soberano creerá que se puede librar a los mayores crímenes cuando crea que los podrá rentabilizar con la sangre de los enemigos de sus Dios.

Por una consecuencia natural de los mismos principios, una religión intolerante solo puede estar sometida condicionalmente a la autoridad de soberanos temporales. Un judío, un cristiano, solo pueden obedecer a los dirigentes de la sociedad cuando las órdenes de estos sean de acuerdo con las voluntades arbitrarias y casi siempre insensatas de este Dios. Pero ¿quien decidirá si las órdenes de los soberanos, las mas ventajosas para la sociedad, serán conformes a la voluntad de Dios? Serán sin duda los ministros de la divinidad -sin duda- los intérpretes de sus oráculos, los confidentes de sus secretos. Así, en un estado cristiano, los ciudadanos deben estar más sometidos a los sacerdotes que a los soberanos.[39] Aún mas si un soberano ofende al señor, si olvida sus deberes con su culto, si rehúsa admitir sus dogmas, si no se somete a sus sacerdotes, ha de perder el derecho a gobernar un pueblo cuya religión pone en peligro. ¿Qué digo? Sui la vida de un soberano parece ser un obstáculo para la salvación de sus súbditos, para el reino de Dios, para la prosperidad de la Iglesia, debe ser eliminado del número de los vivos cuando los sacerdotes lo ordenen. Un montón de ejemplos nos prueba que los cristianos han seguido continuamente unas máximas detestables; cien veces el fanatismo ha puesto las armas en manos de sus súbditos en contra de su soberano legítimo y ha provocado alteraciones en la sociedad. Bajo el cristianismo los sacerdotes fueron siempre los árbitros de la suerte de los reyes, poco importaba a estos sacerdotes que todo fuera mal sobre la tierra mientras la religión fuera respetada; los pueblos

[39] No hay cristiano al que no le hayan enseñado desde la niñez que "vale mas obedecer a Dios que a los hombres". P ero obedecer a Dios significa siempre obedecer a los sacerdotes, Dios no habla por si mismo, la Iglesia habla por él y la iglesia es un cuerpo de sacerdotes que siempre encuentra -en la Biblia- que los soberanos se equivocan, que las leyes son criminales, que las instituciones mas sensatas son impías o que la tolerancia es un crimen.

fueron rebeldes a sus soberanos cada vez que se les persuadió que los soberanos habían sido rebeldes a su Dios. La sedición, el regicidio están hechos para parecer legítimos a los cristianos celosos que han de obedecer a Dios pero no a los hombres, y que pueden –sin arriesgar su salvación eterna- oscilar entre la monarquía eterna y los reyes de la tierra[40]

Como consecuencia de estas máximas funestas que emanan de los principios del cristianismo no nos hemos de sorprender si vemos a los pueblos tan continuamente revueltos, los gobernantes tan vergonzosamente envilecidos bajo la autoridad sacerdotal, los monarcas depuestos por los sacerotes, los fanáticos armados contra el poder temporal y, finalmente, los príncipes degollados. Los sacerdotes cristianos ¿no encuentran en el Antiguo Testamento autorización para sus discursos sediciosos? Los rebeldes contra los reyes ¿no fueron autorizados con el ejemplo de David? Las usurpaciones, las violencias, las perfidias, las más violentas manifestaciones de los derechos de la Naturaleza y de los pueblos ¿No se legitiman con el ejemplo del pueblo de Dios y de sus jefes? He, pues, aquí el soporte que da a la moral una religión cuyo primer principio es admitir el Dios de los judíos, es decir un tirano, las voluntades peregrinas del cual destruyen a cada instante las reglas necesarias para el mantenimiento de las sociedades. Este Dios crea lo que es justo e injusto, su suprema voluntad cambia el mal en bien, el crimen en virtud, su capricho trastorna la naturaleza, destruye cuanto le viene de gusto las relaciones entre los hombres y, dispensado el mismo de todo deber hacia sus criaturas, parece que las autoriza a no seguir ninguna ley cierta excepto aquella que prescribe en diferentes circunstancias a través de sus intérpretes e inspirados, estos, cuando son dominadores solo predican la sumisión; cuando se creen perjudicados solo predican la revuelta.

¿Qué son muy débiles? Predican la tolerancia, la paciencia y la dulzura. ¿Que son más fuertes?: predican la persecución la venganza, la rapiña, la crueldad. Siempre encuentran en sus libros sagrados cualquier cosa para autorizar las máximas contradictorias que pronuncian; encuentran en los oráculos de un Dios poco moral y cam-

[40] Los enemigos de los jesuitas han invocado contra ellos el hecho que estos han imaginado que asesinar un tirano sería una acción loable y legítima; una pequeña reflexión sería suficiente para ver que si Aod ha hecho un beneficio, Jacques Climent no ha sido un criminal, y Ravaillac no ha hecho sino seguir su propia conciencia. Santo Tomás de Aquino predicó de manera formal el regicidio. Véase *El golpe de estado* tomo II p.33 Los príncipes cristianos deberían de temblar si reflexionasen sobre las consecuencias de los principios de su religión.

biante órdenes directamente opuestas las unas a las otras. Fundamentar la moral sobre un Dios parecido, o sobre unos libros que contienen leyes tan contradictorias, es darle una base incierta, es fundamentarla en el capricho de aquellos que hablan en nombre de Dios, es fundamentarla sobre el temperamento de cada uno de sus adoradores.

La moral ha de estar basada en reglas invariables; un Dios que destruye estas reglas, destruye su propia obra. Si este Dios fuese el creador del hombre, si quisiese la felicidad de sus criaturas, si se preocupara por la conservación de la especie, habría querido que el hombre fuera justo, humano, benefactor; nunca hubiera querido que fuese injusto, fanático o cruel.

Lo que acabamos de decir nos permite conocer lo que debemos de pensar de estos doctores que pretenden que sin la moral cristiana no se puede tener ni moral ni virtud. La proposición contraria sería, de hecho, mas verdadera y bien podríamos avanzar que todo cristiano que se propone imitar a su Dios y poner en práctica las ordenes siempre injustas y destructoras emanadas de su boca, ha de ser necesariamente un malvado. Si se nos dice que estas órdenes no son siempre injustas y que continuamente los libros sagrados respiran bondad, unión, equidad, diré que el cristiano debe tener una moral inconstante, que será buena o mala siguiendo su interés y sus disposiciones particulares. Por eso se ve que el cristiano, consecuente con sus ideas religiosas, no puede tener una verdadera moral y ha de estar fluctuando constantemente entre el crimen y la virtud. Por otra parte ¿No es peligroso ligar la moral con la religión? ¿En cuenta de apuntalar a la moral no es darle un soporte débil ruinoso querer fundamentarla en la religión? La religión no aguanta el examen y cualquiera que descubra la debilidad o la falsedad de las pruebas con que se establece la religión sobre la que se dice está fundamentada la moral, estará tentado de creer que esta moral es una quimera, tanto como la moral que le sirve de base.. Por eso cuando los hombres perversos logran desembarazarse del yugo de la religión se libran al desenfreno, a la intolerancia, a la intemperancia y al crimen. Al salir de la esclavitud de la superstición caen en una anarquía completa y creen que todo está permitido porque creen que la religión es una fábula y por eso desgraciadamente las palabras *incrédulo* y *libertino* han acabado por ser sinónimos. No tendríamos estos inconvenientes si en lugar de una moral religiosa se enseñara una moral natural.

En lugar de prohibir el libertinaje, el crimen y los vicios porque Dios y la religión prohíben esas faltas, habría que decir que todo exceso perjudica la conservación del hombre, le vuelve despreciable a los ojos de la sociedad y es desaconsejado por la razón que desea

que el hombre se conserve; está prohibido por la naturaleza que desea para él una felicidad duradera. Sean como sean las voluntades de dios, independientemente de las recompensas y de los castigos que la religión anuncia para la otra vida, es fácil probar a todos que su interés en este mundo es mantener la salud, respetar las costumbres y ganarse la estimación de sus congéneres siendo casto, temperado y virtuoso. Aquellos a los cuales sus pasiones les impidan escuchar unos principios tan claros, no serán mas dóciles a la voz de la religión en la cual dejarán de creer en cuanto se oponga a sus inclinaciones desordenadas.

Que dejen pues de loarnos las pretendidas ventajas de la religión cristiana para procurar la moral, los principios que extrae de sus libros sagrados tienden s destruirla, su alianza con ella solo sirve para debilitarla. Por otro lado la experiencia nos muestra que las naciones cristianas tienen costumbres a menudo mas corruptas que las calificadas de infieles y salvajes; al menos las primeras están mas sometidas al fanatismo de la religión, una pasión adecuada para apartar de la sociedad la justicia y las virtudes sociales.

Por cada mortal crédulo que la religión cristiana retiene impulsa a millares al crimen; por cada hombre que hace casto, hace cien fanáticos, cien perseguidores, cien intolerantes que son mas perjudiciales a la sociedad que los libertinos más impúdicos que solo se perjudican a si mismos. Al menos es cierto que las naciones mas cristianas de Europa no son aquellas que mejor conocen y observan la moral. En España, Portugal o Italia, donde la secta mas supersticiosa del cristianismo ha fijado su morada, los pueblos viven en la ignorancia mas vergonzosa de sus deberes; el robo, el asesinato, la persecución y el libertinaje son llevados al grado máximo, todo está lleno de supersticiosos, se encuentran pocos hombres virtuosas y la religión misma, cómplice del crimen, proporciona asilo a los criminales y les procura medios para reconciliarse fácilmente con la divinidad. Oraciones, prácticas, ceremonias, parece que dispensan al hombre de mostrar sus virtudes. En los países que presumen de poseer el cristianismo en toda su pureza la religión ha absorbido hasta tal punto la atención de sus seguidores que desconocen enteramente la moral y creen que han cumplido todos sus deberes desde el momento que muestran una vinculación escrupulosa minucias religiosas totalmente extrañas a la sociedad

12.- Sobre las virtudes cristianas

Lo que acabamos de decir ya nos muestra lo que debemos pensar sobre la moral cristiana. Si examinamos las virtudes que el cristianismo recomienda veremos la impronta del entusiasmo, veremos que están poco hechas para el hombre, que se elevan por encima de su esfera, que son inútiles a la sociedad, que continuamente tienen para él las mas funestas consecuencias; en conclusión, en los preceptos que Jesucristo vino a darnos no encontraremos sino máximas exageradas cuya práctica es imposible; reglas que, seguidas al pie de la letra, perjudicarían a la sociedad; en aquellos preceptos que podemos practicar no encontraríamos nada que fuera desconocido para los sabios de la antigüedad sin ayuda de la revelación. Siguiendo al Mesías, toda su ley consiste en "amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo" Pero ¿es posible este precepto? ¡Amar a un Dios colérico, caprichoso, injusto, amar al Dios de los judíos! ¡Amar a un Dios injusto, implacable, que es lo bastante cruel para condenar eternamente a sus criaturas! ¡Amar el objeto más temible que jamás haya podido crear el espíritu humano!

Un objeto semejante ¿está hecho para excitar en el corazón humano un sentimiento de amor? ¿Cómo se puede amar lo que da miedo? ¿Cómo hemos de estimar un Dios bajo la vara que nos hace temblar? ¿No es mentirse a si mismo persuadirse de amar a un ser tan terrible e indignante?[41]

¿Amar al prójimo como a uno mismo es por ventura posible? Cada persona por su naturaleza se estima por encima de todos los otros y no estima a los otros sino en razón de lo que con-tribuyen a su propia felicidad, tiene virtud desde el momento en que ha hecho un favor al prójimo, tiene generosidad cuando le sacrifica el amor que tiene por ella misma, pero jamás la estima sino por las cualidades útiles que le encuentra; no puede mar sino después de haberlo conocido y su amor por el prójimo se ve forzado a regularse por las ventajas que recibe.

Amar a los enemigos es pues un precepto imposible. Podemos abstenernos de hacer el mal a aquellos que nos perjudican, pero el amor es un movimiento del corazón que solamente se excita al obje-

[41] Séneca dice, con razón, que un hombre sensato no puede temer a los dioses desde el momento que ninguno puede querer aquello que teme: "Deos nemo sanus timet, furor enim est meture salutaria, nec quisquem amar quos timet" *De benefic.* 4. La Biblia nos dice"Initium sapientiae, timor Domini" ¿eso no debe ser sino el principio de una locura?

to que juzgamos favorable para nosotros. Las leyes justas, en los pueblos ordenados, han prohibido siempre la venganza o hacerse justicia uno mismo; un sentimiento de generosidad, de grandeza de alma, de valor, nos puede llevar a hacer el bien a aquellos que nos ofenden; nos volvemos a sí mas grandes que ellos y así y todo podemos cambiar la disposición de su corazón.

Así, sin recurrir a una moral sobrenatural, vemos de nuestro interés que ahoguemos en nuestro corazón el afán de venganza. Que los cristianos dejen pues de loarnos el perdón de las injurias como un precepto que solo Dios puede dar y que prueba la divinidad de su moral; Pitágoras, mucho tiempo antes del Mesías, había dicho que el hombre solo se venga de los enemigos esforzándose en hacerlo amigos" y Sócrates dice en Critón: "No es permitido al hombre que ha recibido una injuria vengarse con otra injuria". Jesús olvidaba que hablaba a hombres cuando, para conducirlos a la perfección les dijo que abandonaran sus posesiones a la avidez del primer rapiñador, poner la otra mejilla para recibir otro nuevo ultraje, no resistirse a la violencia mas injusta, renunciar a las riquezas perecederas de este mundo, prohibirse los placeres mas inocentes.

¿Quien no ve en estos consejos sublimes el lenguaje del entusiasmo, de la hipérbole? ¿Estos consejos maravillosos no están hechos para desanimar al hombre lanzándolo a la desesperación? ¿La práctica literal de estas cosas nos sería destructiva para la sociedad?

¿Qué diremos de esta moral, que ordena que el corazón se separe de los objetos que la razón le ordena amar? ¿Rechazar el bienestar que la Naturaleza nos ofrece no es despreciar los beneficios de la divinidad?

¿Qué bien real puede resultar para la sociedad de estas virtudes feroces y melancólicas que los cristianos ven como perfecciones?

¿Resulta un hombre útil para la sociedad cuando su corazón está perturbado por terrores imaginarios, por ideas lúgubres, por negras inquietudes que le impiden ocuparse de lo necesario para su familia, a su país, a los que le rodean? Si es consecuente con estos tristes principios ¿no se volverá insoportable tanto para él como para los otros?

Se puede decir en general que el fanatismo y el entusiasmo son la base de la moral de Cristo; las virtudes que recomienda tienden a aislar a los hombres, a sumirlos en un humor sombrío y a hacerlo perjudiciales para semejante.

Aquí abajo se necesitan las virtudes humanes, el cristiano siempre ve las suyas mas lejos de lo que es verdadero; a la sociedad son necesarias virtudes reales, que la mantengan, que len energía activi-

dad; las familias necesitan atención, afecto, trabajo; a todos los seres de la especie humana les es necesario el deseo de procurarse placeres legítimos y de aumentar el caudal de su felicidad. El cristianismo está perpetuamente ocupado, bien a degradar al los hombres con terrores angustiosos o bien en embriagarlos con esperanzas frívolas, sentimientos igualmente buenos para desviarlos de sus verdaderos deberes. Si el cristiano sigue a pie de la letra los principios de su legislador, siempre será un hombre inútil o perjudicial para la sociedad.[42]

¿Qué ventajas, en efecto, puede obtener el género humano de estas virtudes ideales, que los cristianos denominan evangélicas, divinas, teologales, que prefieren a las virtudes sociales, humanas y reales y sin las cuales piensan que no se puede agradar a Dios ni entrar en su gloria? Examinemos en detalle estas virtudes tan elogiadas, veamos de que utilidad pueden ser para la sociedad y si merecen de verdad la preferencia que se les da sobre las que la razón nos inspira como necesarias para el bienestar del género humano.

La primera de las virtudes cristianas, la que sirve de base a todas las otras, es la *fe*; la fe consiste en una convicción imposible de dogmas revelados, de fábulas absurdas, que el cristianismo ordena creer a sus seguidores. Por eso podemos ver que esta virtud exige una renuncia total, un asentimiento imposible a hechos improbables, una sumisión ciega a la autoridad de los sacerdotes, únicos garantes de la verdad de los dogmas y de las maravillas que todo cristiano ha de creer bajo pena de ser condenado.

Esta virtud, aunque necesaria a todos los hombres, es asimismo un don del cielo y el efecto de una gracia especial; prohíbe la duda y el examen, priva al hombre de la facultad de ejercer la razón, de la libertad de pensar, le reduce al embrutecimiento de las bestias sobre materias de las cuales se le ha persuadido de que son las mas importantes para su felicidad eterna. De eso se desprende que la fe es una

---

[42] A pesar de los elogios que los cristianos hacen de los preceptos de su maestro divino encontramos algunos que son totalmente contrarios a la equidad y a la recta razón. En efecto, cuando Jesús dice "Haceros amigos en el cielo con las riquezas adquiridas injustamente" ¿no insinúa claramente que es correcto robar con tal de dar limosna a los pobres? Los intérpretes nos dirán sin duda que habla en parábolas, pero es fácil penetrar su sentido. Por otra parte los cristianos practican continuamente el consejo de su dios; muchos de ellos roban durante toda su vida para tener el placer de hacer donaciones cuando se mueren a monasterios y hospitales. El Mesías, en otro lugar trata con despego a su madre que lo buscaba. Ordena a los discípulos apoderarse de un asno, ahoga una piara de cerdos, etc..Para decir la verdad esas cosas no están muy de acuerdo con la buena moral

virtud inventada por hombres que temían las luces de la razón, que querían engañar a sus semejantes para someterlos a su propia autoridad, que buscaban degradarlos con tal de ejercer su imperio sobre ellos[43]. Si la fe es una virtud solo es útil, a buen seguro, a los guías espirituales del cristianismo, los únicos que recogen sus frutos. Esta virtud solo puede ser funesta para el resto de los hombres a quienes enseña a menospreciar la razón, la cual los distingue de las bestias y es la única que puede guiarlos con seguridad en este mundo. En efecto, el cristianismo nos presenta esta razón como pervertida, como una guía infiel, como algo que parece no hecho para seres racionales.

¿No podríamos preguntar a los doctores cristianos donde nos lleva esta renuncia a la razón? ¿No hacen ellos mismos uso de ella en algunos casos? ¿No es a la razón a la que apelan cuando tratan de probar la existencia de Dios? ¿Si la razón esta pervertida ¿Cómo se remiten a ella en una cuestión tan importante como es la existencia de Dios? Sea como sea, decir que se cree aquello que no se puede concebir es mentir evidentemente. Creer sin saber en que se cree es un absurdo. Hay, pues, que valorar los elementos de la creencia, pero ¿cuáles son los motivos del cristiano? Son la confianza que tienen en los guías que le instruyen, pero ¿sobre que se basa esta confianza? Sobre la revelación, pero ¿Sobre que se basa la revelación? Sobre la autoridad de los guías espirituales. Esta es la manera que tienen los cristianos de razonar. Sus argumentos a favor de la fe se reducen a decir: "Para creer en la religión hay que tener fe, y para tener fe, hay que creer en la religión", o bien: "Hay que tener de antemano fe para creer en la necesidad de la fe"[44]. La fe desaparece desde el momento

---

[43] San Pablo dice: "Fides ex auditu"m que quiere decir que las gentes creen únicamente sobre cosas que han oído. La fe solo es la adhesión a las opiniones del sacerdote. La fe viva es una piadosa obstinación que hace que no sean capaces de imaginar que aquellos sacerdotes pueden engañarse ellos mismos o quieran engañar a otros. La fe puede estar fundada sobre la buena opinión que tenemos de las luces de los sacerdotes

[44] Muchos teólogos han sostenido que la fe, sin obras, es suficiente para la salvación. En general es la virtud mas querida por los sacerdotes. Es sin duda la mas necesaria para su existencia: no es extraño que hayan intentado establecerla a sangre y fuego. Con tal de mantener la fe, los sacerdotes desencadenaron persecuciones. Por convencer con toda seguridad a aquellos que no tenían fe , los cristianos los exterminaron.¡Oh, virtud maravillosa y digna del Dios de bondad! Sus ministros castigan a los hombres cuando estos rehúsan sus gracias.

que se razona, esa virtud no soporta un examen detenido, eso es lo que hace a los sacerdotes tan enemigos de la ciencia.

El fundador de su religión declaro él mismo que su ley era solamente para los simples y para los niños. La fe es el efecto de una gracia que dios no concede casi a personas ilustradas y avezadas a consultar el entendimiento, está hecha para hombres que son incapaces de reflexión o ánimas embriagadas de entusiasmo o para ser invenciblemente ligados a los prejuicios de la infancia.

La ciencia ha sido siempre objeto del odio de los doctores cristianos, serían enemigos de ellos mismos si amasen a los sabios. Una segunda virtud cristiana que se deriva de la primera es la *esperanza*, basada en promesas aduladores que el cristianismo hace a los desgraciados en esta vida, nutridos por el entusiasmo le hace perder de vista la felicidad presente, los hace inútiles para la sociedad, les hace creer firmemente que Dios les recompensará en el cielo su inutilidad, su humor negro, su odio a los placeres, sus insensatas mortificaciones, sus plegarias, su pereza. ¿Cómo puede un hombre, embriagado por estas pomposas esperanzas, ocuparse del bienestar actual de los que le rodean, si es indiferente a su propio bienestar? ¿Por ventura no sabe que es volviéndose miserable en este mundo como puede esperar complacer a su Dios? En efecto, por poco que sean las ideas que un cristiano se hace sobre le porvenir , su religión las envenena con los terrores de un Dios celoso, que quiere que la salvación se haga con *temor y temblor*, que castigará su presunción y la condenaría implacablemente si tuviera la debilidad de ser hombre un instante en su vida.

La tercera de las virtudes cristianas es la *caridad*. Consiste en amar a Dios y al prójimo. Ya hemos visto hasta que punto es difícil experimentar sentimientos de ternura hacia un ser que inspira temor. Se nos dirá, sin duda, que el temor de los cristianos es un *temor filial*, pero las palabras no cambian la esencia de las cosas, el temor es una pasión totalmente opuesta al amor. Un hijo que teme a su padre, que no se fía de su cólera, que teme sus caprichos, no lo querrá sinceramente. El amor de un cristiano por su Dios, jamás podrá, pues, ser verdadero. En vano intentará este estimular su ternura hacia un señor tan riguroso que le espanta en su corazón. No lo querrá sino como a un tirano al que la boca rinde un homenaje que su corazón rehúsa. El devoto no tiene mucha fe en si mismo cuando intenta estimar a su Dios, su ternura es un homenaje simulado, semejante al que se cree obligado a rendir a aquellos déspotas inhumanos que haciendo desgraciados a sus súbditos les exigen sin embargo signos exteriores de devoción hacia ellos. Si algunas almas tiernas, a fuerza de ilusiones, llegan a hacer nacer el amor por la divinidad, es en

consecuencia una pasión mística y de novela, producida por un temperamento calenturiento, por una imaginación ardiente, que hace que solamente imagine a su Dios por el lado más amable y que cierre los ojos a sus numerables defectos.[45] El amor de Dios no es el misterio más inconcebible de nuestra religión

La *caridad*, considerada como el amor a nuestros semejantes, es una disposición virtuosa e innecesaria. La caridad no es otra cosa que esta tierna humanidad que nos hace preocuparnos por otros seres de nuestra especie, que nos pone en disposición de prestarles ayuda, que nos liga a ellos. Pero ¿Cómo se puede conciliar esta preocupación por las criaturas con las órdenes de un Dios celoso que quiere ser el único amado, que ha venido a separar el hijo del padre, el amigo del amigo? Siguiendo las máximas del evangelio, sería un crimen ofrecer a Dios un corazón compartido con cualquier otro ser terrestre, sería una idolatría hacer compartir la criatura con su creador. Por otra parte ¿Cómo podemos estimar a unos seres que ofenden continuamente a la divinidad o que son para nosotros la permanente ocasión para ofenderla? ¿Cómo podemos estimar a los pecadores? La experiencia también nos muestra que los devotos, obligados por principio a odiarse entre ellos, están muy poco dispuestos a tratar mejor a los otros, a hacerles la vida agradable y a mostrarles indulgencia. Los que se comportan de esta manera no han llegado todavía a la perfección del amor divino. En una palabra, veremos que aquellos que pasan por amar al creador con mas ardor no son los que muestran mas afecto por sus débiles criaturas, al contrario, generalmente los vemos extender amargura sobre todo aquello que les rodea, remarcar agriamente los defectos de sus semejantes y considerar como un crimen el hecho de mostrar indulgencia hacia la fragilidad humana[46].

---

[45] Es un temperamento ardiente y tierno que produce la devoción mística. Las mujeres histéricas son generalmente las que mas aman a Dios, lo aman con pasión, como querrían a un hombre. Las santas Teresa, las Madeleines de Pezzy, las Marie Alacoque y casi todas las religiosas devotas están en este caso. Su imaginación las pierde y dan a su dios –que pintan con trazos ardientes- la ternura que no pueden dar a seres de nuestra especie. Es necesaria imaginación para enamorarse de un objeto desconocido, todavía es mas necesaria para estimar un objeto que no tiene nada de estimable, pero hace falta estar loco para estimar un objeto odioso

[46] En los países más cristianos, los devotos son vistos generalmente como un castigo para la sociedad; la buena compañía los tiene como enemigos de la alegría, como unos aburridos. Una mujer devota raramente tiene el talento de conciliar el amor de su marido de sus hijos y de la gente. Una religión lúgu-

En efecto, un amor sincero por la divinidad ha de ir acompañado de fervor; un verdadero cristiano se ha de irritar cuando ve que ofenden a su Dios, ha de armarse de una justa y sana crueldad para reprimir a los culpables, ha de tener un deseo ardiente de hacer reinar la religión. Es este fervor, derivado del amor divino el origen de las persecuciones y del furor del que el cristianismo tantas veces ha resultado culpable; es este fervor el que hace a los verdugos así como a los mártires, es este fervor el que hace que el intolerante arranque el rayo mortal de las manos del Altísimo bajo pretexto de vengarlo de de las injurias, es este fervor el que hace que miembros de una misma familia y ciudadanos de un mismo Estado se detesten, se atormenten por opiniones y también por ceremonias pueriles que el fanatismo ha considerado como cosas de gran importancia; es este fervor el que ha incendiado mil veces en nuestra Europa aquellas guerras de religión tan notables por su atrocidad; es, para acabar, este fervor por la religión el que justifica la calumnia, la traición, la mortandad, los desórdenes mas funestos para la sociedad. Siempre ha estado permitido utilizar la astucia, el engaño o la mentira cuando era ocasión de sostener la causa de Dios.[47] Los hombres más biliosos, los más coléricos, los más corrompidos, son generalmente los más fanáticos; esperan que a favor de su fanatismo el cielo les perdonará la depravación de sus costumbres y todos sus otros desvaríos. Por efecto de este fanatismo vemos a los cristianos exaltados recorrer las tierras y los mares para ext ender el Imperio de su Dios.

Por ese fervor los misioneros se creen obligados a perturbar la tranquilidad de otros estados que ellos ven como infieles, mientras que encontrarían cosa muy extraña que otros misioneros fueran a su

---

bre y melancólica no puede tener seguidores amables. Bajo un Dios triste, hay que estar tristes como él. Los doctores cristianos han observado muy juiciosamente que "Jesucristo lloró, pero jamás rió"

[47] El concilio ecuménico de Constanza hizo quemas a Juan Hus y a Jerónimo de Praga, a pesar del salvoconducto del emperador. Muchos cristianos han enseñado que no se debe mantener la palabra dada a un herético. Los papas han dispensado cien veces de los juramentos y promesas hechas a los heterodoxos. La historia de las guerras de religión nos muestra traiciones, crueldades y perfidias que no tienen parangón en otras guerras. Todo está justificado cuando se combate por Dios. No vemos en estas guerras más que niños estrellados contra las murallas, mujeres encintas reventadas, doncellas violadas o masacradas. En definitiva el celo religioso hace a los hombres más ingeniosos en la barbarie.

país a anunciar otro evangelio[48]. Mientras estos propagandistas de la tuvieron el poder en su mano ejercitaron en sus conquistas las revueltas mas espantosas, o ejercieron sobre los pueblos sometidos las violencias más apropiadas para hacer odiosa su divinidad. Creyeron sin duda que unos hombres para los cuales Dios había sido desconocido solamente podían ser bestias sobre las cueles era lícito ejercer las mayores crueldades. Para un cristiano un infiel no sido mas que un perro. Es aparentemente como consecuencia de las ideas judaicas que las naciones cristianas han ido usurpando las posesiones de de los habitantes del Nuevo Mundo. Los castellanos y los portugueses tenían aparentemente los mismos derechos de apropiarse de América y de África que tenían los hebreos para apoderarse de las tierras cananeas, para exterminar a sus habitantes o para reducirlos a la esclavitud. ¿Un pontífice del Dios de la justicia y de la paz no se arrogó el derecho de distribuir un imperio lejano a los monarcas europeos que quería favorecer? Estas violaciones manifiestas del derecho natural y de gentes pareció legítimo a los príncipes cristianos a favor de los cuales la religión santificaba la avaricia, la crueldad y la usurpación.[49]

En fin, el cristianismo la *humildad* como una virtud sublime, le otorga un gran valor. No se necesitaban sin duda luces divinas y sobrenaturales para ver que el orgullo hiere a los hombres y hace desagradables aquellos que lo muestran a los otros. Por poco que el hombre reflexione se convencerá de que la arrogancia. La presunción y la vanidad son cualidades poco agradables y menospreciables; pero la humildad del cristiano ha de ir mas lejos todavía, debe renunciar a la razón, que rehúse hacer justicia a sus buenas acciones, que pierda la estimación de si mismo.

De ahí, se ve que esta pretendida virtud solo es buena para degradar al hombre, para envilecerlo a sus propios ojos, para hogar en él toda la energía y todo deseo de ser útil a la sociedad. Prohibir a los

[48] Un emperador de China preguntó a los jesuitas de misión en Pekín. "¿Que diríais si yo envío misioneros a vuestro país?. Sabemos las revueltas que los jesuitas han provocado en Japón y en Etiopía que han hecho expulsar por completo al cristianismo. Un santo misionero decía que : "los misioneros sin fusiles no eran provechosos para hacer prosélitos"

[49] San Agustín nos enseña que "por derecho divino todo pertenece a los justos", máxima fundamentada sobre un pasaje de los Salmos que dice que "los justos comerán del fruto del trabajo de los impiedosos", Véase *Agustín* ep. 39. Sabemos que el Papa, por una bula dada a favor de los reyes de Castilla y Aragón y de Portugal, fija la línea de demarcación que regulaba las conquistas que cada uno de había de hacer sobre los infieles. Según estos principios, ¿No es el Universo presa del bandolerismo de los cristianos?

hombres el amor a si mismos y que merezcan la estima de otro es anular el mas potente estímulo que les mueve a grandes acciones, al estudio, a la industria. Parece que el cristianismo se propone solamente hacer los esclavos mas abyectos, inútiles para la sociedad, en los cuales la sumisión ciega a sus sacerdotes ocupa el lugar de cualquiera de las virtudes.

No nos sorprendamos, una religión que presume de ser sobrenatural ha de intentar desnaturalizar al hombre. En efecto, en el delirio de su entusiasmo le prohíbe amarse a si mismo, le ordena odiar los placeres y amar el dolor, le presenta como un mérito el mal voluntario que se hace. Por eso aquellas austeridades, aquellas penitencias que destruyen su salud, aquellas mortificaciones extravagantes, aquellas prácticas crueles, aquellas prácticas insensatas, aquellos suicidios lentos, extremos, con los que los fanáticos cristianos creen merecer el cielo. Es cierto que no todos los cristianos se sienten capaces de estas perfecciones maravillosas, pero todos con tal de salvarse se creen mas o menos obligados a mortificar sus sentidos, a renunciar a los beneficios que un Dios bueno les presenta porque suponen que este Dios se irritaría si hicieran uso de ellos y que solo ofrece estos bienes para que se abstengan de usarlos. ¿Cómo podría aprobar la razón estas prácticas destructivas de nosotros mismos? ¿Cómo podría el buen sentido admitir un Dios que pretende que el hombre sea desgraciado y que se complace en contemplar los tormentos que se imponen sus criaturas? ¿Qué fruto puede recoger la sociedad de estas virtudes que hacen al hombre sombrío, miserable, incapaz de ser útil a su patria? ¿La razón y la experiencia, sin ayuda de la superstición, no son suficientes para probarnos que las pasiones, los placeres llevados al exceso, se vuelven contra nosotros mismos y que el abuso de las mejores cosas deviene en un verdadero mal? ¿Nuestra naturaleza no nos obliga a la moderación, a la privación de los objetos que pueden perjudicarnos? En una palabra, un ser que quiere conservarse, ¿no ha de moderar sus inclinaciones y huir de aquello que facilita su destrucción?[50] Es evidente que el cristianismo autoriza, al menos indirectamente, el suicidio.

[50] Las funestas ideas que los hombres han tenido sobre la divinidad, unidas al deseo de distinguirse de otros con acciones extraordinarias, son las verdaderas fuentes de las penitencias que vemos practicar en las diferentes partes del mundo. Nada hay mas sorprendente que las penitencias de los yoguis indios tan distintas de las de los penitentes cristianos. Los sacerdotes de Astarté en Siria y de Cibeles en Frigia se hacían eunucos, los pitagóricos fueron enemigos de los placeres. Los romanos tuvieron vestales parecidas a nuestras monjas. Puede ser que las ideas sobre la necesidad de hacer penitencia para aplacar a la divinidad sean derivadas de aquellas que anteriormente habían

Como consecuencia de estas ideas fatídicas que sobre todo en los primeros tiempos del cristianismo los desiertos y los bosques se poblaron de cristianos perfectos que, alejándose del mundo, privaron a sus familias de soporte económico y a sus patrias de ciudadanos con tal de librarse a una vida ociosa y contemplativa. Por eso aquellas legiones de monjes y cenobitas que bajo los estandartes de diferentes exaltados se enrolaron en una milicia inútil o perjudicial para el Estado, creyeron que merecerían el cielo si soterraban el talento necesario para sus conciudadanos, consagrándose a la inacción y al celibato. En los países donde los cristianos son mas fieles a su religión una gran cantidad de hombres, por piedad, se obligan a permanecer toda una vida inútiles y miserables. ¡Qué corazón sería tan bárbaro de rehusar las lágrimas a la suerte de esas víctimas femeninas, escogidas de un sexo encantador que la naturaleza destinaba a hacer la felicidad del nuestro! Desgraciadas, engañadas por el entusiasmo de la juventud u obligadas por planes interesados de una familia autoritaria, desterradas del mundo para siempre; unos juramentos temerarios las ligan a perpetuidad al aburrimiento, a la soledad, a la esclavitud, a la miseria; unas promesas contrarias a la naturaleza las fuerzan a la virginidad. A veces, un corazón mas maduro protesta antes o después en ellas y las hace gemir bajo unos votos imprudentes; la sociedad las castiga si olvidan su inutilidad, su esterilidad voluntaria. Separadas de sus familias pasan en la somnolencia la amargura y las lágrimas una vida permanentemente importunada por carceleras irritantes y despóticas, En fin aisladas, sin ayuda y sin ligaduras no les queda mas que el espantoso consuelo de seducir otras víctimas para que comparten con ellas los aburrimientos de su soledad y su suplicio sin remedio. El cristianismo parece que haya tomado como obligación el hecho de combatir por todo la naturaleza y la razón; si bien admite algunas virtudes aprobadas por el buen sentido, quiere exagerarlas continuamente; nunca conserva el justo término medio que es con razón la perfección. La voluptuosidad, la disolución, el adulterio, es decir, los placeres ilícitos y vergonzosos son evidentemente aquellas cosas a las cuales cualquier hombre que quiera conservarse y merecer la estimación de sus conciudadanos se

---

persuadido a los hombres de que Dios quería sangre humana. No cabe duda de que el sacrificio de Jesucristo tiene ese origen, que fue, hablando en propiedad, un suicidio. La religión cristiana, admitiendo un dios parecido como modelo, anuncia a sus seguidores que han de destruirse ellos mismos con el fin de estar preparados para la salida de este mundo perverso. Los mártires son mayoritariamente verdaderos suicidas. Los monjes de la Trapa son igualmente culpables.

ha de resistir. Los paganos han comprendido y enseñado esta verdad a pesar del desorden de las costumbres que el cristianismo les achaca[51]

La religión cristiana, poco contenta con estas máximas razonables, recomienda el celibato como un estado de perfección. La unión matrimonial, tan legítima, es a sus ojos una imperfección. El padre del Dios de los cristianos había dicho en el Génesis "No es bueno que el hombre esté solo", había ordenado a todos los seres "creced y multiplicaos". Su hijo en el Evangelio, ha anulado estas leyes: pretende que con tal de ser perfectos hay que privarse del matrimonio, resistirse a una de las exigencias mas imperiosas que la naturaleza inspira al hombre, morir sin posteridad, negar ciudadanos al Estado y puntales para su vejez.

Si consultamos la razón encontraremos que los placeres del amor perjudican cuando los tomamos en exceso, que son crímenes cuando perjudican a otros: nos daremos cuenta que corromper una muchacha es condenarla a la vergüenza y a la infamia, es anular para ella las ventajas de la sociedad, encontraremos que el adulterio es una invasión de los derechos de otro, que destruye la unión de los esposos, que como mínimo separa los corazones que estaban hechos para estimarse y concluiremos que el matrimonio es honestamente el único medio de satisfacer legítimamente la exigencia de la naturaleza, de poblar la sociedad y de procurarse vástagos, es un estado mucho mas respetable y mas sagrado que el celibato destructor, que esta castración voluntaria que el cristianismo tiene la osadía de convertir en virtud.

La naturaleza o el autor de la naturaleza invita a los hombres a multiplicarse con el aguijón del placer, ha declarado claramente que la mujer era necesaria para el hombre; la experiencia ha dado a conocer que entre los dos habían de formar sociedad, no solamente para gozar de placeres pasajeros sino también para ayudarse a soportar las amarguras de la vida, para criar a los niños, para convertirlos en ciudadanos, pera encontrar socorro en la vez. Dando al hombre unas fuerzas superiores a las de su compañera la naturaleza a querido

[51] Aristóteles y Epicteto recomendaron la "pureza en la manera de hablar". Menandro dijo que el hombre de bien no puede consentir la corrupción de las doncellas ni cometer adulterio. Tíbulo dijo "casta placent superi". Marco Antonio dio gracias a los dioses por haber conservado su castidad durante la juventud. Los romanos tenían leyes contra el adulterio. El padre Tachard dice que los siameses tienen una moral que les prohíbe no solamente acciones deshonestas sino también pensamientos impuros, cosa que nos muestra que la castidad y la pureza de costumbres fueron estimadas en todos los pueblos del mundo antes de que oyeran hablar del cristianismo.

que este trabajase para mantener a su familia, dando a esta compañera órganos mas débiles la ha destinado a trabajos menos penosos pero no menos necesarios; dándole un alma mas sensible y mas dulce ha querido que un tierno sentimiento la ligue particularmente a sus tiernos infantes. He aquí las venturosas ligaduras que el cristianismo podría impedir que se formasen[52], he aquí las ideas que se esfuerza en dificultar proponiendo como un estado de perfección un celibato que despuebla la sociedad, que contradice la naturaleza, que invita al libertinaje, que aísla a los hombres y solamente puede ser ventajoso para la política odiosa de los sacerdotes de algunas sectas cristianas que hacen su deber de separar sus conciudadanos para formar un colectivo funesto que se eterniza sin posterioridad *Gens aeterna, in qua nemo nascitur*[53]

---

[52] Es evidente que en la religión cristiana el matrimonio es considerado un estado imperfecto. Eso prueba que posiblemente Jesucristo fuera de la secta de los esenios, que de manera semejante a los monjes modernos, renunciaban al matrimonio y se consagraban al celibato. Seguramente esas ideas fueron aceptadas por los primeros cristianos, que esperaban, según las profecías de Cristo el fin del mundo de un momento a otro y por tanto veían inútil tener niños y multiplicar las ligaduras que les vinculaban en un mundo dispuesto a desaparecer. Se como sea San Pablo dijo que "mas vale casarse que abrasarse". Jesús había hablado el mismo con elogio de los que "se han hecho eunucos por el reino de los cielos". Orígenes tomó al pie de la letra este precepto y se emasculó voluntariamente. San Justo mártir dice que "Dios quiso nacer de una virgen para abolir la generación ordinaria, que es fruto de un deseo ilegítimo". La perfección que el cristianismo otorga al celibato fue uno de los motivos por los que fueron expulsados de China. San Eduardo el Confesor se abstuvo de mujer toda la vida. La idea de la perfección ligada a la castidad fue la causa de la extinción de todas las familias reinantes de los sajones en Inglaterra. El monje San Agustín, apóstol de los ingleses, consultó al Papa san Gregorio para saber "cuanto tiempo se necesita para que un hombre que ha mantenido relación con su mujer pueda entrar en la iglesia y sea admitido en la comunión de los fieles"

[53] El celibato preferido por los Padres de la Iglesia parece ser el efecto de la mas refinada política entre los pontífices defensores de esta ley. En primer lugar debió aumentar la veneración de los pueblos que debieron creer que los sacerdotes no eran hombres como ellos, compuestos de carne y hueso. En segundo lugar, al prohibir el matrimonio a los sacerdotes rompieron el vínculo que los unía a sus familias y al Estado para vincularlos únicamente a la Iglesia, los bienes de la cual, por este procedimiento, no iban a ser repartidos y quedaron íntegros. Por el celibato los sacerdotes de la Iglesia romana han devenido tan poderosos y tan malos ciudadanos. El celibato los hace, en cierta manera, independientes, no se ven obligados a preocuparse de la posteridad. Un hombre que tiene familia tiene unas necesidades desconocidas

Si bien el cristianismo ha tenido la indulgencia de permitir el matrimonio a aquellos de sus seguidores que no han querido o no han podido pretender la perfección, parece que los ha castigado a la vista de las incómodas trabas que opone a esta unión; así es como vemos el divorcio prohibido por la religión cristiana, las uniones mas mal avenidas resultan indisolubles; las personas una vez casadas se ven obligadas a gemir para siempre por su imprudencia, cuando al fin y al cabo el matrimonio que solo puede tener el Bienestar, el amor y la ternura como base, se convierte para ellos en una fuente de discordias, amarguras y penas. Es así como la ley, de acuerdo con la religión cruel, consiste en impedir que los desafortunados rompan sus cadenas. Parece que el cristianismo ha puesto en juego todo su poder para apartarnos del matrimonio y para hacernos preferir un celibato que conduce necesariamente al libertinaje, al adulterio y a la disolución[54]. Asimismo, el Dios de los judíos había permitido el divorcio y no vemos con qué derecho su hijo, que venía a cumplir la Ley de Moisés revocó un permiso tan sensato. No hablamos aquí de las otras trabas que, según su fundador, la Iglesia ha puesto al matrimonio[55]. Prohibiendo el matrimonio entre parientes ¿no parece

---

para un soltero que ve que todo acaba con él mismo. Los papas mas ambiciosos han sido los grandes promotores del celibato sacerdotal. Gregorio VII fue quien mas lucho por establecerlo. Si los sacerdotes pudiesen casarse, los reyes y los príncipes serían pronto sacerdotes y el Soberano Pontífice no encontraría en ellos unos súbditos muy dóciles. Parece que al celibato se deben la dureza, la obstinación y el espíritu inquieto que siempre se ha atribuido al clero católico.

[54] La Naturaleza nunca pierde sus derechos; los célibes sienten sus necesidades como los otros hombres, no encuentran mas salida que la prostitución o el adulterio, o por medios que la decencia no permite nombrar. En España, en Portugal o Italia los monjes son monstruos de la lujuria, la disolución, la pederastia, los adulterios son extraordinariamente comunes es estos países a causa de los célibes. Los vicios de los laicos serían menos frecuentes si el matrimonio no fuera indisoluble.

[55] Los soberanos pontífices de Roma deben reírse bien a gusto cuando ven a los soberanos suplicándoles que les concedan las dispensas matrimoniales. Es evidente que en principio, los matrimonios entre parientes fueron prohibidos por la ley civil; los príncipes y emperadores, aunque cristianos, han defendido y permitido esta forma de matrimonio. Véase el código de Teodosio, tít, 12 ley 3 y el mismo código ley 5, títulos 8-10 y en el mismo tít.. 8,9 y 37. Los reyes de Francia han ejercido el mismo derecho. M. de Marca dice formalmente: "Pars illa iuris tune erat pene princeps, sine ulla controversia". Véase su libro *De concordia sacerdotii et imperii.* Poco a poco la iglesia ha usurpado asimismo este derecho a los príncipes, y los papas se han hecho los amos

que ha prohibido que aquellos que querían unirse se conociesen perfectamente y se amasen tiernamente?

Estas son las perfecciones que el cristianismo propone a sus hijos, estas son las virtudes que prefiere sobre aquellas que llama, con menosprecio, "virtudes humanas". Aun mas, repudia y desaconseja estas últimas, las califica de falsas, de ilegítimas porque aquellos que las tienen no poseen la fe. ¡Y ahora! ¿Estas virtudes tan estimables, tan heroicas, de Grecia o de Roma, no eran verdaderas virtudes? Si la equidad, la generosidad, la templanza, la paciencia de un pagano no son verdaderas virtudes ¿a que podemos dar este nombre. ¿No es por ventura, confundir todas las leyes de la moral el hecho de pretender que la justicia de un pagano no es justicia, que su bondad no es bondad, que su benevolencia es un crimen? Las virtudes reales de un Sócrates, de un Catón, de un Epicteto ¿no son preferibles al ardor de un Cirilo, a la obstinación de un Atanasio, a la inutilidad de un Antonio, a las revueltas de un Crisóstomo, a la ferocidad de un Domingo de Guzmán o al alma abyecta de un Francisco[56]?

Todas las virtudes que el cristianismo admira o son excesivas y fanáticas o no pretenden sino hacer al hombre temeroso, abyecto y desafortunado: si le dan coraje pronto lo hacen terco, inflado, cruel y nocivo para la sociedad. Es así como debe ser para responder a los propósitos de una religión, que menosprecia la tierra y no tiene embarazo de traer trastornos, si con eso su Dios celoso triunfa de sus

---

del vínculo conyugal hasta tal punto que hubo un tiempo en que era imposible saber si se estaba bien o mal casado; la Iglesia prohibía los matrimonios siempre que se pudiera probar parentesco en cualquier grado. La afinidad se convirtió en impedimento; se inventaron las "afinidades espirituales" Los padrinos no pudieron casarse entre ellos, el papa resultó el árbitro de la suerte de los reyes y de sus súbditos y, bajo el pretexto de "matrimonio incestuosos", se perturbó cien veces el orden de los Estados, se excomulgó a los soberanos declarando a sus hijos ilegítimos, se decidió el orden de sucesión de las coronas. Siguiendo la Biblia es indudable que los hijos de Adán se debieron casar con sus hermanas. Los teólogos han prohibido el matrimonio entre parientes por una razón digna de ellos: estos matrimonios -dicen- son criminales porque en la unión, el cariño que existe ya entre parientes, podría afectar de manera que el amor conyugal no fuera demasiado grande

[56] Sabemos que San Cirilo con ayuda de una banda de frailes intentó asesinar a Orestes, gobernador de Alejandría y consiguió asesinar de la manera más bárbara a la bella, sabia y virtuosa Hipatia. Todos los santos que la Iglesia reverencia han sido o bien unos rebeldes que han visto alimentada su autoridad, o bien unos fanáticos que han combatido por la causa de su ambición, o bien unos imbéciles que la han dotado ricamente o unos locos o unos visionarios que se han destruido a si mismos

enemigos. Ninguna verdadera moral puede ser compatible con esta religión.

13.- Sobre las prácticas y deberes de la religión cristiana

Si las virtudes del cristianismo no tienen nada sólido o no producen efectos que la razón pueda aprovechar, esta tampoco verá nada digno de estima en una multitud de prácticas molestas, inútiles y peligrosas que el cristianismo considera un deber para sus devotos y seguidores y que las describe como medios seguros de aplacar la divinidad, de obtener sus gracias y merecer sus inefables recompensas.

El primero y más esencial de los deberes de cristiano es *rezar*. Con la plegaria continua el cristianismo vincula la felicidad; su Dios que se supone lleno de bondad, es solicitado para que reparta sus gracias solo concedidas con importunidad: sensible a la adulación, como los reyes de la tierra, exige una etiqueta, solo escucha favorablemente las peticiones presentadas según una determinada manera.

¿Quedaríamos de un padre que conociendo las necesidades de sus hijos no consintiera darles los alimentos necesarios has que estos no se los arrancasen con súplicas fervientes a la vez que inútiles?. Pero, por otro lado, ¿No es desconfiar de la sabiduría de Dios prescribir reglas a su conducta? ¿No es poner en duda su inmutabilidad el hecho de creer que una criatura suya puede obligarlo a cambiar sus decretos? Si lo sabe todo ¿Qué necesidad tiene de ser advertido sin parar de las disposiciones del corazón de sus súbditos?. Si es todopoderoso ¿Cómo podría resultar adulado con sus homenajes, con las sumisiones reiteradas, con el aniquilamiento con que se ponen a sus pies? Digámoslo, la plegaria supone un Dios caprichoso, falto de memoria, que es sensible a los halagos, que se complace en ver a sus súbditos humillados delante de él, que está deseoso de ver a cada momento signos reiterados de su sumisión. Estas ideas, tomadas de los príncipes de la tierra, pueden aplicarse a un ser omnipotente, que ha creado el universo solamente para el hombre y que solo desea su felicidad? ¿Se puede suponer que un ser omnipotente, sin igual y sin rival, esté ansioso de gloria? ¿Hay alguna gloria para un ser que no se puede comparar con otros? ¿No ven los cristianos que queriendo exaltar y honrar a Dios no hacen sino rebajarlo y envilecerlo?

En el sistema de la religión cristiana también cabe que las plegarias de unos puedan ser aplicadas para otros; su Dios, parcial con los favoritos solamente recibe las peticiones de estos, solamente escucha

a sus pueblos cuando sus deseos le llegan a través de sus ministros. Así, Dios resulta un Soldán que accesible solo para sus ministros, visires, eunucos y mujeres del serrallo. Por eso existen innumerables sacerdotes, cenobitas, frailes y monjas que no tienen otra función que elevar sus ociosas manos al cielo y rezar noche y día para obtener sus favores para la sociedad. Las naciones pagan bien caro estos importantes servicios y piadosos vagos viven en el esplendor. Mientras que el mérito real, el trabajo y la industria languidecen en la miseria[57]

Bajo el pretexto de estar libre para la ceremonias del culto, el cristiano, sobre todo en las sectas mas supersticiosas, está obligado a permanecer ocioso y a quedarse brazos cruzados durante buena parte del año; se le persuade que honra a Dios con esta inutilidad; las fiestas, multiplicadas por el interés de los sacerdotes y la credulidad de los pueblos, suspenden los trabajos necesarios de millones de brazos; el hombre del pueblo acude a orar al templo en vez de cultivar el campo, allí se harta de ver ceremonias pueriles y de oír fábulas que no puede comprender ni mucho ni poco. Esta religión tiránica consideraría un criminal al menestral o al labrador que, durante estas jornadas dedicadas al ocio, osase preocuparse por la subsistencia de una familia numerosa e indigente, y de acuerdo con la religión, el gobierno castigaría a aquellos que tuviesen la audacia de ganarse el pan en cuanta de recitar las plegarias o de permanecer de brazos cruzados[58].

¿Puede la razón suscribir esta curiosa obligación de abstenerse de carne y de algunos alimentos que algunas sectas cristianas imponen? El pueblo, que vive de sus trabajo, se forzado como consecuencia de esta ley a contentarse durante periodos muy largos con una alimentación cara, malsana y poco adecuada para reparar las fuerzas.

---

[57] Un emperador –Justiniano, si no me equivoco- pedía perdón a Dios por el tiempo que dedicaba a la administración del Estado quitándolo a las plegarias.

[58] Constantino, como emperador, ordenó el año 321 que todas las funciones de la justicia, los oficios y las ocupaciones ordinarias de la ciudad se suspendieran los domingos. Las actividades del campo y de la agricultura fueron exceptuadas.
Estas disposiciones eran al menos más razonables que las que existen hoy día, sobre todo para los católicos romanos. Ahora el papa y los obispos son los que prescriben las fiestas y obligan al pueblo a permanecer inactivo. Véase Tillemont, vida de Constantino, *Historia de los emperadores y otros príncipes*, art. Q5 pág.180

¿Qué ideas ridículas y abyectas deben tener de su Dios unos insensatos que creen que este se enfada por la calidad de las comidas que entran en el estómago de sus criaturas?

Y, a base de dinero el cielo se vuelve mas accesible. Los sacerdotes cristianos han estado ocupados en irritar a sus seguidores con tal de obligarlos a cometer infracciones; todo para tener ocasión de hacerlos expiar estas pretendidas transgresiones. Todo en el cristianismo, hasta lo pecados, resulta beneficioso para el clero[59]

Ningún culto a puesto a sus seguidores en una dependencia mas completa y mas continuada que el cristianismo, jamás los sacerdotes han perdido de vista a su presa, han aplicado las medidas mas adecuadas para esclavizar a los hombres y los han hecho contribuir a su pujanza, a sus riquezas, a su imperio. Mediadores entre el monarca celestial y sus súbditos, estos sacerdotes han sido vistos como cortesanos de confianza, como a ministros encargados de ejercer el poder en su nombre, como favoritos a quienes la divinidad no podía negar nada. Así los ministros del altísimo se han convertido en señores absolutos de la suerte de los cristianos; se han adueñado de por vida de los esclavos que el temor y los prejuicios han sometido; han hecho que se liguen a ellos y se han vuelto necesarios para una multitud de prácticas, tan infantiles como extrañas que han tenido cuidado de hacerlas ver como indispensablemente necesarias para su salvación. Los han hecho considerar la omisión de estos deberes como un crimen mas grave que la violación manifiesta de las reglas de la moral y de la razón.

No nos sorprendamos si en las sectas cristianas –es decir, mas supersticiosas- vemos al hombre perpetuamente infestado de sacerdotes. Apenas salido del vientre de la madre, bajo el pretexto de limpiar una supuesta "*mancha original*", el capellán le bautiza por

---

[59] Los griegos y los cristianos orientales observan numerosas cuaresmas y ayunan con rigor.. En España y Portugal se compra el derecho de comer carne los días prohibidos: se está obligado a pagar la tasa o "bula de la cruzada" si se quiere mantener obediente a los mandamientos de la Iglesia; sin eso no hay absolución. La costumbre de ayunar y de abstenerse de ciertos alimentos pasó de los egipcios a los judíos, de éstos a los cristianos y luego a los mahometanos. Las naciones que los cristianos consideran heréticas son las únicas que sacan provecho de esas prohibiciones de comer carne: los ingleses les venden bacalao y los holandeses arenques. ¿No es curioso que los cristianos se abstengan de carne –cosa que no se ordena en el Nuevo Testamento- y que no se abstengan de sangre, de embutidos y de animales ahogados que están absolutamente prohibidos por los apóstoles y tan severamente como la fornicación? Véase las Actas de los Apóstoles 15, 20.

dinero, le reconcilia con un Dios al que todavía no ha podido ofender; con ayuda de palabras y de encantamientos le arranca del dominio del demonio. Desde la mas tierna infancia, su educación se confía ordinariamente a unos curas cuyo objetivo principal es inculcarle lo mas pronto posible los prejuicios necesarios para sus pretensiones; le inspiran miedos que se multiplican en él durante toda su vida, le instruyen en las fábulas de una religión maravillosa, en sus dogmas mas insensatos, en sus misterios incomprensibles; en una palabra, hacen de él un cristiano supersticioso, pero no un ciudadano útil o un hombre ilustrado[60] Solo hay una cosa que le muestran como necesaria: mantenerse devotamente sometido a la religión. Sé devoto –le dicen- sé ciego, menosprecia la razón, preocúpate del cielo y desatiende la tierra; es todo lo que tu Dios te pide para llevarte a la bienaventuranza.

Con tal de mantener al cristiano en las ideas abyectas y fanáticas con que fue imbuido en la juventud, los sacerdotes, en algunas sectas, le ordenan depositar en su seno las faltas mas escondidas, las acciones mas ignoradas, los pensamientos mas secretos; le obligan a humillarse a sus pies y rendir homenaje a su poder; espantan la culpable y si lo creen oportuno, le reconcilian enseguida con la divinidad, que a las ordenes de su ministros le absuelve de los pecados con los que se había ensuciado. Las sectas cristiana que admiten esta práctica la elogian como un freno utilísimo a las costumbres y adecuadísimo para contener las pasiones de los hombres; pero la experiencia nos prueba que los países en los que esta práctica es observada con mas fidelidad, lejos de tener las costumbres mas puras que los otros, las tienen mas corrompidas, Estas expiaciones tan fáciles no hacen sino provocar al crimen. La vida de los cristianos es un círculo de desordenes y de *confesiones* periódicas; solo el sacerdote aprovecha esta práctica que le ponen en situación de poder ejercer un imperio absoluto sobre las conciencias de los hombres. ¡Cuál debe ser el poder de de una clase de hombres que abran y cierran a su agrado las puertas del cielo, que poseen los secretos de las familias, que pueden a voluntad encender el fanatismo en los espíritus!.

Sin la confesión al sacerdote un cristiano no puede participar de los misterios sagrados, los capellanes tienen derecho a excluirle. Quizás se pudiera consolar de esta pretendida privación, pero los

[60] En casi todo el mundo la educación de los hombres se confía a los sacerdotes. No hay que sorprenderse, después de eso, si la ignorancia, la superstición y el fanatismo se eternizan. Entre los protestantes, así como entre los católicos, las universidades son establecimientos puramente sacerdotales. Parece como si los europeos solo quisiesen formar monjes.

anatemas o *excomuniones* hacen un mal real al hombre; las penas espirituales producen efectos temporales, y todo ciudadano que cae en desgracia ante la Iglesia, está en peligro de caer también delante del gobierno y se vuelve un elemento odioso a sus conciudadanos.

Ya hemos visto como los ministros de la religión se han mezclado en los asuntos del matrimonio; sin su consentimiento ningún cristiano puede ser padre, tiene que someterse a las maneras capciosas de la religión; sin eso –si la política está de acuerdo con la religión- excluiría a sus hijos del número de ciudadanos.[61]. Durante todo el curso de su vida, el cristiano, so pena de convertirse en culpable, está obligado a asistir a las ceremonias de culto, a las instrucciones del sacerdote; una vez ha cumplido fielmente este importante deber, se considera el favorito de su Dios y se persuade que ya no debe nada a la sociedad. Es así que unas prácticas inútiles ocupan el lugar de la moral, que por todas partes está subordinada a la religión a la cual habría de gobernar.

Cuando llega al final de su vida, extendido en el lecho, el cristiano todavía es acechado por los sacerdotes en los últimos instantes. En algunas sectas cristianas, la religión parece que ha estudiado como hacer al hombre la muerte mil veces mas amarga. Un cura tranquilo llega para traer la alarma al moribundo; bajo el pretexto de reconciliarlo con Dios le hace saborear el espectáculo de su fin[62]. Si esta práctica es destructiva para los ciudadanos al menos es lucrativa para el sacerdocio que debe una parte importante de sus riquezas a los saludables temores que inspira en este punto a los cristianos ricos a punto de morir. La moral no da los mismos frutos; la experiencia nos muestra que la mayoría de los cristianos, que han vivido con seguridad en el exceso o en el crimen, dejan para el momento de morir la preocupación de reconciliarse con su Dios. Con ayuda de un

---

61 Por poco que leamos de historia, veremos que los sacerdotes han querido meterse en todo: La Iglesia, como buena madre, se ha inmiscuido en el peinado, en el vestido y en el calzado de sus hijos. En el siglo XVI estaba empeñada con los zapatos de punta que entonces se llevaban con el nombre de *zapatos paulinos*. San Pablo ya en sus tiempos había criticado rizarse los cabellos.

62 Nada más bárbaro que las costumbres de la Iglesia Romana relativos a los moribundos; los sacramentos hacen morir más gente que las enfermedades y los médicos. El miedo puede provocar alteraciones enojosas en un cuerpo debilitado, asimismo, la política está de acuerdo con la religión en mantener estas costumbres crueles. En París, cuando el médico ha hecho tres visitas al enfermo, la ordenanza exige que se le haga administrar los sacramentos

arrepentimiento tardío, y de las donaciones que dan al sacerdocio, estos expían sus faltas y le permiten esperar que el cielo olvide sus rapiñas, las injusticias y los crímenes que ha cometido durante el curso de una vida perjudicial para sus semejantes.

Ni siquiera la muerte acaba con el imperio del sacerdocio sobre los cristianos de lagunas sectas; los capellanes sacan provecho de su cadáver; mediante dinero se adquiere sobre los despojos mortales el derecho de ser depositados dentro de un templo y de escampar por las ciudades las infecciones y las enfermedades. ¿Qué digo? El poder sacerdotal se extiende mas allá de la muerte. Se compran bien caras las plegarias de la Iglesia para liberar las almas de los muertos de los suplicios que se piensa que están destinados a purificarlos en el otro mundo. Afortunados los ricos en una religión en que, con ayuda de dinero, se puede hacer que los favoritos de Dios le rueguen para que perdone las penas que su justicia inmutable les había infligido.[63]

Estos son los principales deberes que el cristianismo propugna como necesarios y de cuya observación depende la salvación. Estas son las prácticas arbitrarias, ridículas y perjudiciales que osa imponer en cuenta de deberes sociales. No combatimos las diferentes prácticas supersticiosas, admitidas respetuosamente por algunas sectas y repudiadas por otras, como son los honores que se guardan a la memoria de aquellos piadosos fanáticos, de aquellos héroes del entusiasmo, de aquellos oscuros visionarios que el pontífice romano incluye en el número de los santos[64] No hablaremos de los peregrinajes, de los cuales hace tanto caso la superstición del pueblo, ni de aquellas indulgencias con la ayuda de las cuales los pecados son absueltos. Nos contentaremos con decir que estas cosas son en general por los pueblos que las admiten que las reglas de la moral, que continuamente son ignoradas. Cuesta mucho menos a los hombres

[63] Con la ayuda del dogma del Purgatorio y de la eficacia de las plegarias para salvar gente, la iglesia romana llega casi siempre a despojar a las familias de las más ricas herencias. Los cristianos llegan a desheredar a sus parientes para darlo a la Iglesia eso se llama hacer heredera al alma. En el concilio de Basilea en 1443 los franciscanos intentaron convertir en dogma esta proposición *Beatus Franciscus, ex divino privilegio, quot annis in Purgatorum descendit, suosque omnes in coelum deducit.* Pero este dogma, demasiado favorable a los franciscanos fue rechazado por los obispos. La opinión de la Iglesia católica es que las plegarias para los fallecidos se pongan en común, de esta manera, como es de razón, los ricos pagan la fiesta

[64] Sabemos que el *daishi* o papa de los japoneses tiene, como. el de los romanos, el derecho de canonizar o hacer santos. A estos santos los llaman *camis* en el Japón

conformarse con rituales y œremonias que ser virtuosos. Un buen cristiano es un hombre que se conforma exactamente a los que los sacerdotes esperan de él; estos, por toda virtud le piden que sea ciego, generoso y sumiso.

14.- Sobre los efectos políticos de la religión cristiana

Después de haber visto la inutilidad –y hasta el peligro de las perfecciones- de las virtudes y deberes que la religión cristiana nos propone, veamos si tiene influencia mas afortunada sobre la política, o si procura un bienestar real a las naciones entre las cuales esta religión se ha establecido y es fielmente observada. Para comenzar encontramos que por todo donde el cristianismo es admitido, se establecen dos legislaciones opuestas la una a la otra y que se combaten recíprocamente. La política está hecha para mantener la unión y la concordia entre los ciudadanos. La religión cristiana, a pesar que predica que se quieran y que viven en paz, anula rápidamente este precepto con las divisiones inevitables que han de surgir entre sus seguidores, que se ven abocados a entender de manera diferente los oráculos ambiguos que los libros santos les anuncian. Desde el comienzo del cristianismo vemos vivísimas discusiones entre sus doctores,[65] a continuación solo encontramos cismas y herejías, seguidas de persecuciones y de combates muy adecuados para destruir aquella concordia tan pregonada que se hace imposible en una religión donde todo es oscuridad. En todas las discusiones teológicas los dos partidos creen tener a Dios de su lado, en consecuencia, obcecados. ¿Cómo podrían no serlo, si confunden la causa de Dios con su vanidad? Así, poco dispuestos a ceder una parte y otra, combaten, se atormentan, se destrozan hasta que la fuerza decide en querellas que nunca son de la incumbencia del sentido común. En efecto, en todas las discusiones que se han visto nacer entre cristianos, la autoridad política se ha visto obligada a intervenir; los soberanos han tomado partido por en las disputas frívolas de los sacerdotes, que consideran

[65] Desde la primera vez que los apóstoles se reunieron en el concilio de Jerusalén, vemos San Pablo discutiendo con san Pedro sobre si hay que observar los rituales judaicos o renunciar a ellos. Los hombres que guardaban la fe de primera mano jamás pudieron ponerse de acuerdo; tampoco lo han conseguido
después.

asuntos de gran importancia. En una religión establecida por Dios mismo no hay minucias; en consecuencia los príncipes se arman contra una parte de sus súbditos: la manera de pensar de la corte decidirá la creencia de sus súbditos; las opiniones a que da soporte son las únicas verdaderas; sus satélites son los guardianes de la *ortodoxia*, los otros devienen heréticos y rebeldes que los primeros creen un deber exterminar[66]

Los prejuicios o la falsa política de los príncipes les han hecho siempre considerar aquellos súbditos que no tenían lamisca opinión que ellos como malos ciudadanos, peligrosos para el Estado y enemigos de su poder. Si hubiesen dejado a los sacerdotes la tarea de dirimir sus impertinentes querellas, sin persecuciones que les han dado importancia, estas querellas se habrían difuminado ellas mismas o no habrían comprometido la tranquilidad pública. Si estos reyes, imparciales, hubiesen recompensado los buenos y castigado los malos sin hacer especulaciones del culto o de las ceremonias, no habrían obligado a gran número de sus ciudadanos a convertirse en enemigos naturales del poder que les oprimía. A fuerza de injusticias, de violencia y de persecuciones los príncipes cristianos han fallado siempre para reconducir a los heréticos. ¿No habría de haberles mostrado el sentido común que ésta conducta solo es buena para crear hipócritas, enemigos ocultos y hasta para producir revueltas?[67] Pero estas reflexiones no están hechas para unos príncipes a los que el cristianismo intenta llenar desde la infancia de fanatismo y prejuicios. Les inspira, por toda virtud, una obstinada vinculación a frivolidades, un impetuoso ardor por los dogmas alejados del bien del Estado, una cólera desmesurada contra todos los que rehúsan doblegarse a sus opiniones despóticas. Por eso los soberanos encuentran más fácil destruir que reconducir con suavidad; su despotismo alterado no se rebaja a razonar. La religión les persuade que la tiranía es legítima, que la crueldad es meritoria cuando se trata de la causa del cielo.

---

[66] Un hombre ocurrente decía que en cada estado la religión ortodoxa era la que tenía el verdugo. En efecto, si paramos atención, estaremos de acuerdo que son los reyes y los soldados los que han establecido los dogmas de la religión cristiana. Si Luis XV viviese la constitución *Unigenitus* sería artículo de fe entre nosotros.

[67] Luis XIV, después de la revocación del edicto de Nantes, hizo atormentar a los hugonotes y les prohibió a la vez salir de Francia. Esta conducta parece tan sensata como la de los niños que atormentan a los pájaros que han encerrado en una jaula y que lloran después cuando se les mueren.

El cristianismo siempre ha vuelto déspotas y tiranos a los soberanos que lo han favorecido, los representa como divinidades en la tierra, hace respetar sus caprichos como voluntades divinas, trata a los pueblos como esclavos de los cuales pueden disponer a voluntad. A favor de su celo hacia la religión, el cristianismo perdona continuamente a los monarcas más perversos las injusticias, las violencias, los crímenes y so pena de enfadar al Altísimo ordena a las naciones gemir sin replicar bajo la espada que les golpea en cuenta de protegerlos. No nos sorprendamos si, desde el establecimiento de la religión cristiana, hemos visto tantas naciones padecer bajo tiranos devotos, que no tenían otro mérito que un celo obcecado por la religión y que, por otro lado, se permitían los crímenes más repugnantes, la tiranía mas espantosa, los excesos mas vergonzosos y las licencias mas desenfrenadas. Fuesen cueles fuesen las injusticias, las opresiones o rapiñas de los soberanos -mas religiosos, mas hipócritas- los sacerdotes han tenido cuidado de contener a sus súbditos. No nos extrañemos tampoco de ver tantos príncipes, incapaces o malvados, sostener en su entorno los intereses de una religión de la que su falsa política tenía necesidad para sostener su autoridad. Los reyes no tendrían necesidad de la superstición para gobernar a sus pueblos si tuviesen luces, equidad, y virtudes, si conociesen y practicasen sus verdaderos deberes, si se ocupasen realmente de la felicidad de sus súbditos; pero como es mas fácil conformarse con unos rituales que tener talento para practicar la virtud, el cristianismo ha encontrado continuamente en los príncipes los puntales para sostenerlo e incluso el verdugo para servirlo. Los ministros de la religión no han tenido la misma complacencia para los soberanos que han rehusado hacer causa común con ellos, abrazar sus querellas o servir a sus pasiones, se han sublevado contra aquellos que han querido hacerles resistencia, castigar sus excesos, reconducirlos a la razón, moderar sus ambiciosas pretensiones o tocar sus *inmunidades*. A veces los sacerdotes han clamado contra la *impiedad*, el *sacrilegio*; han pretendido que el soberano *ponía la mano en el incensario*, usurpaba unos derechos otorgados por el mismo Dios; en una palabra, han intentado sublevar al pueblo contra la autoridad mas legítima; han armado a los fanáticos contra los soberanos acusados de tiranos por no haberse sometido a la Iglesia. El cielo ha sido siempre dispuesto a vengar las injusticias hechas a sus ministros; estos no han estado nunca sometidos y solo han predicado la sumisión de los otros cuando les ha estado permitido compartir la autoridad o cuando han sido muy débiles para oponer resistencia. He aquí por qué en el nacimiento del cristianismo veíamos a sus apóstoles sin poder predicar la subordinación; desde que se vio con soportes, el cristianismo predica la

persecución; cuando se ve poderoso predica la revuelta, depone reyes y les hace decapitar.

En todas las sociedades políticas donde el cristianismo se ha establecido, subsisten dos potencias rivales que luchan continuamente una contra otra y en esta lucha el Estado resulta generalmente fracturado. Los súbditos se dividen; los unos combaten por su soberano, los otros combaten o creen combatir por su Dios. Estos últimos son siempre los que a la larga saldrán vencedores mientras sea permitido al sacerdote envenenar los espíritus de los pueblos con el fanatismo y los prejuicios.

Dando luces al pueblo será como se impedirá librarse al fanatismo; liberándolos poco a poco del yugo de la superstición, será como se disminuirá el poder sacerdotal, que siempre será sin límites y mas fuerte que el de los reyes en un país ignorante y cubierto de tinieblas.

Pero la mayoría de los soberanos temen dar luces a los hombres, cómplices del sacerdocio, se coaligan para ahogar la razón y para perseguir a quienes tienen el valor de decirlo. Obcecados en sus propios intereses, solo buscan gobernar unos esclavos a las que el clero vuelve irracionales a voluntad. También vemos que una vergonzosa ignorancia, una abulia tremenda reina sobre los países en los que el cristianismo domina de manera más absoluta: los soberanos, aliados con los sacerdotes, parece que buscan la ruina de la ciencia, de las artes, de la industria, que solamente pueden ser hijas de la libertad de pensamiento.

Entre las naciones cristiana, las menos supersticiosas son las más libres, las más poderosas, las más felices. En los países en los que el despotismo espiritual se entiende con el despotismo temporal, los pueblos se empantanan en la inacción, en la pereza, en la ineptitud. Los pueblos de Europa que presumen de tener la fe más pura, no son seguramente los más florecientes y poderosos; los soberanos, esclavos ellos mismos de la religión, solo gobiernan otros esclavos que no tienen bastante energía y valor para enriquecerse ellos mismos y para trabajar por la felicidad del Estado. En esta clase de países solo el capellán es opulento, el resto languidece en la más profunda indigencia. Pero ¿que importa el poder y la felicidad de las naciones a una religión que quiere que sus seguidores no se ocupen de su felicidad en este mundo, que considera perjudiciales las riquezas, que predica un Dios pobre, que recomienda la pobreza de ánimo y la mortificación de los sentidos?. Es, sin duda, para obligar a los pueblos a practicar estas máxima por lo que el sacerdocio, en muchos estados cristianos, se ha apoderado de la mayor parte de las riquezas

y vive con esplendor, mientras el resto de los ciudadanos consigue su salvación en la miseria[68].

Estas son las ventajas que la religión cristiana procura a las sociedades políticas; forma un Estado dentro del Estado, convierte a los pueblos en esclavos, favorece la tiranía de los soberanos cuando son complacientes, pero hace a sus súbditos rebeldes y fanáticos cuando los soberanos no son complacientes con el clero. Cuando se pone de acuerdo con la política, la religión aplasta, envilece, empobrece las naciones y las priva de ciencia e industria; cuando se separa vuelve a los ciudadanos insociables, turbulentos, intolerables y rebeldes.

Si examinamos con detalle los preceptos de esta religión y las máximas que se desprenden de sus principios veremos que prohíben todo lo que puede hacer floreciente un Estado. Ya hemos visto las ideas de imperfección que el cristianismo relaciona con el matrimonio y la estima que tiene por el celibato; estas ideas no están hechas para favorecer la población, que es sin contestación la primera fuente de poder de un Estado[69]

El comercio no es menos extraño a los propósitos de una religión cuyo fundador pronuncia un anatema contra los ricos y los excluye del reino de los cielos. Toda industria está igualmente prohibida a los cristianos perfectos, que llevan una vida pasajera en la tierra y que no han de preocuparse nunca por el mañana. [70]

---

[68] Por poco que se quiera calcular, se puede ver que en Italia, España, Portugal y Alemania los ingresos eclesiásticos deben exceder, no solamente a los de los soberanos, sino también a los del resto de los ciudadanos. Se calcula que sólo en España hay más de cinco mil sacerdotes que gozan de ingresos inmensos. Seguramente el rey de España no tiene ni la sexta parte de estos ingresos para defender el Estado. Si los monjes y los sacerdotes son necesarios para un país, hemos de pensar que el cielo le hace pagar bien caras estas plegarias. La expulsión de los moriscos ha arruinado a España; solo la supresión de los monjes lo podría compensar. Pero esta operación demanda mucha habilidad, un rey que lo intentara muy bruscamente sería destronado por los pueblos que verían el bien que les quería hacer. Es necesario que antes el pueblo sea instruido y que esté contento con su señor.

[69] (N. del T) Recuerdo una vez mas al lector que este libro se escribió a mediados del siglo XVIII.

[70] San Juan Crisóstomo dijo que un comerciante no puede agradar a Dios, que *un cristiano no puede ser comerciante y que es necesario expulsarlo de la Iglesia*, basándose en un pasaje del salmo 70: *No he conocido negocio*. Si este principio es cierto toda la calle Saint Honore está condenada.

¿No es necesario, por ventura, que un cristiano sea tan temerario como inconsecuente cuando consiente en servir en el ejército? ¿Un hombre que no tiene jamás el derecho de de pensar que es agradable a Dios o que está *en estado de gracia*, no sería incoherente si se expusiera la condenación eterna? Un cristiano que ejerciese la caridad con el prójimo y que ha de amar a todos sus enemigos ¿No es culpable del crimen más grande cuando da muerte a otro hombre del cual ignora las disposiciones y al cual puede enviar de golpe al infierno?[71] Un soldado es un monstruo, en el cristianismo, salvo que combata en nombre de Dios, entonces se convierte en un mártir.

El cristianismo ha declarado siempre la guerra a las ciencias y a los conocimientos humanos, que han sido considerados como un obstáculo para la salvación. *La ciencia infla*, dijo san Pablo. No se necesitan ni razón ni estudios para unos hombres que han de someter su razón al yugo de la fe. Según confiesan los cristianos, los fundadores de su religión fueron hombres groseros e ignorantes; es necesario que sus seguidores no sean más ilustrados que ellos para poder admitir las fábulas y las vaguedades que estos ignorantes reverenciados les han transmitido. Siempre se ha hecho notar que los hombres más ilustrados son por regla general unos malos cristianos. Independientemente de la fe, que la ciencia puede remover, también desvía a los cristianos de la obra de salvación, que es la única realmente necesaria. Si la ciencia es útil a la sociedad política, la ignorancia es por fuerza más útil a la religión y a sus ministros. Los siglos desprovistos de ciencia y de industria fueron siglos de oro para la Iglesia de Jesucristo. Los reyes fueron sometidos entonces y sus ministros hicieron llegar a sus manos todas las riquezas de la sociedad. Los sacerdotes de una secta muy numerosa quieren que los hombres ignoren incluso los libros sagrados que contienen las reglas que deben seguir. Esta conducta es sin duda muy sabia : la lectura de Biblia es la mas conveniente de todas para desengañar a un cristiano de su respeto por la Biblia[72]

---

[71] Lactancio dijo que *un cristiano no puede ser soldado ni acusador,* Véase tomo I pág. 137. Los cuaqueros y los menonitas no llevan jamás armas, son mas consecuentes que otros cristianos

[72] El papa Gregorio hizo destruir en su época un gran número de libros paganos. Desde el comienzo del cristianismo, vemos que san Pablo se Hace llevar libros para quemarlos, método que ha practicado siempre la Iglesia. Los fundadores del cristianismo deberían haber prohibido, bajo pena de excomunión el aprendizaje de la lectura. La Iglesia romana, muy sabiamente, hizo que los libros sagrados no fueran conocidos por el pueblo. Desde que se

En una palabra, si se siguiesen rigurosamente las máximas del cristianismo, ninguna sociedad política podría existir. Si se duda de esta afirmación que se escuchen las palabras de los primeros Padres de la Iglesia, se verá que su moral es totalmente incompatible con la conservación y pujanza de un Estado. Se verá que según Lactancia ningún hombre puede ser soldado, que según Justino ningún hombre puede casarse, que según Tertuliano nadie puede ser magistrado, que según Crisóstomo nadie debe dedicarse al comercio, que según muchísimos mas nadie debería estudiar.

En definitiva, uniendo estas máximas con las del salvador del mundo, resultará un cristiano como es debido, prendiendo la perfección será el miembro mas inútil para su país, para su familia, para todos los que le rodean; un espectador ocioso que solo piensa en la otra vida, que no tiene nada en común con los intereses de este mundo y que no tiene nada mas urgente que irse rápidamente.[73]

Oigamos a Eusebio de Cesárea y veamos si el cristiano no es un verdadero fanático del cual la sociedad no puede extraer ningún fruto:

> El género de vida –dice- de la Iglesia cristiana sobrepasa nuestra naturaleza presente y la vida común de los hombres; no buscamos bodas ni hijos, ni riquezas, es en definitiva totalmente extranjera a la manera humana de

---

comenzó a leerlos en el siglo XVI todo se llenó de herejías y de revueltas contra los sacerdotes, Felices tiempos para la Iglesia aquellos en que sólo los monjes sabían leer y escribir y hacían un derecho de eso. Si se dudase del odio y el desprecio de las Padres de la Iglesia por las ciencias, encontrará las pruebas en los siguientes pasajes: San Jerónimo dice *Geometría, aritmética, musica, habent in sua scientia veritetem, sed non est scientia illa, scientia pietatis. Scientia pietatis est noscere Scripturas et intelligere prophetas, evangelia credere, prophetas non ignorare*. Véase Jerónimo Ep. ad Titum. San Ambrosio dice :*Quia tam absu rdum quam de astronomia et geometria tractare, et profunda aeris spatia metiri, relinquere causas salutis, errores quaerere.* Véase San Ambrosio, *De Officis* 1. San Agustín dice: *Astrología et geometría et alia eiusmodi. Ideo despecta sunt a nostris, quia nihil ad salutem pertinent* Vëase San Agustín, *De ordinis disciplina*. La geometría, por la justeza que da al espíritu habría de estar prohibida en los estados cristianos.

[73] Tertuliano dice: *Nihil nostra refert in hoc avo, nisi de eo celeriter recedere*. Lactancia hace ver que la idea del fin próximo del mundo fue una de las principales causas de la propagación del cristianismo

> vivir, se consagra únicamente al culto divino, se libra solamente a un amor inmenso por las cosas del cielo. Los que la siguen así, casi separados de la vida mortal y conservando únicamente los cuerpos sobre la tierra, siempre están en el cielo en espíritu y lo habitan ya como inteligencias puras y celestiales, que menosprecian la vida de los hombres[74]

Un hombre muy convencido de las verdades del cristianismo no puede, en efecto, ligarse a nada de aquí abajo, todo es para él ocasión de caída; o al menos de distracción de pensar en su salvación. Si los cristianos –por suerte- no fuesen inconsecuentes, no se separasen a cualquier hora de sus especulaciones sublimes y no renunciasen a la perfección fanática, ninguna sociedad cristiana podría subsistir, y las naciones iluminadas por el evangelio retornarían al estado salvaje. No se verían mas que seres feroces para los cuales los lazos sociales estarían completamente rotos, que solo harían orar y llorar en este valle de lágrimas y que se dedicarían a hacerse, ellos mismos y a los otros, desgraciados con tal de merecer del cielo

En fin, una religión cuyos preceptos tienden a hacer a los hombres intolerables, a los soberanos perseguidores, a los súbditos esclavos o rebeldes; una religión cuyos oscuros dogmas son causa eterna de discusiones, una religión, los principios de la cual adormecen a los hombres y los apartan de preocuparse de sus verdaderos intereses; una religión tal –afirmo- es destructiva para toda la sociedad.

[74] Véase Eusebio, *Demostr. Evang*. Tomo II p. 29

15.- Sobre la Iglesia, o sobre el sacerdocio de los cristianos

Siempre ha habido hombres que han sabido sacar provecho de los errores de la tierra. Los sacerdotes de todas las religiones han encontrado el medio de fundamentar sus poderes, sus riquezas y su grandeza, sobre los temores del pueblo común, pero ninguna religión ha tenido tantas razones como el cristianismo para someter al pueblo los pueblos al sacerdocio. Los primeros predicadores del Evangelio, los apóstoles, los primeros sacerdotes de los cristianos, le son descritos como unos hombres totalmente divinos, inspirados por el espíritu de Dios, compartiendo su omnipotencia. Si bien sus sucesores no poseían las mismas prerrogativas, en la opinión de los cristianos, el cuerpo de su sacerdocio o sea la Iglesia está continuamente iluminada por el Espíritu Santo, que no la abandona jamás, goza colectivamente de la infalibilidad y, en consecuencia, sus decisiones devienen tan sagradas como las de la divinidad misma, o bien no son mas que una revelación perpetuada. A partir de estas nociones tan grandes que el cristianismo se da del sacerdocio, este –en virtud de las leyes que ha recibido de Jesucristo en persona- ha de gobernar las naciones, no encontrar ningún obstáculo a sus voluntades, hacer doblegarse a los reyes bajo su autoridad. No nos sorprendamos, pues, del inmenso poder que los sacerdotes cristianos han ejercido tanto tiempo en el mundo, había de ser ilimitado porque se fundaba en la autoridad del Omnipotente, había de ser despótico porque los hombres no están en situación de restringir el poder divino, había de degenerar en abuso, porque los sacerdotes que lo ejercieron eran hombres corrompidos por la impunidad.

En el origen del cristianismo, los apóstoles, en virtud de la misión de Jesucristo, predicaron el evangelio a judíos y a los gentiles; la novedad de la doctrina les atrajo, como hemos visto, prosélitos entre el pueblo; los nuevos cristianos llenos de fervor por las nuevas opiniones, formaron en cada ciudad congregaciones particulares, que fueron gobernadas por hombres establecidos por los apóstoles que habían recibido la fe en de primera mano, conservaron siempre el poder de inspección sobre las diferentes asociaciones de cristianos

que habían formado. Este parece ser el origen de los obispos o *inspectores* que se han perpetuado en la iglesia hasta hoy día, origen del cual se envanecen los príncipes del cristianismo moderno.[75]

En esta secta naciente, se sabe que los asociados pusieron los bienes en común, parece que esto era un deber que se exigía con rigor, porque por orden de Pedro, dos de los nuevos cristianos fueron apaleados hasta la muerte por haber retenido una parte de su patrimonio. Los fondos resultantes de esa comunidad estaban a disposición de los apóstoles, y después de ellos, de los obispos o de los sacerdotes que los reemplazaron. Como es necesario que el sacerdote *viva del altar*, se puede pensar que estos obispos cumplieron sus disposiciones y estuvieron en disposición de disponer del tesoro común. Los que intentaron nuevas conquistas espirituales se vieron obligados a contentarse sin duda con las contribuciones voluntarias de aquellos que convertían. De cualquier manera, los tesoros, reunidos por la crédula piedad de los fieles, se volvió objeto de la codicia de los sacerdotes e hizo crecer la discordia entre ellos, cada uno deseaba gobernar y disponer del patrimonio de la comunidad, por eso las peleas tan frecuentes que vemos surgir entre las facciones de la Iglesia de Dios[76]. Los sacerdotes han sido siempre los primeros en apartarse del fervor religioso, la ambición y la avaricia bien pronto los iban a desengañar de las máximas desinteresadas que enseñaban a los demás.

Mientras el cristianismo se mantuvo oculto y perseguido los obispos se pelearon sordamente y las querellas no estallaron en público; pero cuando Constantino quiso reforzarse con la ayuda de un partido que se había hecho numerosísimo y mantenido en la oscuridad, todo cambió respecto a la Iglesia; los jefes de los cristianos, seducidos por la autoridad se convirtieron en cortesanos, se combatieron abiertamente, mezclaron a los soberanos en sus querellas, persiguieron a sus rivales y, cubiertos poco a poco de honores y de riquezas, ya no fue posible reconocer en ellos a los sucesores de aquellos apóstoles o *mensajeros* que Jesús había enviado para predicar su doctrina. Se convirtieron en príncipes que, sostenidos por las

---

[75] San Jerónimo desaprobaba fundamentalmente la distinción entre obispos y sacerdotes. Pretende que sacerdotes y obispos, siguiendo a San Pablo, eran lo mismo *antes* –dice- *que por instigación de Satanás se hicieran distinciones en la religión.* Hoy los obispos que no sirven para nada, gozan de grandes ingresos y un gran número de curas que trabajan se mueren de hambre

[76] Repetidas veces se ha vertido sangre en las elecciones de los obispos. Pretextato decía *Que me hagan obispo de Roma y me hago cristiano.*

armas de la opinión, estuvieron en disposición de dictar la ley a los soberanos mismos y de prender fuego al mundo. El pontificado, por una irritante imprudencia había estado separado del Imperio bajo Constantino, los emperadores pronto tuvieron motivos para arrepentirse. El obispo de Roma, ciudad en otro tiempo señora del mundo, cuyo nombre todavía imponía entre las naciones, se supo aprovechar hábilmente los problemas del imperio, de las invasiones bárbaras, de las dificultades del emperador demasiado alejado para vigilar su conducta, así a fuerza de contubernios y de intrigas, el obispo de Roma acabó sentándose en el trono de los Césares. Resultó que los Emilios y los Escisiones habían luchado para él….fue considerado en occidente como el obispo universal, como el vicario de Jesucristo sobre la tierra; en definitiva como instrumento infalible de la voluntad divina[77]. Si bien estos títulos altivos no han sido aceptados en oriente, el pontífice de los romanos ha reinado sin competencia sobre la mayor parte del mundo cristiano; ha sido un Dios sobre la tierra por la debilidad de los soberanos, se ha convertido en el árbitro de sus destinos, ha fundado una *teocracia* o gobierno divino del cual ha sido el jefe y los monarcas sus lugartenientes. Ha destronado reyes, ha lanzado a los pueblos contra ellos cuando han tenido la osadía de resistírsele; sus armas espirituales durante un largo transcurso de siglos han sido mas fuertes que las temporales. Ha estado en situación de repartir coronas, ha sido siempre obedecido por naciones embrutecidas, ha dividido a los príncipes para poder reinar sobre ellos y su poder todavía duraría hasta hoy si el progreso de las luces – del cual también los soberanos parecen enemigos- no les hubiese liberado poco a poco, o si estos soberanos, inconsecuentes con los

[77] Sabemos que la preeminencia de los papas, siempre contestada por los patriarcas de Alejandría, de Constantinopla y de Jerusalén, está basada en un equívoco que se encuentra en el Nuevo Testamento. El Papa pretende que es el sucesor de San Pedro, a quien Jesús dijo "*Tu eres Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia*". Pero los mejores críticos niegan que San Pedro haya estado jamás en Roma. En relación con la infalibilidad del papa, aunque muchos cristianos tengan poca fuerza de espíritu para negarla, si recogiésemos opiniones se vería que es una verdad incontestable en el espíritu de los españoles, italianos, portugueses, alemanes, flamencos y hasta para la mayoría de los franceses Belarmnino asegura que el papa tiene derecho cometer injusticias. "*Iure potest contra ius decernere*"
(Nota del Traductor.- Cuando Holbach escribe esto todavía faltaban cien años para que se instituyese el *dogma de la infalibilidad*, bajo Pío IX, en el Concilio Vaticano I)

principios de su religión, no hubiesen escuchado mas pronto la ambición que su deber[78].

Si los ministros de la Iglesia han recibido su poder del mismo Jesucristo, es volverse contra él si nos oponemos a sus representantes. Los reyes, como sus súbditos, no podían sustraerse a la autoridad de Dios sin hacer un crimen: como la autoridad espiritual viene del monarca celestial, ha de ser superior a la temporal, que viene de los hombres; un príncipe realmente cristiano ha de ser servidor de la Iglesia o el primer esclavo de los sacerdotes.

No nos engañamos si, en los siglos de ignorancia, los sacerdotes fueron más fuertes que los reyes y fueron siempre obedecidos con preferencia por los pueblos, mas ligados a los intereses del cielo que a los de la tierra.[79]

Entre las naciones supersticiosas la voz del Altísimo y la de sus intérpretes ha de ser escuchada mucho mas que la del deber, de la justicia y de la razón. Un buen cristiano, sometido a la iglesia, ha de ser obcecado e irrazonable cada vez que la iglesia lo ordene; quien tiene el derecho de volvernos absurdos tiene el derecho de mandarnos al crimen. Por otro lado, los hombres, cuyo poder en la tierra viene de Dios, no pueden depender de ningún otro poder. Así la independencia del clero de los cristianos se fundamenta en los principios de su religión, y también de esta manera han sabido hacerse de valer. No nos extrañemos, pues, si los sacerdotes del cristianismo, enriquecidos y dotados con generosidad por los reyes y por los pueblos, han desconocido la verdadera fuente de su opulencia y de sus privilegios. Los hombres pueden tomar lo que han dado por imprudencia o sorpresa; las naciones desengañadas de los prejuicios podrían un día reclamar esas donaciones usurpadas por el temor o arrebatadas por la impostura. Los sacerdotes han visto todos esos inconvenientes, han pretendido que poseen solamente en nombre de dios

[78] Fue la ambición y el deseo de usurpar tierras lo que dio a los Papas tanta influencia en Europa. Los soberanos, en lugar de unirse contra ellos como deberían haber hecho, solo buscaban atraerlos a su partido y conseguir títulos, para apoderarse de los bienes que excitaban su ambición.

[79] Es evidente que en los tiempos de la ignorancia, los cristianos hacían mas caso de sus capellanes que de sus reyes. En Inglaterra bajo el dominio sajón, la multa que se pagaba por el asesinato del arzobispo de Canterbury era más fuerte que la que se había de pagar por la vida de un monarca.

aquello que los hombres les han otorgado, y por un milagro sorprendente su palabra ha sido creída.[80]

Así los intereses del sacerdocio fueron separados de los de la sociedad; unos hombres consagrados a Dios y elegidos para ser sus ministros, no iban a ser confundidos con los individuos profanos; las leyes y los tribunales civiles no tuvieron ya más poder sobre ellos y solo pudieron ser juzgados por miembros de su corporación. Por eso los mas grandes excesos quedaron impunes, su persona, sometida a Dios, fue inviolable y sagrada.[81].

Los soberanos se vieron precisados a defender sus posesiones y a protegerlos sin que contribuyesen a las cargas públicas, o al menos solo contribuyeron cuando convenía a sus intereses; dicho sea, estos hombres reverenciados fueron siempre impunemente perjudiciales y solamente vivieron en la sociedad para devorarla so pretexto de proporcionarle instrucción y rezar por ella..

¿Al cabo de dieciocho siglos ¿qué beneficio han recogido las naciones por sus instrucciones? ¿Estos hombres infalibles, han podido ponerse de acuerdo sobre los puntos más esenciales de una religión revelada por la divinidad? ¿Qué extraña revelación es esta, que tiene necesidad de comentarios y de interpretaciones continuadas? ¿Qué

---

[80] Los derechos divinos y las inmunidades eclesiásticas datan de muy lejos. Isis, la diosa egipcia, dono un tercio de su reino a los sacerdotes para comprometerlos a rendir honores divinos a Osiris, su esposo, después de muerto. Véase Diodoro de Sicilia II cap. I Los sacerdotes de Egipto siempre gozaron de los diezmos y estuvieron exentos de los cargas públicas. Moisés, que era egipcio de la tribu de Leví no parece preocupado mas que de hacer subsistir a sus sacerdotes con la ayuda de los sacrificios y de los diezmos que les asigna. Los sacerdotes cristianos han heredado los derechos de los sacerdotes judíos, de aquí que sea un gran pecado no pagar diezmos a la iglesia y quererla someter a los impuestos ordinarios. En el Génesis 47, 26 encontramos que *la tierra de los sacerdotes no pagaba nada al rey.* Según Levítico 27. 21, 18 *los bienes de los sacerdotes no podían ser comprados*. Los sacerdotes de los cristianos, como se ve se mantienen en la ley judía para lo que atañe a sus bienes.

[81] La causa de los conflictos entre Enrique II de Inglaterra con el arzobispo de Canterbury, Tomás Becket, fue que el rey quería castigar a los eclesiásticos por los asesinatos y los crímenes que habían cometido. En último lugar, el rey de Portugal se ha visto obligado a solicitar varias veces permiso para hacer juzgar a los jesuitas, acusados de haber caído en el crimen de lesa majestad, cometido sobre su persona. La Iglesia no sufre de buen grado que se castigue a sus ministros, es entonces cuando *aborrece la sangre*; no es tan difícil empero cuando se trata de verter la de otros.

se puede pensar de estas divinas escrituras que cada secta entiende de manera distinta? Los pueblos, sostenidos siempre por los preceptos de tantos pastores, los pueblos, iluminados con la luz del Evangelio, no son más venturosos, más virtuosos o más instruidos sobre las cuestiones mas importantes para ellos. Se les dice que se sometan a la iglesia pero la iglesia jamás esta de acuerdo consigo misma; está ocupada todos los siglos en reformar, en explicar, en destruir y reestablecer su celestial doctrina; sus ministros crean, según lo que necesitan, nuevos dogmas desconocidos por los fundadores de la Iglesia. Cada época ve nacer nuevos misterios, nuevas fórmulas, nuevos artículos de fe. A pesar de la inspiración del Espíritu Santo, el cristianismo jamás ha podido encontrar la claridad, la simplicidad y la consistencia que son las pruebas indudables de un buen sistema. Ni los *concilios* ni los *cánones*, ni la retahíla de *decretos* y de leyes que forman el código de la Iglesia han podido fijar los objetivos de la creencia de la Iglesia. Si un pagano sensato quisiera abrazar el cristianismo, caería ya desde los primeros pasos en la perplejidad mas grande a la vista de unas sectas multiplicadas, cada una de las cuales pretende conducir con mas seguridad a la salvación y estar mas de acuerdo con palabra de Dios. ¿Por cual de estas sectas decidirse viendo que se contemplan con horror, y que muchas de ellas condenan sin piedad a las otras en vez de tolerarse, se atormentan y se persiguen y que los que tienen el poder hacen experimentar a los rivales las crueldades mas estudiadas y las violencias mas contrarias a la tranquilidad de la sociedad? Porque, no nos engañen, poco satisfecho con violentar a los hombres para someterlos exteriormente a su culto ha inventado el arte de tiranizar los pensamientos y de atormentar las conciencias; un arte desconocido para todas las supersticiones paganas. El celo de los ministros de la iglesia no se limita al exterior, investigan hasta las profundidades del corazón, violan de manera insolente su impenetrable santuario y justifican sus sacrilegios y sus ingeniosas crueldades por el gran interés que tienen por la salvación de las almas. Estos son los efectos que resultan necesariamente de una religión que cree que el error es un crimen digno de la cólera de Dios. A consecuencia de estas ideas los sacerdotes, con el consentimiento de los soberanos, son los encargados en ciertos países de mantener la fe en su pureza. Jueces en su propia causa, condenan a las llamas aquellas opiniones que les parecen peligrosas[82], rodeados de delatores, espían las acciones y los discursos de

[82] Los tribunales civiles, cuando son justos tienen como máxima todo aquello que puede ayudar a la defensa del acusado, el tribunal de la Inquisición hace exactamente lo contrario. Nunca se dice la causa de la detención, nunca se le

los ciudadanos, y sacrifican en aras de la seguridad, todos aquellos que les inspiran desconfianza. Sobre estas máximas abominables se funda la Inquisición, esta encontrará culpables, para serlo ya es suficiente haber levantado sospechas.

He aquí los principios de un tribunal sanguinario que perpetua la ignorancia y la postración de los pueblos por todas partes donde la falsa política de los reyes les permite ejercer sus arrebatos, En los países que se creen mas ilustrados y mas libres, vemos obispos que no tienen empacho en hacer firmar *fórmulas* y *profesiones de fe* a quien depende de ellos, les hacen preguntas capciosas. ¿Qué digo? ¡Ni las mujeres se ven libres de sus investigaciones, un prelado quiere saber que opinan sobre unas sutilidades que no son entendidas ni siquiera por los mismos que las han inventado!

Las disputas entre el clero cristiano hicieron nacer animosidades, odios, herejías; las encontramos desde el nacimiento de la Iglesia. Un sistema fundado sobre maravillas, fábulas y oráculos oscuros ha de ser una fuente fecunda de querellas. En lugar de ocuparse de conocimientos útiles, los teólogos siempre se han ocupado de dogmas, en vez de estudiar la verdadera moral y hacer conocer a los pueblos sus verdaderos deberes, han procurado hacer seguidores. Los sacerdotes del cristianismo distrajeron su tu ocio con especulaciones inútiles de una ciencia bárbara y enigmática, que bajo el nombre de ciencia de Dios o *teología*, se ganó el respeto del pueblo. Este sistema, de una ignorancia presuntuosa, obstinada y razonada –parecida al Dios de los cristianos- ha sido, como él, incomprensible. Así, las disputas han hecho nacer nuevas disputas. Continuamente las inteligencias mas profundas y necesarias se han ocupado tranquilamente de sutilidades pueriles, de cuestiones ociosas, de opiniones arbitrarias que, lejos de ser útiles a la sociedad, solamente la han perturbado. Los pueblos han entrado en querellas que jamás han entendido; los príncipes han tomado la defensa de los sacerdotes que querían favorecer, han decidido la ortodoxia a filo de espada y el partido que han elegido ha doblegado a los otros porque los soberanos se creyeron obligados a meterse en disputas teológicas sin darse cuenta de que con su decisión les daban importancia y peso y que los

---

carea con los testigos; si ignora su crimen es como si lo confesara. Estas son las máximas de los sacerdotes cristianos. Es cierto que la Inquisición no condena a nadie a la muerte, los sacerdotes no pueden verter sangre por ellos mismos, y estos capellanes hacen ver que interceden por el culpable seguros de nos ser escuchados. ¿Qué digo? ¡Buen escándalo tendríamos si el magistrado les tomase la palabra! Conducta bien digna de estos hombres en los que el interés ahoga la humanidad, la sinceridad y el pudor.

sacerdotes siempre han demandado socorro humano para sostener unas opiniones cuya duración pensaban garantizada por Dios.

Los herpes que encontramos en los anales de la Iglesia solo son fanáticos obstinados, que han sido víctimas de sus turbias ideas, o bien unos furiosos perseguidores que han tratado a sus adversarios con la mayor inhumanidad, o bien unos facciosos que han perturbado las naciones. El mundo, desde tiempo de nuestros abuelos, se ha despoblado por defender extravagancias que hacen reír a una posterioridad que no es menos insensata que ellos.

En casi todos los siglos la gente se ha quejado de los abusos de la Iglesia, se ha hablado de reformarla. Pero a pesar de esta pretendida reforma *de la cabeza a los pies* esta Iglesia ha estado siempre corrompida. Los sacerdotes ávidos, turbulentos, sediciosos, han hecho sollozar a las naciones bajo el peso de sus vicios y los príncipes han sido demasiado débiles para hacerlos entrar en razón.

Solo las divisiones y las querellas es estos tiranos han disminuido la pesadez de su yugo para los pueblos y los soberanos. El poder del Pontífice Romano, después de perdurar durante siglos, fue finalmente debilitado por unos fanáticos irritados, unos súbditos rebeldes que osaron examinar los derechos de este temible déspota; muchos príncipes, cansados de la esclavitud y de la pobreza, abrazaron unas opiniones que los pusieron en situación de apoderarse de los despojos del clero. Así, la unidad de la Iglesia se rompió y las sectas se multiplicaron y cada una combatió para defender su sistema

Los fundadores de esta nueva secta que el papa trata de *renovadore*s, de *herejes*, de *impíos*, renunciaron en verdad a algunas de sus viejas opiniones, se contentaron con dar algunos pasos hacia la razón pero sin osar desembarazarse del yugo de la superstición; continuaron respetando los libros sagrados de los cristianos, los consideran los únicos guías fieles y pretenden encontrar en ellos los principios de sus opiniones, ponen en esos libros confusos –donde cada uno puede encontrar sin dificultad todo lo que quiera y donde la divinidad habla constantemente un lenguaje contradictorio- en las manos de sus seguidores que, perdidos enseguida en aquel laberinto tortuoso, hacen nacer nuevas sectas.

Así, los jefes de las sectas. Los pretendidos reformadores, solo entrevieron la verdad o solo se preocuparon de minucias. Continuaron respetando los oráculos sagrados de los cristianos, reconociendo su Dios cruel y extraño, admiran su mitología extravagante y los dogmas opuestos a la razón; en definitiva, adoptaron los mas incomprensibles misterios poniendo a la vez dificultades para aceptar

otros[83] No nos sorprendamos si –a pesar de las reformas- el fanatismo, las disputas y las guerras se han hecho sentir en toda Europa; las fantasías de los *novatores* no hicieron sino sumirla en nuevas calamidades, la sangre corrió por todo y los pueblos no fueron mas razonables ni mas felices.

Los sacerdotes de todas las sectas han querido siempre dominar y hacer que sus decisiones se tuvieran por infalibles y sagradas, han atizado persecuciones siempre que han tenido el poder, siempre las naciones se han prestado a sus arrebatos y siempre los estados se han visto agitados por sus fatales opiniones. La intolerancia y el espíritu de persecución son la esencia de todas las sectas cuya base sea el cristianismo; un Dios cruel, parcial, que se irrita de las opiniones de los hombres no se compagina con una religión dulce y humana[84]. Siempre, en cualquier secta cristiana, el sacerdote ejercerá un poder que se puede volver funesto para el Estado, formará exaltados, místicos, fanáticos que provocarán revueltas cada vez que se les diga que *la causa de Dios* lo demanda, que *la Iglesia está en peligro*, que hay que luchar por *la gloria* del Altísimo.

De la misma manera vemos, en los países cristianos, el poder temporal sometido servilmente al clero, ocupado en ejecutar las voluntades, exterminar a los enemigos, trabajar por su grandeza, mantener sus derechos, las riquezas y los privilegios. En casi todas las naciones sometidas a los evangelios, los hombres mas ociosos, mas sediciosos, mas inútiles y mas peligrosos son los mas honrados y recompensados. La superstición del pueblo les hace creer que no hace bastante por los ministros de su Dios. Estaos sentimientos son

---

[83] ¿Con que derecho los protestantes, que admiten la trinidad, la encarnación, el bautismo etc.. rechazan el misterio de la transubstanciación? ¿Cuándo admiten tantos absurdos, porqué detenerse a medio camino?

[84] Calvino hizo quemar a Server en Ginebra. Aunque los sacerdotes protestantes concedieran a sus seguidores el derecho al libre examen ellos lo castigan cuando el fruto del examen no es de su agrado. Las iglesias protestantes no presumen de infalibles, pero quieren que sus decisiones se sigan como si lo fuesen. Por querellas de religión y falta de tolerancia fue Carlos I decapitado (N. del T. Se refiere a Carlos I de Inglaterra, decapitado en 1649). Aunque las naciones protestantes presumen de ser tolerantes, la diferencia de religión establece una gran diferencia entre los ciudadanos; el calvinista, el luterano, el anglicano odian al papista y lo desprecian, de la misma manera que este los condena. Por todas partes la secta dominante hace sentir con crueldad su superioridad a las otras.

los mismos en todas las sectas[85] Por todo los sitios los sacerdotes se imponen a los soberanos, obligan a la política a plegarse a la religión y se oponen a las instituciones mas ventajosas para el Estado. Siempre son los mentores de la juventud a la que llenan de sus tristes prejuicios.

Es asimismo, en los países sometidos al papado donde el clero ha conseguido los mas altos grados de riqueza y de poder. La credulidad ha sometido a los mismos reyes, que solamente han sido los ejecutores de sus deseos, casi siempre crueles, han estado dispuestos a sacar la espada cada vez que el capellán lo ordenaba[86]

Los monarcas de la secta romana, mas obcecados que los otros, han tenido en los ministros de la Iglesia una confianza imprudente que les ha obligado a prestarse a sus pretensiones interesadas. Esta secta ha diezmado a todas las otras por sus arrebatos de intolerancia y sus atroces persecuciones. Su carácter turbulento y cruel la ha hecho odiosa a las naciones menos irrazonables, o sea, menos cristianas[87]

No nos sorprendamos, la religión católica fue inventada únicamente para hacer al sacerdocio omnipotente, sus sacerdotes tuvieron el talento de identificarse con la divinidad, la causa de estos sacerdotes siempre fue la causa de la divinidad; su gloria, la gloria de Dios; sus decisiones, oráculos divinos; sus bienes, parte del reino del cielo: su orgullo, avaricia y crueldad fueron legitimados por los intereses del señor celestial; todavía mas, en esta secta el sacerdote vio al soberano a sus pies, haciéndole humilde confesión de sus faltas y rogándole lo reconciliara con Dios. Raramente se ha visto que un sacerdote haya utilizado su ministerio sagrado para la felicidad de los pueblos; no se ha preocupado tampoco de denunciar a las monar-

---

[85] No exceptuo tampoco a los cuaqueros, que tienen suficiente conocimiento para no querer sacerdotes en su secta

[86] *Ad nutum sacerdotis*, como dijo el dulce San Bernardo

[87] Dios rechaza a los tibios; todo cristiano ha de poseer exaltación, porque ha de querer tiernamente a su Dios. Un rey cristianísimo ha de exterminar todo antes de soportar que sus súbditos ofendan a Dios. Felipe II y Luis IV de Francia fueron reyes verdaderamente cristianos. Los ingleses y los holandeses son cristianos tibios y cobardes que prefieren la prosperidad del Estado y del comercio a los intereses de la religión. En el cristianismo, tolerancia e indiferencia por la religión han resultado sinónimos. ¿Cómo se puede abrazar el partido de la tolerancia en una religión cuyo fundador dijo "*si nos estás conmigo, estás contra mi*"?

quías el abuso injusto de poder, las miserias de los súbditos o el llanto de los oprimidos. Demasiado tímido o demasiado buen cortesano para hacer resonar la verdad en las orejas del príncipe, no le habla de las vejaciones multiplicadas bajo las cuales gimen las naciones, ni de los impuestos onerosos que los oprimen, ni de las guerras inútiles que les destruyen, ni de las continuas invasiones del derecho de los ciudadanos: estos asuntos no interesan a la Iglesia, que al menos sería de alguna utilidad si utilizase su poder para hacer frente a los excesos de los tiranos supersticiosos.[88]

Las mentiras del otro mundo serían perdonables si sirvieran para hacer temblar a los reyes. Pero estos no han sido el objetivo de los ministros de Dios, ellos no han tenido en cuenta los intereses de los pueblos: han ensalzado a los tiranos, han mostrado indulgencia por sus crímenes reales, han les han proporcionado cómodas expiaciones y les han prometido el perdón del cielo si entraban con ardor en sus querellas. Así, en la religión romana, el sacerdote ha reinado sobre los reyes y en consecuencia también sobre sus súbditos. La superstición y el despotismo han sellado una alianza eterna y han reunido sus esfuerzos para hacer sus pueblos esclavos y desgraciados. El sacerdote ha subyugado los súbditos con terrores religiosos para que el soberano pudiera devorarlos; este en recompensa, otorga al clero el libertinaje, la opulencia y se compromete a destruir todos sus enemigos[89]

¿Qué diremos de aquellos doctores que los cristianos llaman casuistas, de aquellos moralistas que han querido medir hasta que punto puede la criatura ofender al creador sin pecar? Estos hombres profundos han enriquecido la moral cristiana con una ridícula escala de pecados, saben el grado de cólera que cada pecado provoca en la bilis del ser supremo. La verdadera moral solo tiene una medida para juzgar las faltas de los hombres; las más graves son las que mas perjudican a la sociedad. Si nuestra conducta nos hace daño a noso-

[88] El mariscal D** decía a Luis XIV " *Entiendo que vuestra majestad encuentre un confesor que, para gozar de consideración le de la absolución, pero no entiendo como el padre Tellier pueda encontrar a uno que lo absuelva a él*"

[89] Las naciones católicas son las más ignorantes y las mas esclavas de Europa; la esclavitud religiosa comporta la esclavitud política. Los sacerdotes de la Iglesia romana parece que hacen a los soberanos las mismas propuestas que el demonio a Jesucristo cuando lo tentó en el desierto. "*Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*". "Nosotros te entregaremos a tus súbditos ligados de manos y pies, si quieres someterte a nuestras fantasías"

tros es imprudente e irrazonable; si perjudica a otros es injusta y criminal.

Todo, incluso la ociosidad, es recompensado por los curas del cristianismo. Unas fundaciones ridículas hacen subsistir con comodidad una caterva de gandules, que devoran la sociedad sin prestarle ningún servicio. Los pueblos, doblegados ya por los impuestos, aun son atormentados por unas sanguijuelas que les hacen comprar cada vez mas caras unas plegarias inútiles o que hacen negligentemente.. Mientras el hombre con talento, el sabio, el industrioso, el militar corajoso, languidecen en la indulgencia y un dero ocioso goza de una abundancia vergonzosa para los estados que la toleran[90].

En una palabra, el cristianismo hace a las sociedades cómplices de todos los males que les hacen los ministros de la divinidad; ni la inutilidad de las plegarias, probada por la experiencia de tantos siglos, ni los efectos sangrantes de las funestas disputas, ni siquiera los arrebatos y excesos han podido todavía desengañar a las naciones de unos hombres divinos, la existencia de los cuales ha tenido la simplicidad de creerlos ligada a su salvación.

[90] La sátira más fuerte que jamás se ha hecho de los sacerdotes cristianos se encuentra en san Mateo 23. Todo lo que Cristo ha dicho de los escribas y de los fariseos se ajusta exactamente a nuestros sacerdotes. En la parábola del samaritano, Jesucristo nos hace entender que los sacerdotes son los menos humanos de todos los hombres.

16.- Conclusión

Todo lo que he dicho hasta aquí prueba, de la manera mas clara, que la religión cristiana es contraria a la sana política y al bienestar de las naciones. Solo puede ser ventajosa para los príncipes faltos de luces y de virtud que se creen obligados a reinar sobre esclavos y que, para extorsionarlos y tiranizarlos impunemente se ligan al sacerdocio, la función del cual es siempre engañarlos en nombre del cielo. Pero éstos príncipes imprudentes han de recordar que para realizar sus proyectos no pueden dejar de ser esclavos de los sacerdotes, que vuelven infaliblemente sus armas sagradas contra ellos si les niegan la sumisión o rehúsan servir sus pasiones. Hemos visto mas arriba que la religión cristiana, por sus virtudes fanáticas, las perfecciones insensatas y su celo es claramente perjudicial para la sana moral, la derecha razón, la felicidad de los individuos y la unión de las familias. Es fácil ver que un cristiano que proponga un Dios lleno de dolor y padecimientos como modelo, ha de afligirse sin descanso y hacerse desgraciado. Si este mundo es un lugar de paso, si esta vida es solo un peregrinaje, sería muy insensato ligarse a nada de aquí abajo. Si el Dios se siente ofendido, sea por las acciones, sea por las opiniones de sus semejantes, el cristiano –si tiene el poder- ha de castigarlos con severidad, si no lo hace se consideraría falto de celo de afecto por este Dios. Un buen cristiano, o bien ha de huir del mundo, o bien hacerse molesto para el mismo y para los otros.

Estas reflexiones son suficientes para responder a los que pretenden que el cristianismo es útil a la política y a la moral. Y que sin religión un hombre no puede tener virtud ni ser buen ciudadano. La inversa a esta proposición es sin duda mas verdadera, y se puede asegurar que un cristiano perfecto que fuese consecuente con los principios de su religión, que quisiera imitar fielmente los hombres divinos que esta le propone como modelos, que practique las austeridades, que viva en la solicitud. Que porte la exaltación, el fanatismo y la obstinación a la sociedad, un hombre tal –afirmo- no tendría ninguna virtud real, sería un miembro inútil para el Estado o un ciudadano incómodo y peligroso[91]

[91] Nuestros sacerdotes no dejan de gritar contra los incrédulos y los filósofos, a los que tratan de *sujetos peligrosos*. Pero si consideramos la historia, nunca vemos que los filósofos hayan causado revoluciones en los Estados, al con-

Si hubiéramos de creer a los partidarios del cristianismo, parecería que no existe ninguna moral en los países donde esta religión no se ha establecido; una simple ojeada superficial nos probaría que las virtudes lo son por todas partes, sin ellas la sociedad no podría existir. Entre los chinos, los indios, los mahometanos hay sin duda buenos padres, buenos maridos, hijos dóciles y agradecidos, súbditos fieles a su príncipes; y la gente de bien sería mas numerosa –como también entre nosotros- si estuvieran bien gobernados y si una sabia política, en cuenta de hacer que se enseñe desde la niñez una religión insensata, les diese leyes equitativas, les hiciera aprender una moral pura y no depravada, les invitara a obrar bien mediante recompensas y los desviase del crimen mediante castigos sensibles.

En efecto –repito- parece que por todos los lados la religión ha sido inventada para ahorrar a los soberanos la preocupación de ser justos, de hacer buenas leyes y de gobernar bien. La religión es el arte de embriagar a los hombres de exaltación para impedir que se ocupen de los males con que los gobiernos los oprimen aquí abajo. Con la ayuda de los poderes invisibles con que se les amenaza, se les obliga a padecer en silencio las miserias con las que los afligen los poderes visibles; les hacen creer que si consienten en ser desgraciados en este mundo, serán más felices en el otro.

Es así como la religión ha resultado el mayor recurso de una política injusta y cobarde, que ha creído necesario engañar a los hombres para gobernarlos más cómodamente. Que unos medios tan bajos queden lejos de los príncipes ilustrados y virtuosos, que aprendan sus verdaderos intereses, que sepan que están ligados a los de sus súbditos, que sepan que no pueden ser ellos mismos poderosos si no son servidos por ciudadanos valientes, activos, industriosos y virtuosos, ligados a la persona de sus señores; que sepan estos señores para acabar, que el vínculo con sus súbditos solo puede fundarse sobre la felicidad que se les procura. Si los reyes estuviesen penetrados de estas importantes verdades, no les sería necesaria ninguna religión ni sacerdotes para gobernar las naciones. Que sean justos, que sean equitativos, que sean exactos a la hora de recompensar los talentos y la virtud, de desanimar la inutilidad, los vicios, el crimen, y pronto sus estados se llenaran de ciudadanos útiles que sentirán que su propio interés les invita a servir a la patria, a defenderla, a estimar al

---

trario, no encontramos ninguna revolución en la que la gente de Iglesia no haya metido sus manos. El dominico que envenenó al emperador Enrique IV con una hostia, Jacques Clement, Ravaillac, no eran unos descreídos. No eran filósofos, eran cristianos fanáticos los que empujaron a Carlos I al cadalso. Fue el ministro Gomara y no Spinoza el que incendió Holanda, etc.

soberano que será el instrumento de su felicidad; no necesitarán revelación, ni paraíso, ni infierno para cumplir con sus deberes.

La moral será siempre vana si no tiene el soporte de la autoridad suprema. Es el soberano quien ha de ser el pontífice soberano de su pueblo, es a él a quien toca enseñar la moral, invitar a su virtud, obligar a la justicia, dar buenos ejemplos, reprimir los abusos y los vicios. El príncipe debilita su poder cuando permite que se eleve en sus estados otro poder cuya moral no tiene nada que ver con la moral necesaria para su pueblo y con principios directamente contrarios a los útiles a la sociedad.. Por el hecho de haber dejado la educación en manos de un clero exaltado y fanático, los príncipes cristianos solo tienen en sus estados supersticiones sin otra virtud que una fe ciega, un celo arrojado, una sumisión poco razonada a ceremonias pueriles; nociones extrañas que no influyen sobre su conducta o no la hacen mejor.

A pesar de las fuertes influencias que se atribuyen a la religión cristiana ¿Vemos, por ventura, mas virtudes entre quienes la profesan que entre quienes la ignoran? ¿Los hombres salvados por la sangre de un Dios en persona, son más justos, mas moderados, mas honestos que los otros? Entre estos cristianos tan convencidos de su religión ¿No se ven opresiones, rapiñas, fornicaciones o adulterios? Entre estos cortesanos llenos de fe ¿No se ven intrigas, perfidias o calumnias? Entre estos sacerdotes que anuncian a otros unos dogmas horribles y unos castigos terribles ¿No podemos encontrar injusticias, vicios y cosas oscuras? ¿Son, en definitiva, incrédulos o *fuertes de espíritu* aquellos desgraciados a los que los excesos llevan cada día al suplicio? Todos estos hombres son cristianos para los que la religión no supone ningún freno, que violan continuamente sus deberes, que ofenden conscientemente a un Dios que ellos saben irritado, y que presumen, en el momento de su muerte, de poder aplacar al cielo ultrajado durante toda su vida con un arrepentimiento tardío.

No negamos la posibilidad de que la religión cristiana sea un freno para aquellos ánimos temerosos que no tienen la fogosidad ni la energía desventurada que hace cometer los grandes crímenes, ni el endurecimiento que resulta de la costumbre del vicio. Pero estas almas temerosas serían honestas con y sin la religión, el miedo de hacerse odiosos a sus semejantes, de caer en el desprecio, de perder su reputación, hubiesen igualmente retenido a estos hombres durante algún tiempo. Aquellos que son bastante obcecados para pasar por encima de estas consideraciones, las menospreciaran igualmente a pesar de las amenazas de la religión. Tampoco se puede negar que el temor de un Dios que ve los pensamientos más ocultos de un hombre

no sea un freno para un buen número de personas, pero este freno no puede nada sobre las fuertes pasiones, que tienen precisamente la propiedad de cegarnos sobre los elementos perjudiciales para la sociedad. Por otro lado, un hombre habitualmente honesto no necesita que le vean para actuar bien; tiene miedo de verse obligado a despreciarse a si mismo, de verse forzado a odiarse, de experimentar remordimientos, sentimientos horribles para cualquiera que no esté endurecido por el crimen.

Que no se nos diga que sin el temor de Dios el hombre no puede experimentar remordimientos. Cualquier hombre que haya recibido una educación honesta, se ve forzado a experimentar en si mismo una sensación dolorosa, mezclada de vergüenza y temor, cada vez que se presta a acciones deshonestas con las que se ha podido envilecer; se juzga siempre mas duramente, con mas severidad que lo harían los otros; teme la mirada de sus semejantes, querría huir de si mismo, y eso es lo que constituye el remordimiento.

Está claro que la religión no pone mas freno a las pasiones de los hombres que la razón, la educación y la sana moral no puedan hacerlo con mas eficacia. Si los culpables estuviesen seguros de ser castigados, cada vez que les vinieran los pensamientos de de cometer una mala acción se verían obligados a desistir.. En una sociedad bien constituida, el desprecio habría de acompañar al vicio; la educación guiada por los intereses públicos, habría de enseñar siempre a los hombres a estimarse ellos mismos, a temer el desprecio de los otros, a tener más miedo de la infamia que de la muerte. Pero esta moral no puede ser del gusto de una religión que propone menospreciarse, odiarse, huir de la estimación de otro y buscar solamente complacer a un Dios cuya conducta es inexplicable.

Si la religión cristiana es un freno para los crímenes ocultos de los hombres, si obra efectos saludables sobre algunos individuos, estas ventajas tan raras, tan débiles, tan dudosas, ¿Pueden ser comparadas a los males visibles, seguros e inmensos que esta religión ha producido sobre la tierra? ¿Algunos oscuros crímenes prevenidos, algunas conversiones inútiles para la sociedad, algunos arrepentimientos estériles y tardíos, algunas fútiles restituciones, pueden entrar en la balanza cara a cara con las disensiones continuas, con las guerras sangrantes, con las espantosas matanzas, persecuciones y crueldades inauditas que la religión cristiana ha sido causa y pretexto desde su fundación?. Por un pensamiento secreto que esta religión ahoga, arma naciones enteras para su destrucción recíproca, lleva el incendio a un millón de fanáticos, perturba las familias y los estados, riega la tierra con lágrimas y con sangre. Que le sentido común

decida, después de eso, que ventajas procura a los cristianos la "*buena nueva*" que su Dios ha venido a anunciarles.

Muchas personas honestas y convencidas de los males que el cristianismo hace a los hombres no dejan de considerarlo un mal necesario que no se podría eliminar sin peligro. El hombre –nos dicen- es supersticioso; necesita quimeras, se enfada cuando se las quieren quitar.

Pero yo afirmo que el hombre solamente es supersticioso porque todo desde su infancia ha contribuido a hacerlo así; espera la felicidad de aquellas quimeras porque su gobierno le rehúsa muy continuamente la realidad; nunca se irritará contra sus soberanos cuando le hacen bien, estos serán en consecuencia mas fuertes que los sacerdotes y su Dios.

Solo el soberano puede reconducir los pueblos a la razón; obtendrá su confianza y su amor haciéndoles le bien, los desengañará poco a poco de sus quimeras si él mismo se ha desengañado; impedirá que la superstición cause perjuicio no mezclándose jamás en sus fútiles querellas, dividiéndola, autorizando la tolerancia de las distintas sectas que se combatirán , se desenmascararán, se ridiculizarán mutuamente; la superstición caerá por si misma si el príncipe, volviendo la libertad a los espíritus, permite a la razón combatir los disparates.

La verdadera tolerancia y la libertad de pensamiento son los verdaderos contravenenos del fanatismo religioso; haciéndolos servir, un príncipe será siempre el señor de sus estados, no compartirá el poder con el clero sedicioso que no tiene potestad contra un príncipe ilustrado, firme y virtuoso. La impostura es tímida, las armas le caen de las manos a la vista de un monarca que osa menospreciarla y que se encuentra sostenido por el amor de sus pueblos y por la fuerza de la verdad.

Si una política criminal e ignorante ha hecho uso casi por todas partes de la religión como medio de esclavizar a los pueblos y hacerlos desgraciados, que una política ilustrada y mas virtuosa la debilite poco a poco para hacer felices a las naciones, si hasta ahora la educación solo ha servido para formar exaltados fanáticos, que una educación mas sensata forme buenos ciudadanos; si una moral apuntalada por lo maravilloso y fundamentada sobre el porvenir no ha sido capaz de poner freno a los hombres, que una moral establecida sobre necesidades reales y presentes de la especie humana demuestre que, en una sociedad bien constituida, la felicidad es siempre recompensa de la virtud y la vergüenza, el desprecio y los castigos son el salario del vicio y los compañeros del crimen,

Así, que los soberanos no tengan miedo de ver sus súbditos desengañados de una superstición que los esclaviza a ellos mismos y que después tantos siglos se opone a la felicidad de sus estados. Si el error es un mal que lo opongan a la verdad; si la exaltación es perjudicial, que la combatan con las fuerzas de la razón; que confinen en Asia una religión engendrada por la imaginación ardiente de los orientales, que nuestra Europa sea razonable, feliz y libre, que se vean reinar las buenas costumbres, la actividad, la grandeza de alma, la industria, la sociabilidad, la tranquilidad; que a la sombra de la ley el soberano ordene y el súbdito obedezca, que todos gocen de seguridad. ¿No es permitido a la razón que gozará de un poder largamente usurpado por el error, la ficción y la magia? ¿Las naciones no renunciarán jamás a sus esperanzas quiméricas para preocuparse de sus verdaderos intereses? ¿No se desembarazarán nunca del juego de los sacerdotes altivos, de aquellos tiranos sagrados que solo se interesan por los errores de la tierra?

Si, habremos de creerlo, la verdad ha de triunfar finalmente sobre la mentira; los príncipes y los pueblos, cansados de su credulidad, recurrirán a ella; la razón romperá sus cadenas, los hierros de la superstición se romperán al sentir su voz soberana, hecha para mandar sin mas acompañamiento a unos seres inteligentes.

Amén

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar